



**CUANDO  
ME MIRASTE**

REYES RAMÍREZ LLAMAS

**Letrame**  
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

Colección: Novela

© Reyes Ramírez Llamas

Edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.

Diseño de portada: Antonio F. López.

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

ISBN: 978-84-17396-74-9

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

# CAPÍTULO 1

Abro los ojos justo a tiempo de evitar que el despertador suene evitando tener que oír su estridente sonido.

Miro la hora medio dormida todavía. Son la cuatro y media de la mañana y, a pesar que con los nervios apenas he dormido, la ilusión que siento ante mi inminente viaje a Nueva York, me hace estar animada y despejada.

¡Sí, por fin ha llegado el día! Tras más de tres meses esperando este viaje, en unas horas estaré en Nueva York junto a mis dos amigas del alma. Más que amigas somos casi como hermanas e, incluso, los años los cumplimos a la vez: Abril de 1991... Carolina el día cuatro, Adriana el día doce y yo el día dieciocho. Hace cinco días fue mi cumpleaños y ha sido el primero de los últimos cinco que no he cumplido junto a Roberto. Ese ser despreciable al que yo llamaba novio y, al que una tarde descubrí siéndome infiel. Me llamó diciendo que se encontraba mal, que no pasaría a verme y se iba a casa derecho del trabajo, sabiendo que cuando le entraban las dichas jaquecas mis masajes con aceites esenciales le producían alivio se me ocurrió la brillante idea de coger las llaves de su piso y allá que me fui, a darle uno de esos masajes en el cuello que tanto le gustaban. Abrí la puerta despacio y sin hacer ruido ya que cuando le daban esos fuertes dolores de cabeza solo quería silencio y oscuridad. Sigilosamente dejé las llaves en el recibidor y

solo alcanzar el pasillo supe que algo pasaba, unos gemidos, y no precisamente de dolor, provenían de la habitación cuya puerta permanecía cerrada. Con el corazón en un puño y sin respirar giré el pomo de la puerta y, ahí delante de mí, estaba el hombre con el que tenía previsto casarme en nueve meses con una rubia a cuatro patas delante de él mientras le daba fuertes embestidas... Esa imagen jamás en la vida se borrará de mi mente, como tampoco lo hará su cara al verme... Era de autentico estupor.

Me levanto de la cama de un salto y pienso que no voy a dejar que ese cabrón me fastidie el viaje... Que le den. Voy a la ducha y ya noto el hormigueo fruto de los nervios en mi estómago... Nueva York nos espera.

Bajo al portal a las cinco y diez de la mañana y espero que Carol y Adri lleguen con el coche a buscarme. No hay apenas trafico y las veo llegar de lejos con el llamativo Seat León de Carol. Sonríó al escuchar que llevan el reggaetón a toda marcha. Vaya par de locas... Llegan a mi altura y Adri asoma la cabeza por la ventanilla:

—Morenaaaaa... ¿Estás esperando a alguien? —bromea.

—Sí, pero me han dado plantón —contesto divertida.

—Pues sube y prepara ese cuerpo para lo que le espera...

¡Nueva York allá vamos!

Me entra la risa mientras arrastro la maleta y me subo al coche. Las tres llevamos meses planeando este viaje y estoy deseando llegar a esa ciudad que tanto me fascina.

Ya en el aeropuerto hablamos sin parar, las tres estamos igual de emocionadas ante el viaje que tanto tiempo llevábamos organizando. Adri ha hecho un planning para todos los días. Mañana viernes ha comprado por Internet unas entradas para ir al Blue Note, la disco más famosa y de moda de la ciudad. Una vez montadas en el avión estoy tan ansiosa por llegar que apenas hablo y Adri, tan observadora como siempre, se da cuenta de lo pensativa que estoy y fingiendo que va a decirme algo de vital importancia me dice:

—¿Sabes una cosa? He leído en una revista que a los seis meses de dejar de mantener relaciones sexuales con penetración el himen se regenera.

La miro y me entra la risa de ver lo seria que me lo ha dicho. Ella entorna los ojos y acercándose despacio al oído sigue hablando:

—Sí, no te rías tanto que estás a menos de dos meses de volver a ser virgen... Yo creo que ya es bastante rollo que te desvirguen una vez como para volver a pasar por ello dos veces... Así que espero que en Nueva York te llesves a la cama a algún americano buenorro.

—Estás fatal de la cabeza —le contesto divertida.

—Tú si que estás mal... Espero que vuelvas a casa bien follada y habiendo olvidado al innumbrable.

Ese es el apodo que le ha puesto a Roberto todos mis amigos, la mayoría eran comunes, pero casi todos se

posicionaron a mi favor ante su traición y el estado en el cual me dejó, completamente hundida.

Niego con la cabeza sonriendo, sí, es cierto, mis amigas llevan mucho tiempo animándome y apoyándome para que olvide de una vez por todas a ese miserable.

Los tres primeros meses fueron un infierno, solo salía de casa para ir a trabajar, volviendo a casa en cuanto terminaba mi jornada y llorando acurrucada en el sofá hasta la mañana siguiente y, así, día tras día. Sin embargo este último mes ha sido diferente, he estado saliendo todos los fines de semana, esperando emborracharme para reunir el valor suficiente para irme a la cama con el primer tío bueno que me entrará en cualquier discoteca o garito, pero, llegado el momento, la loba que llevaba dentro se convertía en una perrita cobarde y asustadiza que huía con el rabo entre las piernas en cuanto alguien se me arrimaba. Sí, llevo más de cuatro meses sin sexo y necesito quitar el recuerdo de mi ex de mi ser de una vez por todas. A decir verdad, no lo he echado de menos en todo este tiempo. El trabajo ha sido mi vía de escape para mantenerme ocupada y distraída, ello, unido a la comprensión de mi jefa ha ayudado mucho a que no caerá en una profunda depresión. Trabajo en Morgan Communications, una multinacional norteamericana dedicada al sector de las telecomunicaciones. He tenido una suerte increíble de conseguir este puesto de trabajo gracias a que hice las prácticas del master allí y les parecí la persona

idónea. Eso unido a que domino el inglés, el francés y me defiendo en italiano ha tenido mucho que ver. Miro pensativa por la ventanilla del avión... No, no quiero pensar en el trabajo... Tengo una semana de vacaciones y lo que quiero es disfrutar de ellas.

Tras seis horas que se han hecho eternas, llegamos a Nueva York y las tres estamos más que emocionadas, estamos pletóricas. Cogemos un taxi que nos lleva a gran velocidad al hotel Pennsylvania, un sencillo hotel de tres estrellas, pero muy bien situado en Manhattan.

Dejamos las maletas en nuestra habitación, una triple, y nos disponemos a recorrer Nueva York mapa en mano. El día nos resulta muy provechoso y nos da tiempo a visitar una gran cantidad de las zonas turísticas, a comer los famosos perritos calientes y a visitar varias tiendas. Las tres estamos agotadas y decidimos ir al hotel a cenar, ya que mañana debemos madrugar para visitar la estatua de la libertad.

Subimos a la habitación y nos comunicamos con nuestros padres para contarles cómo nos ha ido el día, después tumbadas cada una en nuestra cama nos vamos rindiendo al sueño.

El despertador de mi móvil nos sobresalta a las tres y nos dice que es hora de ponernos en marcha.

—Venga, dormilonas... La señora Libertad nos espera — dice Carol saliendo de un salto de la cama—. Y esta

noche... ¡Fiesta!

—Ya veréis el ambiente y lo chulo que está el Blue... Vais a flipar —dice Adri que es la más fiestera de las tres y de lo que tiene más ganas de este viaje es sin duda nuestra visita al Blue Note.

—Vamos a alucinar... ¿Verdad, Sara? Como nunca hemos estado en ninguna discoteca —contesta Carol con ironía.

—No habéis visto un sitio igual en vuestra vida —continúa Adri vendiendo el Blue como el mejor garito del mundo.

Nos vamos ya vestidas cómodas y con zapatillas de deporte dispuestas a que nos cunda al máximo posible nuestro segundo día de turismo por la Gran Manzana.

Ya por la tarde estamos en el hotel, dispuestas a arreglarnos para comernos la noche neoyorkina. Las tres nos vestimos con nuestras mejores galas, nos peinamos y maquillamos y, para que ir con falsa modestia... Estamos impresionantes. Carol es una chica muy llamativa, con una preciosa melena pelirroja y unos grandes ojos verdes que cuando maquilla resultan preciosos, Adri es una muñeca, rubia y de almendrados ojos azules que, unido a su apenas metro sesenta y cincuenta kilos le dan un aspecto de muñeca dulce y frágil; si bien lo cierto es que las apariencias engañan y es la más fuerte y decidida de las tres. Mientras que yo soy morena y con los ojos muy oscuros, casi negros... Siempre me dicen que me parezco a Mónica Belucci de joven, en



fin..., yo creo que exageran, pero lo cierto es que siempre he llamado mucho la atención

Llegamos al Blue Note y el ambiente es increíble, está a tope y me recuerda a esos garitos que salían en Sexo en Nueva York. Sin duda alguna Adri no estaba exagerando cuando decía que no habíamos estado en otro sitio como este. Decido que hoy voy a ser una de las protagonistas de esa famosa serie y que voy a beberme varios cosmopolitan mientras bailo como una posesa.

En la barra una camarera de pelo rubio y corto y todavía más corta falda nos pregunta que nos apetece beber:

—Tres cosmopolitan —digo en voz alta para que pueda oírme a través de música.

Se da media vuelta sobre sus altos tacones y se acerca a la estantería a buscar las botellas que necesita para prepararlos.

Doy un vistazo por el garito y ya hay mucha gente bailando esa música house que suena a todo volumen... No es mi estilo, a mí me va más el reggaetón y algo me dice que aquí no lo van a poner... Aún así decido moverme tímidamente mientras observo a la gente que se agolpa a mí alrededor. Carol y Adri cogen sus copas y dicen que se van a bailar a la pista. Me preguntan si quiero ir ... Deben estar de broma, necesitaría más de diez copas como la que tengo en la mano como mínimo para salir a bailar. Les digo que ya las veo desde la barra y ellas asienten sonriendo mientras van dando saltitos hacia la pista de baile. Bebo un largo

trago a la copa y lo saboreo... Está buenísimo. Continuo con esa especie de tembleque de piernas que tengo a modo de baile y miro hacía mis amigas que se lo están pasando pipa bailando como locas cuando algo llama mí atención desde la barandilla que hay en la parte de arriba. Alzo la mirada y veo como un hombre joven está mirándome fijamente, su penetrante mirada logra paralizarme y me quedo mirándolo como hipnotizada.

Las luces de la pista me deslumbran, pero logro verle perfectamente bien. Es guapo, no, lo siguiente... Alto, moreno y con unas facciones masculinas perfectas. Lleva una copa que parece de champán y al ver como le miro la alza en mi dirección mientras me sonrío con picardía, yo, muerta de vergüenza, aparto rápidamente la mirada y me doy la vuelta mientras mi corazón empieza a latir muy fuerte. Me termino de un trago la copa y pido otro cosmopolitan. Disimuladamente vuelvo la vista hacía la pista dónde mis amigas continúan a lo suyo, pero, sin poder evitarlo, vuelvo a alzar la mirada y, ahí continúa, mirándome mientras me sonrío con descaro... Madre mía que guapo es por Dios. Lo veo como se aparta de la barandilla y comienza a bajar las escaleras en dirección mía. ¡Dios me va a dar un infarto, viene hacía mí! Con una elegancia y clase innata se acerca a mí. Lleva una camisa blanca que realza el moreno de su bonito pelo y unos vaqueros que le quedan como un guante. ¡Dios, que cuerpo! Al borde del infarto lo miro

mientras cruza la pista sin dejar de mirarme, yo no puedo apartar la mirada de la suya y parece que esté petrificada... Me alcanza y con una preciosa voz y un sexy acento americano me saluda diciéndome hola al oído... Que bien huele...

—Hola... —contesto mirando a sus preciosos ojos azules.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta con naturalidad.

—Sara... —logro contestar sin poder dejar de mirar esos ojos.

—Yo me llamo Robert... —me dice mientras me da un beso en la mejilla—. Encantado de conocerte, Sara.

No me lo puedo creer... Robert... Como mí ex, Roberto. La cosa parece cómica, que el primer chico que me atrae se llame como el hombre por el cual mi vida ha sido un infierno estos últimos meses...

—Veo que estás tomando un cosmopolitan —me susurra al oído—. Deja que te invite a otro.

Miro mi copa y veo que ya me la he terminado, y ni me he enterado de lo nerviosa que me he puesto. Es sin duda el hombre más guapo y sexy que he visto en mí vida.

—Gracias —balbuceo—. Eres muy amable.

Llama con la mano la atención de la camarera y me pide otro cosmo. La rubia le sonrío ignorándome por completo. Él ni siquiera parece darse cuenta y cuando se lo sirve me lo pasa sonriendo.

Bebo otro sorbo y me fijo que él no bebe nada. Le

pregunto si él no bebe nada y me dice que solo bebe vino o champán y que arriba está la zona vip dónde tiene un reservado con varios amigos. Me invita a subir diciendo que arriba no hay tanta gente y podremos hablar mejor. La verdad que estamos rodeados de mucha gente y ya ni siquiera veo a mis amigas en la pista. Me sorpendo a mí misma diciendo que de acuerdo... ¿Perdona, Sara? Nos encaminamos hacia la pista y, allí siguen mis bailongas amigas, a las que se les queda la boca abierta al ver el chico con el que voy.

—Chicas, él es Robert... Me ha invitado a la zona vip para poder hablar más tranquilos y sentados en un sofá.

—Encantadas —lo saludan mientras siguen con la mandíbula desencajada.

—Ellas son Adriana y Carolina —le digo al oído aspirando el olor de su perfume, me está poniendo cardiaca lo bien que huele.

—Encantado, chicas... Si os apetece subir con nosotros estáis invitadas.

—Muchas gracias, quizá luego... Nos apetece seguir bailando un rato más —contesta Carol acercándose a él más de lo necesario mientras le toca el hombro al hablarle al oído.

—Como queráis, chicas —les dice mientras se gira a cogermme por la cintura—. Hasta luego, me llevo a vuestra amiga.

Por un momento pienso que me voy a desmayar al notar su fuerte brazo rodeando mi cintura. Subimos por las modernas escaleras y al llegar arriba hay un hombre de casi dos metros de altura que debe de ser seguridad de la discoteca abre el cordón para que podamos pasar. La gente es la más pija y cool que he visto en mi vida, todos parecen sacados de revistas de moda.

—Este es mi reservado —me dice abriendo otro cordón rojo que da paso a una enorme habitación con unos modernos sofás blancos y una especie de mueble bar con todo tipo de bebidas.

—¿Estás solo? —le pregunto al ver que no hay nadie.

—Ahora ya no... ¿Champán? —me pregunta dirigiéndose a la barra.

—De acuerdo —le digo al comprobar que tengo la copa vacía—. ¿Y tus amigos?

—Les he pedido que me dejarán libre el reservado —me contesta mientras vierte el champán en dos copas.

Su contestación me sorprende... ¿Acaso les ha pedido que le dejen el reservado libre para subir conmigo? No se lo pregunto, pero la forma que tiene de mirarme y de hablarme es como la de un depredador observando a su presa y, lo cierto es que la atracción que empiezo a sentir por él me está empezando a asustar... ¿Hasta dónde puedo llegar?

Me sirve la copa y ambos nos sentamos en un cómodo y

moderno sofá y empezamos a entablar una conversación. Se ha dado cuenta por nuestro acento al hablar inglés que no somos norteamericanas y me pregunta de dónde soy, le contesto que de España y le pregunto si ha estado alguna vez, su respuesta me sorprende al decir que han sido varias.

—¿Por turismo? —le pregunto curiosa.

—Por trabajo... —responde escuetamente tras beber un sorbo del riquísimo champán.

—¿Que edad tienes? —me pregunta tras volver a llenarme la copa que, a decir verdad, se me vacía con demasiada rapidez.

—Veinticinco recién cumplidos... De hecho este viaje lo organizamos para celebrar el cumpleaños de las tres ya que somos del mismo mes y del mismo año.

Asiente sonriendo y yo que ya empiezo a notar los efectos del alcohol le devuelvo la pregunta con coqueteo evidente por mi parte.

—En octubre cumpliré treinta.

—¿Trabajas? —continúa con el interrogatorio.

—Sí, de hecho trabajo para una empresa norteamericana, se llama Morgan Comunicacions, no sé si te suena —le respondo.

De repente abre exageradamente los ojos, sorprendido ante mi respuesta y, sonriendo con picardía, me contesta que algo le suena. No entiendo su cara de asombro al decirle dónde trabajo... Tal vez sea otro guiri que se piensa que en

España estamos todo el día con la guitarra española y durmiendo la siesta. Me mosqueo al ver como sigue con el gesto de asombro.

—Y tú... ¿A que te dedicas? —le pregunto ahora yo.

—Trabajo en la empresa familiar.

—¿Y a qué os dedicáis?

—A muchas cosas...

Noto que no quiere hablar más del trabajo y decido cambiar de tema preguntando cosas de Nueva York y de Los Ángeles, que es de dónde me ha dicho que es él y dónde vive su familia.

Seguimos bebiendo y hablando, cada vez con más confianza y complicidad... El alcohol continua haciendo su función y cada vez estoy menos cohibida y vergonzosa. De repente se levanta y se dirige a la puerta del reservado y lo veo correr una cortina roja, a modo de puerta, ya no veo a la gente que pasa por fuera, ni nadie puede vernos a nosotros... El corazón empieza a bombear con fuerza en mi pecho... ¿Por qué ha hecho esto y... para qué? Veo como viene hacia mí con una sonrisa perversa en su boca y, Dios, que boca. Confundida y atacada por los nervios observo como este Adonis se acerca sigiloso a mí.

—¿Nerviosa? —me susurra al oído en cuanto me alcanza sentándose a mi lado.

—No... —miento con la respiración agitada.

—Mejor... —dice acercando su boca a la mía.

—He cerrado el reservado y ya nadie va a entrar —dice sin dejar de mirarme—. Ni te imaginas las ganas que tengo de besarte.

—Pues bésame —susurro.

Acerca su boca a la mía y yo abro la boca instintivamente, él me da un suave beso en los labios y mete su lengua en el interior de mi boca. Olvidándome de todo respondo a sus exigencias y soy yo la que empieza a devorarlo con deseo. Durante unos segundos nos besamos apasionadamente. Mi cuerpo tiembla al contacto con su cuerpo y noto cómo sus manos me aprietan el culo. Instantes después, saca su lengua de mi boca y, sin apartar sus azules ojos de los míos, me dice:

—Daría todo lo que tengo por meterme en tus bragas.

Atónita, anonadada, pero terriblemente excitada le contesto:

—Y yo todo lo que tengo por que te metieras.

No me reconozco, esta no soy yo, pero le deseo como no he deseado a nadie en toda mi vida. Sonríe con malicia ante mi contestación y, repanchingándose en el sofá me dice:

—Desnúdate.

Totalmente perpleja, pero terriblemente excitada ante su orden le pregunto.

—¿Aquí?

—Sí, aquí y ahora —contesta con naturalidad.

—Pero... —protesto volviendo mi vista a la puerta del



reservado.

—Ya te he dicho que estando la cortina cerrada nadie va a abrir el reservado.

Yo lo miro dudando mientras él me observa con gesto altivo.

—Desnúdate —repite sin variar su gesto.

Cojo la copa de champán y la vacío de un trago para envalentonarme. Me levanto del sofá y me quito el vestido de la manera más sugerente que puedo. Me quedo ante él en ropa interior mientras me observa, le veo respirar con profundidad. Se está excitando y yo también. Nunca me había desnudado delante de un desconocido, pero hacerlo para él me ha encantado.

—Todo —ordena.

—Pero...

—Pero nada... Te quiero totalmente desnuda.

Sonríó con malicia y él me imita. No puedo creer lo que voy a hacer. Me bajo un tirante del sujetador, luego el otro hasta desabrocharlo del todo. Me agacho y, con una sensualidad que no sabía que tenía me quito las braguitas. Él me mira con deseo, lo veo en su mirada y en la forma entrecortada con la que respira. Me quedo completamente desnuda delante de él, de un hombre al que no conozco de nada, pero por el que, en estos momentos, haría lo que me pidiera. Veo como se levanta y se acerca sigiloso a mí, Me besa y siento sus poderosas manos por todo mi cuerpo. Me

tumba en el sofá y un gemido sale de mi boca en el momento en el que él me coge de las piernas y me las separa.

—¿Me deseas? —pregunta.

Asiento con la cabeza sin poder articular palabra. Se quita la camisa y vuelvo a gemir. Estoy desnuda y expuesta ante el hombre más impresionante que he visto en mi vida.

Cierro los ojos al notar como empieza a besarme los muslos. No puedo creer lo que estoy haciendo, desnuda y abierta de piernas para un desconocido. Sigue besándome con delicadeza la cara interna de los muslos mientras me acaricia las piernas. Tiemblo. Luego me las dobla y siento sus dedos en mi sexo. Eso vuelve a estremecerme y, cuando su boca se posa en mí, doy un salto. Robert comienza a mover su lengua en mi clítoris, lo rodea, lo estimula y yo, inconscientemente, abro más mis piernas. Jadeo. Estoy a punto de tener un orgasmo y lo que necesito es tenerlo dentro ya:

—Fóllame —le exijo.

Levanta la cabeza y mirándome me pregunta si uso anticonceptivos:

—Sí, la píldora.

Rápidamente se quita los pantalones y los calzoncillos. Se queda totalmente desnudo ante mí y yo me estremezco al verle. Su pene está muy duro y no puedo evitar alargar la mano para tocarlo. Él cierra los ojos ante mi caricia. Se

tumba sobre mí y, sin dejar de mirarme a los ojos, me penetra lentamente hasta el fondo. Entra en mí una y otra vez y yo jadeo sin parar. El deseo y la lujuria se apodera de ambos mientras nuestras respiraciones jadeantes se mezclan. Sus increíbles ojos me miran llenos de deseo y consiguen excitarme todavía más. Vuelvo a gemir más fuerte y él me sonrío; una sonrisa perversa, lasciva y tentadora. Cierro los ojos y me rindo al placer. Estoy cerca, muy cerca. Ambos gritamos al alcanzar el clímax.

No tengo palabras para describir lo que he sentido, pero jamás en la vida lo he sentido con nadie.

—Esto ha sido... —me fallan las palabras.

—Increíble... —dice—. Eso es lo que ha sido... Y aunque me encantaría volver a hacerlo tú tienes amigas esperando y yo amigos a los cuales he sacado hace ya mucho rato del reservado. Vamos a vestirnos.

Lo miro intentando recuperar la serenidad. Él me sonrío y comienza a vestirse con prisa. Cojo la ropa y ambos terminamos de vestirnos a la vez.

—¿Vamos a buscar a nuestros amigos? —me pregunta.

Al salir del reservado veo a mis amigas intentando convencer al tipo de seguridad de que las han invitado a subir a la zona vip. Robert se acerca y le indica que las deje pasar, que están con él.

Al cabo de un momento nos encontramos todos en el reservado, nosotros cuatro y el grupo de amigos de Robert,

todos muy simpáticos, muy guapos y, porqué no decirlo rematadamente pijos. Bebemos y hablamos todos con todos y veo como Adri y Carol disfrutan de estar rodeadas de tanto tío bueno. Robert y yo nos hemos unido al grupo y hablamos con ellos, pero cada vez que lo miro me encuentro con sus penetrantes ojos azules mirándome. No puedo evitar devolverle las miradas. Nunca me había fascinado tanto un hombre.

—¿Nos vamos? —me pregunta.

Lo miro sin entender a dónde quiere ir.

—Vamos a tu hotel —me susurra al oído—. Quiero estar contigo a solas.

No necesito oír nada más, asiento con la cabeza y le digo que de acuerdo. Nos despedimos de todos y bajamos cogidos de las manos las escaleras del Blue Note. Ya en la puerta veo como un Audi Q7 negro está aparcado esperando y un conductor vestido con un traje negro sale a abrirnos la puerta de los asientos de atrás. Pero ¿qué persona tan joven tiene chofer? Me siento confundida, sin duda Robert es alguien con dinero, con mucho dinero.

Aparcamos en la puerta del hotel y oigo como le dice que vuelva a recogerlo en una hora. Me siento confundida y mi cara debe transmitirlo ya que, sin necesidad de que le pregunte, me dice que no puede quedarse más tiempo ya que en cinco horas debe coger un avión para ir a Los Ángeles para una reunión familiar. Vaya... de momento soy

consciente de que ya no lo voy a ver más, dice que debe estar dos días de reuniones con su padre por cosas de la empresa y esos son justo los días que me quedan de estar en Nueva York... El desanimo me oprime el pecho por un segundo. Vamos Sara, que le terminas de conocer... pega otro polvazo y eso que te llevas me digo a mí misma. Subimos a la habitación del hotel sin dejar de besarnos. Me muero por volver a sentirlo dentro de mí.

Entramos en la habitación y la mira con curiosidad:

—Me gusta —dice mirando a su alrededor.

—Es una habitación sencilla, pero funcional —contesto nerviosa pensando en la clase de lujos a los que él estará acostumbrado.

—¿Cuál es tu cama?

—La de debajo de la ventana —contesto señalando la pequeña cama de cabecero blanco.

Lo miro mientras se sienta en ella y noto como mi corazón late muy deprisa. Sé lo que va a pasar. La siento, esa tensión sexual que antes ya he sentido en el reservado.

—Ven, siéntate —da un par de palmadas en la cama.

Yo obedezco de inmediato y me siento a su lado. Le miro a los ojos y luego a la boca mientras él hace lo mismo conmigo. Va a besarme, pero en un acto reflejo que no sé de dónde saco, me adelanto y me abalanzo sobre él. Lo beso con pasión y él responde de igual manera. Deja de besarme. Abro los ojos y lo veo mirándome fijamente.

—No te haces una idea de lo que te deseo —me susurra al oído.

—No será más de lo que yo te deseo a ti —jadeo al notar como sus manos van bajando por mi cuerpo.

Esboza una sonrisa maliciosa y me pide que me desnude. Yo le digo que se desnude también. Se ríe, pero se inclina y se quita un zapato, luego el otro y comienza a desnudarse dejando de nuevo ese cuerpo que tiene a la vista.

Me tumba y él se tumba sobre mí. Desliza sus dedos por mi vientre, hasta meterlos en mi sexo. Se le escapa un profundo.

—Ya estás preparada —murmura.

Mueve sus tentadores dedos despacio, dentro y fuera, yo empujo hacia él alzando las caderas.

—¿Impaciente? —pregunta.

—Mucho... —jadeo.

La tensión sexual está a punto de hacerme estallar. Me mira un momento, evaluando mi deseo, de pronto me agarra y me da la vuelta. Me empuja las rodillas para alzarme el culo y, antes de que pueda reaccionar, me penetra. Fuerte, embistiéndome, empuja una y otra vez y lo noto, me voy a correr ya.

—Vamos —me dice—. Córrete otra vez para mí.

Y mi cuerpo vuelve a responder a su petición y vuelvo a alcanzar un orgasmo con este hombre al que no conozco, pero al que mi cuerpo se rinde una vez más. Veo como

cierra los ojos y se corre tras soltar un gruñido.

—Ha sido...

—No me lo digas... ¿Increíble? —bromea.

Le sonrío con timidez y veo que se levanta y empieza a vestirse. No me lo puedo creer, se va, de verdad que ya no voy a volver a verlo.

—¿Te vas ya? —le pregunto con mi voz convertida en un susurro.

—Tengo que irme... Mi avión sale en cuatro horas y todavía he de pasar por casa a preparar mis cosas.

—Bueno, estoy cansada —contesto afligida.

—¿Me estás echando? —pregunta divertido.

—Sí.

—Bueno, me quedaban quince minutos hasta que venga Eduard a buscarme y me apetecía hablar contigo.

—Pues yo tengo sueño y no me apetece estar de conversación.

Alza las cejas perplejo y sorprendido.

—Esta bien, me bajo ya.

—Pues muy bien, que tengas un buen viaje —digo de mal humor.

Intenta ocultar una sonrisa, pero no lo consigue, y eso todavía me enfada más. No va a volver a verme y se va tan contento y dándole igual... UYYYYYY, que mosqueo estoy cogiendo. Me levanto y voy al baño, pero él me detiene antes de alcanzarlo.

—Me ha encantado conocerte, Sara —susurra mientras me besa en cuello—. Nos vamos a volver a ver muy pronto.

—El placer ha sido mío y ahora si me disculpas —contesto de mala leche.

Me dirijo a la puerta de la habitación y la abro. Robert se detiene en el umbral, me agarra de la barbilla y me obliga a mirarlo.

—Muy pronto... —vuelve a decir mientras me besa en los labios con dulzura.

Respira hondo, me besa en la frente y se marcha. Avanza por el pasillo hacia el ascensor mientras yo continuo mirándolo desde la puerta.

Llama al ascensor y se gira a mirarme lanzándome una arrebatadora sonrisa. Totalmente deslumbrada por él se la devuelvo, lo veo entrar en el ascensor y yo cierro la puerta. Siento unas increíbles ganas de llorar. Ya no voy a volver a verlo. El hombre que más me ha atraído y más me ha hecho disfrutar en toda mi vida. Dice que nos vamos a volver a ver pronto, pero si no sabe mi número de teléfono, ni mi dirección, ¿Cómo vamos a ponernos en contacto? Sin duda es algo que le dirá a todas y que piense que soy tan tonta de creerle aún me pone más furiosa.

Voy al baño, me desmaquillo y me acuesto en la cama, donde empiezo a dar vueltas sin parar hasta oír llegar a mis marchosas amigas dos horas después. Y yo sigo con un único pensamiento en la mente. Robert. Me hago la



dormida y las oigo cuchichear, están comentando lo exhausta que debo de estar...

A la mañana siguiente estoy hecha polvo, no he pegado ojo y aún nos quedan muchas cosas que visitar... Yo estoy tan triste que ya ni me apetece, ya solo lo tengo a él en mis pensamientos, a él y a esa manera suya de mirarme.

El día nos ha cundido mucho, hemos visitado Central Park y varios monumentos más, pero en lo que he volcado, y mucho, mi frustración han sido en las compras, he cargado, pero bien.

## CAPÍTULO 2

Ya estamos de vuelta de nuestro viaje a Nueva York y mañana tengo que volver al trabajo, desde nuestra vuelta ayer no he salido de casa, he estado guardando todo lo que me he comprado, he hecho limpieza general y he hablando con mis padres y mi hermana Noelia, con ella no he podido disimular y se lo he contado todo, además de hermanas somos también amigas, solo nos llevamos tres años y eso ha facilitado que ambas seamos confidentes y cómplices de la otra. Mi hermana Noelia tiene veintiocho años y lleva dos casada con David, su novio de toda la vida. Siempre he admirado la capacidad tan temprana que ambos tuvieron de conocer el amor. David es muy buena persona y lleva a mi hermana en bandeja de plata y, yo, le quiero mucho por ello. Ambos trabajan en el Ayuntamiento de Madrid como administrativos y, viendo como tienen el porvenir de resuelto, no creo que tarden mucho en hacerme tía.

Sé que mi hermana tiene razón, no debo obsesionarme con Robert ya que no lo voy a volver a ver, he de centrarme en mi trabajo y, el amor, cuando tenga que llegar llegará, pero no con un guapo y rico chico de Nueva York.

El puñetero despertador suena y me saca del erótico sueño que estaba teniendo. Robert estaba besándome mientras me penetraba una y otra vez. Sacudo la cabeza contrariada y me digo a mi misma que ya es hora de olvidar

Nueva York y de volver al trabajo.

Llego al trabajo y veo a Berta, mi jefa, me abraza y me da dos besos mientras me pregunta qué tal por Nueva York. Yo le contesto que todo ha estado genial, que lo he pasado muy bien y me ha venido muy bien distraerme. Asiente mientras llamamos al ascensor para que subir a la cuarta planta donde se encuentra su despacho como jefa de recursos humanos y mi mesa de secretaria justo delante de él.

Morgan Comunicacions Madrid es un edificio bonito y moderno, consta de seis plantas y somos casi cien trabajadores, la mayoría gente joven y muy preparada.

Me siento y reviso un montón de correspondencia dirigida a mi jefa. Ella sale del despacho y me dice que tiene una reunión en la sala de conferencias:

—Sara, si entra alguna llamada preguntando por mi coges el mensaje, no sé que pasa, pero tenemos todos los jefes de departamento que ir a la sala de conferencias para una videoconferencia con la sede central —dice nerviosa.

—¿Con Los Ángeles? —pregunto sorprendida.

—Sí, con Los Ángeles... Que raro, es la primera vez que conectamos con ellos en cuatro años que trabajo aquí. —contesta confundida.

La veo alejarse a toda prisa para coger el ascensor que la baje a la primera planta donde está la sala de conferencias. Yo prosigo con mi trabajo y leo toda la correspondencia. Y, por un momento, logro sacar su imagen de mi cabeza, sus

ardientes ojos azules, su pelo negro y brillante y su mirada, sí su mirada me persigue día y noche.

Tras casi dos horas veo volver a Berta, ha tardado mucho y me ha dado tiempo de ir a tomar un café y una tostada con un par de compañeras. Veo su semblante y parece contrariada.

—¿Qué tal la reunión? —le pregunto.

—Pues todo muy extraño —contesta mientras coge todo el correo que le he dejado preparado.

—¿Y eso?

—Hemos hablado con los jefazos de Los Ángeles y nos han pedido que enviemos los curriculums de todo el personal de la delegación de Madrid, necesitan personal para la delegación de Nueva York y quieren a alguien español para poder manejarse en el mercado hispano—americano.

—¿En serio? —le pregunto totalmente sorprendida.

—En serio... Voy a prepararlo todo para enviarlo —dice metiéndose en su despacho.

Totalmente alucinada me quedo sentada en mi silla sin poder reaccionar. Nueva York. ¿De verdad? Parece una broma del destino. Berta no ha especificado que necesitan, si secretarias, jefes de sección, de delegación... Me pongo de los nervios ¿Y si me plantean a mí el traslado? No quiero pensar en que haría se me viera en esa tesitura... Total son casi cien currículums, no creo que vaya a ser una de las elegidas.

El día es de locos, mi jefa ha delegado todo el trabajo en mí, ella se ha centrado en mandar todo a la sede central, y es un trabajo muy costoso que le lleva todo el día.

A las siete de la tarde toco a su puerta:

—Pasa, Sara.

—¿Necesitas algo más de mi? —le pregunto.

—No, vete —dice mirando la hora en su reloj—. Yo termino de enviar los últimos currículums y también me marcho.

—Buenas tardes —le digo—. Que descanses.

—Igualmente, Sara.

Me doy la vuelta y salgo de su despacho. Estoy agotada. Bajo al garaje y cojo mi viejo Opel Corsa... Está ya muy viejecito, en cuanto ahorre un poco tendré que cambiarlo.

Llego a casa tan agotada que no tengo ganas ni de cenar, los primeros días de vuelta al trabajo tras las vacaciones siempre se hacen cuesta arriba, y más hoy con todo lo que ha pasado. Cojo un par de yogures de la nevera y me siento en el sofá dispuesta devorar cualquier película que hagan en la televisión por cable, Vaya... echan oficial y caballero, la he visto más de cien veces, pero nunca me canso de verla. Me recuesto en el sofá y me dispongo a volver a reír, a sentir, y a llorar de nuevo con cada escena.

Me despierto aturdida, vaya son más de las dos de la mañana y me he debido de dormir viendo la película, ni he llegado a ver la mitad de lo cansada que estaba. Voy a la

cocina y bebo un vaso de agua antes de ir a dormir, está vez a mi cama.

—Pronto volveré a verte —susurra Robert en mi oído—.

Muy pronto...

Yo gimo al notar su boca en mi cuello y lo ladeo para facilitar sus besos. Va dejando un reguero de besos desde mi cuello hasta mis pechos mientras yo acaricio su suave pelo negro...

Me despierto del jadeo que acabo de pegar. Joder que sueño más real, He gemido tan alto que me he asustado a mi misma. Miro el despertado. Las seis y media, vuelvo a tumbarme, no falta ni media hora para que tenga que levantarme. Cierro los ojos intentando volver a sentir las mismas emociones que sentía en el sueño, intentando oír su voz, sentir sus caricias, pero su recuerdo se escapa de mi mente. Me voy a la ducha. Al ducharme caigo en la cuenta de algo. En Los Ángeles son nueve horas menos, con que, haciendo un rápido conteo, caigo en la cuenta de que allí eran las once y media de la noche cuando comenzaron la videoconferencia. Vaya... si que deben estar interesados para esperar a esas horas para poder conectar con Madrid.

Salgo de la ducha dispuesta a comenzar una nueva jornada de trabajo y rezando para que sea menos agotadora que la de ayer. Me pongo un vestido de los cinco que me compré en Nueva York y salgo para la oficina.

Me sorprende ver a mi jefa ya en el despacho cuando yo

llego, parece muy atareada y como si llevara ya varias horas trabajando:

—Buenos días, Berta —la saludo desde la puerta.

—Buenos días, Sara... Pasa, siéntate que tengo que hablar contigo —me dice muy seria.

Entro y voy poniéndome nerviosa por momentos ¿Qué pasará? ¿Irán a despedirme? Me siento en una de las sillas de delante de su mesa y pongo las manos en mis piernas, vaya... No me había dado cuenta de lo corto que era el vestido hasta ahora, con un movimiento nervioso intento estirarlo, pero la tela no da más de sí.

—Tengo una noticia muy importante que darte —dice mientras se quita las gafas que lleva para el ordenador—. Llevo desde las cinco de la mañana aquí, hablando con la central.

—Comprendo... Al haber tantas horas de diferencia te ha tocado venir tan pronto.

—Correcto... La verdad que no entiendo nada de lo que está pasando, es todo muy extraño —dice mirándome a los ojos.

El corazón amenaza con salir de mi pecho y tengo la boca tan seca que no puedo ni tragar.

—Verás, Sara... A pesar de que eres la persona que menos tiempo lleva en la empresa, a pesar de que varios empleados se han ofrecido voluntarios y pesar de que hay gente con más experiencia y más preparada que tú, el presidente de la

compañía te quiere a ti para el puesto de secretaria personal en la delegación de Nueva York.

La miro completamente alucinada ¿Yo?

—Las condiciones son inmejorables tanto en el sueldo como en todas las opciones que te dan, piso en Manhattan, coche , teléfono de empresa para poder hacer llamadas a España sin coste alguno... En fin, un sueño de trabajo — dice suspirando, y ahí me doy cuenta de que ella esperaba ser la elegida.

Debo de estar soñando... ¿Por qué yo? Debo admitir que me ha dolido que me considere la persona menos preparada de la empresa por ser la última en incorporarme, pero sé que tiene toda la razón.

—Bueno, aquí te he preparado un dossier con toda la documentación que debes leer, tienes hasta el viernes para pensarlo.

¿Dos días? ¿Solo? Esta decisión va a cambiar mi vida y solo tengo dos días para decidir que voy a hacer. Cojo el sobre con la mano temblorosa y le digo que de acuerdo, que lo pensaré. Ella me mira extrañada y me dice que si no aprovecho esta oportunidad debo de estar loca. Sonrío y salgo deprisa de su despacho.

Ya sentada en mi mesa no paro de dar vueltas a la propuesta, es realmente tentadora, un sueldo que aquí no ganan ni los jefes de sección y todos los gastos pagados, sí, realmente es una propuesta increíble. En ese momento



Robert se abre paso en mi ofuscada y pensativa mente. Sí, Robert vive en Nueva York, no debería ser difícil poder coincidir con él, aunque tuviera que pasar todos los fines de semana metida en el Blue Note, él me contó que va a menudo por allí. Vamos a ver, Sara... Tu vida a punto de cambiar por completo y lo que más te preocupa ahora es coincidir con un guaperas que ya no se acordará de ti para nada. ¿En serio? La siempre responsable voz de mi conciencia me riñe y yo agacho la cabeza ante ella, avergonzada. Es verdad.

El día se hace eterno y, la hasta ahora amable y comprensiva jefa, parece no haber encajado bien el no ser ella la elegida y está pagándolo conmigo todo el día. Cuando se hacen las siete de la tarde me tiene más que frita ya. Cojo mi bolso y, tras preguntarle si necesita algo más de mí y tras contestarme que no, cojo el ascensor y salgo de la oficina como alma que lleva el diablo. Tengo mucho que leer y mucho que pensar.

Llamo a mis padres y a mi hermana para organizar una cena para mañana jueves en mi casa, he de contarles todo lo está pasando en el trabajo. Lo que ellos opinen me importa muchísimo.

Me preparo una tortilla francesa con un poco de ensalada y vuelvo a leer la documentación, cuando más lo leo más me seduce la idea. Lo tengo que meditar, y mucho, pero la opinión de mi familia será decisiva.

—¿Ya tienes una respuesta? —me pregunta mi jefa en cuanto coincidimos entrando en el edificio.

—Buenos días, Berta —la saludo ya que ella parece haber perdido los buenos modales desde ayer—. Estoy en ello... Mañana a primera hora tendréis mi respuesta.

—Sí, a primera hora, sino aceptas he de ponerme en contacto con los jefazos de inmediato.

—Tranquila, en cuanto llegue a la oficina te la doy.

Subimos en el ascensor en un incómodo silencio, algo me dice que, sea la que sea mi respuesta, mi relación con ella ya no va a volver a ser la misma. No lo entiendo, yo no he hecho ni dicho nada para haber conseguido ese ascenso.

—Pasa a limpio todos los archivos de los últimos seis meses —me dice en cuanto alcanzamos mi mesa.

—Enseguida, Berta —contesto intentando recuperar la cordialidad que, hasta ayer, nos teníamos las dos mutuamente.

Otro día que me resulta un verdadero agobio. Mi jefa no me ha dejado ni respirar en todo el día, no recuerdo ni haber podido ir al baño a mear. A las siete y cuarto alcanzo mi coche y me pongo rumbo a casa para preparar la cena: Pollo al horno con patatas, una de las pocas recetas de mi madre que me sale razonablemente buena.

Preparo los ingredientes y lo meto todo en el horno. Pongo la mesa y espero a que lleguen mientras me sirvo una copa de vino tinto.

Suena el timbre y veo a través del video portero a las cuatro personas más importantes en mi vida.

Nos disponemos a cenar y yo no sé como sacar el tema, estoy muy pensativa y mi madre me lo nota:

—¿Te pasa algo, Sara? —pregunta.

—No, nada... Bueno hay algo de lo que quiero hablar con vosotros.

—¿Qué sucede? —pregunta ahora mi hermana.

Me armo de valor y les empiezo a contar todo lo acontecido en el trabajo. Ellos me escuchan atentamente mientras yo hablo y hablo sin parar.

—¡Enhorabuena, cuñada! —exclama David en cuanto termino de hablar y les pregunto que les parece.

—Todavía no sé si voy a aceptar —contesto mirando a mi madre que permanece muda.

—¿Cómo que no? ¿Qué tienes que pensar? —Es ahora Noelia quien habla—. Es la mejor oportunidad que vas a tener en toda tu vida.

—Sí, eso es cierto —susurro mirando a mi padre que también se ha quedado petrificado.

—¿Vosotros qué opináis? —me dirijo a mis padres viendo que no reaccionan.

Los veo como se miran entre si, y luego me miran a mi.

—¿Te hablo como padre o soy objetivo? —pregunta mi padre.

—¿No pueden ser ambas? —contesto.

—Mira, hija, como padre te diría que es una locura irte tú sola a un país desconocido, que estás muy bien trabajando aquí, en Madrid.

—¿Pero...? —pregunto.

—Pero siendo objetivo pienso como tu hermana, es la oportunidad de tu vida y no puedes desaprovecharla.

—¿Tú que piensas, mamá?

Mi madre nos mira a todos, uno a uno, poco a poco, asiente con la cabeza mientras sonrío.

—Pienso que tendremos que sacarnos la tarjeta oro de Iberia.

—¡Biennnnnn! —empiezan a aplaudir Noelia y David.

Los miro y, tras meditarlo un segundo más les digo que sí, que me voy, que acepto el traslado. Todos se levantan y vienen a abrazarme, me encanta mi familia, somos una auténtica piña.

Cuando ya se han ido y veo que se ha hecho muy tarde, me meto en la cama, consciente de que no voy a poder pegar ojo con lo nerviosa que estoy. Me marcho de España, no sé cuando, ni cuanto tiempo, pero, sin duda, mi vida va a cambiar por completo.

Cuando suena el despertador tengo la sensación que de que terminaba de dormirme. Me levanto y me doy una ducha esperando poder espabilarme. Me visto de forma elegante con un traje chaqueta negro y una camisa blanca. No vaya a ser que tenga que hacer una videoconferencia con los

jefazos y no esté lo suficientemente arreglada.

Llego muy temprano a la oficina y no hay ni rastro de mi jefa, vuelvo a leer, por enésima vez, el dossier que ya me sé de memoria.

Levanto la vista de los papeles y veo como Berta se acerca con paso firme a mí.

—Buenos días, Sara —me dice intentando dibujar una sonrisa en su cara —¿Ya tienes una respuesta?

—Sí, buenos días, Berta... la tengo.

—Pasa a mi despacho.

La sigo y, al momento, ya la estamos sentadas una enfrente de la otra.

—¿Y bien? —pregunta.

—Sí, acepto el traslado.

Veo la consternación reflejada en su rostro, no se lo esperaba, se pensaba que todavía tenía alguna oportunidad.

—Perfecto, voy a llamar a la asistente personal del señor Morgan antes de que se haga más tarde para que nos dé las instrucciones a seguir. Cierra la puerta al salir.

Asiento con la cabeza y salgo del despacho, hay que ver como cambian las personas de un día para otro... Todos estos meses he considerado a Berta mi amiga, además de mi jefa... Veo que es verdad que el ansia de poder corrompe. En fin, con algo de suerte no me queda mucho tiempo de tener que aguantar su mal humor.

Casi una hora después la veo salir de su despacho, en la

mano lleva un sobre blanco que me entrega:

—Ya está todo organizado, aquí tienes el billete de avión, tu vuelo sale a las ocho de la tarde. En el aeropuerto te esperará Alisson Parker, la asistente personal del señor Morgan para acompañarte a instalarte.

La miro completamente alucinada. ¿Me voy ya? Pero si no me he preparado nada, ni me he despedido, ¿por qué es todo tan precipitado? Berta parece leerme el pensamiento:

—Vete ya a casa, prepara las maletas y despídete de tu familia y amigos. Desde este momento ya perteneces a Morgan Communications Nueva York. Buena suerte, Sara.

Me tiende su mano y yo, nerviosa, emocionada y muy alterada, le suelto dos besazos y un abrazo de oso amoroso que a punto está de dejarla sin respiración. Me devuelve el abrazo perpleja y me desea que todo me salga bien. De verdad. Esta es la Berta Molina que yo conocía.

Recojo mi mesa a cien por hora y me despido de los compañeros con los que más trato tengo. Cojo mi viejo Corsa y salgo para casa todo lo rápido que puedo.

Llamo a mis padres, a mi hermana, a mis amigas del alma y les explico que todo se ha precipitado, que salgo hoy mismo para Nueva York, a los veinte minutos los tengo a todos en mi casa, vaya comité de despedida. Todos se han escapado del trabajo para venir a despedirse de mí. Mi vena sensible amenaza con hacerme llorar antes de hora.

Me despido de mis amigas entre besos, abrazos y lágrimas,

muchas lágrimas una mezcla de alegría y de tristeza. Mis padres dicen que se quedan conmigo hasta que salga el avión, mientras que mi hermana y David deben volver al trabajo. Más besos, abrazos y otro montón de lágrimas, me voy a deshidratar...

Ya tengo el equipaje preparado tres maletas, y eso que solo llevo la ropa de entretiempo y de verano. Sí, ya habrá tiempo de llevarme lo de invierno ya que Mayo termina de comenzar.

El tiempo pasa muy deprisa y ya es hora de ir al aeropuerto. He de estar tres horas antes para que me entreguen el visado.

Bajamos al portal y esperamos a que mi padre traiga el coche para cargar las maletas. Nos montamos y, al arrancar el coche, giro la cabeza a través de la ventanilla para despedirme de mi casa, de mi calle, de mi mundo...

La despedida con mis padres es la más melodramática de todas... Ni que me vaya a la guerra. Lloros, abrazos, más lloros, besos y así hasta que embarco. Me sorprende ver que mi billete es en Business. Cuantas molestias se están tomando conmigo... Ese pensamiento me desconcierta. Decido no darle importancia y disfruto de las ventajas de ir en primera clase.

Me monto en el avión y tomo asiento en uno de los seis asientos que hay en primera, una atenta y agradable azafata me ofrece café, té, zumo de naranja. Acepto un zumo y

sorbo despacio, pensativa... Ha sido un día intenso, lleno de emociones, me acurruco en el cómodo asiento de piel y me rindo al sueño.

Tras un sueño que se me ha hecho corto, pero que ha durado todo el vuelo, me despierta la azafata con otro zumo de naranja que acepto encantada. Que sed tengo... Ya iniciamos la aproximación a Nueva York y he de poner el asiento en posición vertical. En menos de una hora volveré a estar en Nueva York. Solo unos días después... ¿Te volveré a ver, Robert?

Salgo de la Terminal de llegadas del aeropuerto de Nueva York y miro a las personas que se encuentran esperando. Veo una mujer rubia de unos cuarenta años. Va impecablemente vestida con un traje chaqueta gris y sostiene en alto un letrero que reza señorita Sara Navarro. Me está esperando a mí, ella debe ser la señora Parker. Me aproximo rápidamente a ella y le tiendo la mano:

—¿Alisson Parker? —pregunto—. Yo soy Sara Navarro.

—Encantada, señorita Navarro —me saluda—. Espero que haya tenido un buen vuelo.

—Ha sido un vuelo fantástico, muchas gracias.

—Permite que te ayude con el equipaje, fuera nos espera un chofer para llevarnos a tu nuevo hogar.

Asiento agradecida y salimos cargadas con las maletas.

Madre mía... Un Mercedes más grande que mi casa nos espera, el chofer se acerca y nos dice que ya lo carga él todo.



Yo le cedo mis maletas y miro a mi alrededor en estado de shock... ¿De verdad que todo este despliegue es por mí?

Oigo como le indica que debe llevarnos a Lexington Avenue número setenta y tres. El coche se pone en marcha y Alisson, como ella me ha pedido que la llame, y yo comenzamos una animada conversación. Me dice que ella ha sido la secretaria personal del señor Morgan los últimos tres años, que ahora la han ascendido y que yo deberé acompañar al señor Morgan en sus viajes por Latinoamérica y, cuando volvamos, deberé trabajar para él. Me pregunta que tal todo por España y yo le contesto que la empresa funciona realmente bien. Miro por la ventanilla y veo como nos adentramos en una impresionante avenida en Manhattan, de repente el coche para delante de un señorial edificio blanco y crema.

—Ya hemos llegado —nos indica.

Bajamos y cogemos el equipaje ya que el coche está en doble fila y no puede aparcar.

Dios mío... Es el portal más majestuoso que he visto en mi vida ¿Voy a vivir aquí? Este piso debe de costar una fortuna... Cada vez entiendo menos el haber sido la elegida...

Veo como Alisson pulsa el botón que indica que vamos a la cuarta planta. Se cierran las puertas y el ascensor coge velocidad.

El rellano es amplio y cuatro puertas de madera maciza de

roble presiden la estancia. Alisson saca del bolso un par de llaveros y se dirige a la segunda puerta a la derecha. Cuando entramos en el piso me quedo todavía más alucinada.

Al momento estamos en un vestíbulo totalmente blanco. Un mueble gris con un moderno jarrón de cristal lo preside. Sigo a Alisson que se dirige a una doble puerta que resulta ser un enorme salón todo decorado en tonos crema. La pared del fondo es de cristal y da a un balcón con magníficas vistas de la ciudad. A la derecha un enorme sofá en el que pueden sentarse ocho personas. Frente a él una moderna chimenea de acero.

Lo miro sin poder articular palabra.

—¿Te gusta? —me pregunta sonriendo.

—Es la casa más bonita que he visto nunca.

Asiente sonriendo y me dice que la siga. Yo obedezco sin poder cerrar la boca de la impresión.

Llegamos a una cocina con los muebles en madera color chocolate y la encimera de mármol blanca. Un ataque, va a darme un ataque de un momento a otro... ¿Por qué he tenido tanta suerte?

Y así, completamente alucinada, voy viendo todas y cada una de las estancias de la casa. El enorme dormitorio con vestidor y baño propio y un par de habitaciones de invitados, cosa que me hace sonreír... Vaya cara que pondrán al ver la casa cuando vengán a verme.

Me entrega una cajita y al abrirla veo dos juegos de llaves

que son del piso y unas llaves de coche. El logotipo del mando me hace ver que es un Audi... ¿En serio? No me lo puedo creer.

—Aquí tienes un par de juegos de llaves del piso, y en el garaje tienes tu coche, es un Audi Q3 color negro y está aparcado en la plaza número nueve. El lunes a las ocho nos vemos en la oficina y te pongo al día de todo —dice mientras saca una tarjeta de su bolso—. Aquí tienes la dirección de la empresa, te esperaré en la novena planta dónde se encuentra tu despacho y el del señor Morgan.

—Allí estaré —digo cogiendo la tarjeta.

—¿Alguna duda? —pregunta.

—No, una vez allí espero estar a la altura.

—Seguro que lo estarás.

La acompaño a la puerta y me explica brevemente dónde comprar, dónde poder ir a la peluquería, a la tintorería, y yo le doy las gracias por haber sido tan amable conmigo. Una vez me quedo sola en esa casa recién salida de una revista me pregunto de nuevo que narices hago yo aquí para luego, y con una sonrisa de oreja a oreja, deshacer el equipaje y sentir que realmente, de verdad, voy a vivir en Nueva York. La felicidad que siento es tan grande que no se puede explicar.

## CAPÍTULO 3

El fin de semana ha pasado volando, fui a comprar para llenar la despensa, fui a dar una vuelta para conocer mi nuevo barrio, les mandé a mi familia y amigas un video mostrándoles mi nuevo hogar y viendo sus caras sé que les encanta todo, como no...

Y ahora ya ha llegado el lunes, a las cinco de la mañana ya no me vuelvo a dormir, me levanto y voy a la ducha, quiero estar perfecta para mi primer día en la oficina. Me ducho, me hago la manicura, pedicura, me seco el pelo con esmero y salgo a la cocina para desayunar. Con los nervios no tengo nada de hambre así que solo tomo algo de fruta y un café con leche. Entro en el vestidor y miro que ponerme. Quiero ir elegante y sencilla a la vez. Al final me decido por una falda de tubo gris y una blusa blanca sin mangas junto con unos bonitos zapatos de tacón alto negros. Me maquillo lo suficiente sin resultar excesivo.

Me miro en el espejo y me gusta lo que veo, parezco una ejecutiva y, sin duda, voy perfecta para ir a trabajar. Miro el reloj y no son ni las siete de la mañana, pero decido salir ya de casa, no vaya a ser que pille mucho tráfico. Bajo al garaje y abro mi precioso Audi nuevo que ayer ya me encargué de estrenar. Nada que ver con mi viejo Opel Corsa. Me monto y respiro hondo. Hora de la verdad.

Salgo por la rampa y al momento estoy enfrentándome a

la bulliciosa y transitada Gran Manzana.

Me concentro en la carretera mientras piso con fuerza el acelerador. Conducir este coche es muy agradable.

Me dirijo a la sede de Morgan Communications Nueva York, un enorme edificio de cuarenta plantas, una fantástica y moderna construcción, todo él de acero y vidrio, con las palabras Morgan Communications, en un discreto tono gris en las puertas de la entrada.

Llego al garaje de empleados y un hombre alto y de pelo rubio está sentado en la garita de la entrada:

—¿Nombre, por favor? —pregunta mirando una larga lista.

—Sara Navarro —contesto tímidamente.

Mira la lista unos segundos y, una vez localizado mi nombre, abre la valla para que pueda pasar.

—Adelante, señorita Navarro.

—Gracias.

Aparco en la primera plaza que veo, estoy deseando incorporarme y que se me pasen los nervios que tengo en este momento. Cojo el ascensor y aprieto el botón de la novena planta. Las puertas se abren y salgo a un gran vestíbulo, todo de piedra, acero y vidrio. Me acerco a un mostrador tras el cual se encuentra una chica rubia impecablemente vestida de blanco y negro. Cuanto me alegro de haberme arreglado tanto.

—¿En que puedo ayudarla? —me pregunta.

—Buenos días, mi nombre es Sara Navarro y me incorporo hoy a trabajar como asistente personal del señor Morgan.

Me sonrío amablemente y me dice que se alegra mucho de conocerme. Me informa que la señora Parker no tardará en llegar y, señalando unos bonitos sofás de piel blancos, me indica que la espere sentada.

Me siento y los nervios aumentan. La inseguridad se apodera de mí y no paro de moverme.

Suspiro e intento calmarme mientras espero y espero...

Tras los diez minutos más largos de mi vida veo abrirse las puertas del ascensor y a Alisson Parker salir de él. Saluda a la chica rubia que se me ha presentado como Stella y viene cara a mí con una amplia y franca sonrisa. En ese momento sé que vamos a llevarnos muy bien.

—Buenos días, Sara... Que puntual —me saluda.

—Buenos días, Alisson. Me gusta llegar con tiempo.

—Eso está muy bien. ¿Me acompañas a tu puesto de trabajo?

Me levanto tambaleándome por los nervios y los altos tacones y la sigo diligente.

Llegamos a una puerta y veo una gran mesa delante. Alisson me dice que esta es mi mesa y que ya tengo todo lo necesario en ella para poder trabajar. Asiento y veo que es verdad. Hay un ordenador y todo lo necesario para tomar anotaciones o escribir.

Abre la puerta del despacho y al verlo soy consciente de la persona para la cual voy a trabajar a partir de ahora. EL JEFE DE LOS JEFES. Así, en mayúscula.

El despacho es exageradamente grande para una persona. Delante de los ventanales panorámicos hay una mesa de madera oscura. Todo lo demás es blanco, incluidos un par de sofás. De repente me siento intimidada.

Mirándolo con atención veo que no parece el despacho de una persona de sesenta años. Demasiado moderno y aséptico.

—¿Este es el despacho de Albert Morgan? —pregunto confundida.

Alisson me mira extrañada.

—¿Albert Morgan? —me pregunta—. No, el señor Morgan no suele venir por aquí, él suele estar en la sede principal, en Los Ángeles. Este es el despacho de su hijo, él es el que lleva la sede de Nueva York.

La miro y me sonrío contrariada. Que poco profesional por mi parte no haberme informado previamente y me doy una patada mentalmente.

—El señor Morgan no tardará en llegar —dice mirando su caro reloj—. Espera en tu mesa y ya te dará instrucciones cuando llegue. Yo tengo una reunión y he de marcharme.

Salimos del despacho y la veo alejarse mientras tomo asiento en mi mesa. Preguntándome, una vez más, que demonios hago aquí.

Enciendo el ordenador y configuro mi cuenta personal. Me concentro en la tarea revisando todos los datos que me pide. De repente, no sé por qué, alzo la vista... y quedo atrapada en la descarada mirada de unos preciosos ojos azules. No puedo creer lo que veo. Aquí, delante de mí, vestido con un impecable traje gris, está Robert, el hombre al que no he podido apartar de mi cabeza, me mira y me dedica una sonrisa burlona.

Casi me da un infarto.

—Señorita Navarro, es un placer tenerla aquí —me dice tendiendo su mano.

Maldita sea ¿Qué hace aquí? No puedo reaccionar. Creo que me he quedado boquiabierta, y no me encuentro ni el cerebro ni la voz.

—Robert... —susurro.

Sus labios esbozan una sonrisa y sus ojos parecen divertidos, como si estuviera disfrutando de alguna broma de la que yo no me entero y de la cual soy la víctima.

—Pase a mi despacho, por favor.

¿QUÉ? ¿Su despacho? Esto no puede estar pasando. Me levanto y siento que floto mientras le sigo y entramos en el despacho. Apenas puedo respirar. Mi recuerdo de él no le ha hecho justicia, no solo es guapo, es arrebatador.

Le veo tomar asiento en el cómodo sillón de cuero negro y me indica que me siente en uno de los sillones de delante de su mesa. Me siento sin poder articular palabra y sin dejar



de mirar al hombre que más deseo del mundo. No me lo puedo creer.

—¿Sorprendida? —me pregunta.

—¿Eres mi jefe? —pregunto confusa.

—Mucho me temo que sí. Mi nombre es Robert Morgan —dice tendiendo su mano.

La miro y luego le miro a los ojos, sin saber de dónde saco ese genio y esa osadía.

Noto que mi sorpresa inicial se va transformando en rabia, rabia por haberme traído engañada, rabia por no habérmelo dicho cuando le dije que trabajaba en su empresa. Sigue con su mano tendida y así se va a quedar, no pienso seguirle el juego. Entonces comprendo muchas cosas que me resultaron extrañas. Su sorpresa al decirle dónde trabajaba, su secretismo al preguntarle cosas de su familia y de su trabajo. Me siento engañada, me siento utilizada y la víbora que llevo dentro hace acto de presencia para mi sorpresa y para sorpresa de él.

—¿De qué va todo esto?—pregunto alterada—. ¿Es mi porvenir un juego para ti?

Me mira sorprendido y parpadea confuso. Veo la incomodidad aparecer en su bonito rostro, pero yo ya he tomado carrerilla.

—¿Por qué me preguntas eso? —pregunta en voz baja.

—No entiendo nada. Cuando te conocí me ocultaste que eras el dueño de la empresa para la cual trabajo. Y luego esa

especie de teatro que has montado para que venga a Nueva York a trabajar. ¿De qué va todo esto? —pregunto y soy consciente de que he ido levantando el tono de mi voz.

Él me mira y me mira... Parece que le estoy enfadando con mi actitud... Vaya, pues ya somos dos.

Con la mirada encendida, se recuesta sobre su sillón.

—Te agradecería que no levantas el tono de voz. No sé en España cómo funcionara, pero aquí no se le grita al jefe.

—En España se trabaja de manera educada y eficiente, señor Morgan. Lo que sucede es que no estamos acostumbrados a que nos utilicen como si fuéramos marionetas.

Su expresión cambia por completo y esa sonrisa que hace unos minutos me dedicaba llenando mi alma desaparece. Sus ojos se vuelven oscuros y fríos.

—Abandone mi despacho, señorita Navarro —dice con el gesto endurecido—. Ahora le envío a su correo electrónico toda la documentación que debe revisar.

De repente soy consciente de que me he pasado, y mucho, con las malas maneras con las que me he dirigido a él. Intento arreglarlo.

—Robert, por favor... Debes comprender que ha sido un cambio muy grande y...

No me deja terminar la frase.

—Diríjase a mí como señor Morgan. Si no está conforme con su traslado dígalo a recursos humanos y vuelva a su

antiguo puesto en España.

—Pero...

—Pero nada, salga de mi despacho inmediatamente.

Quiero que me escuche, que me entienda, pero le he cabreado mucho y no creo que sea el momento. Así que me levanto y salgo de su despacho.

Me dejo caer en mi silla y me entran ganas de pegarme de cabezazos contra la pared. Este es el trabajo de mis sueños y trabajo para el hombre de mis sueños también. ¿Por qué me ha entrado ese ataque tan tonto de dignidad? ¿Es el hecho de que no me dijera quien era lo que tanta rabia me ha dado?

Oigo un pitido que proviene del ordenador y veo que me han llegado varios informes para clasificar junto a un mensaje muy distante y profesional de Robert en el cual me indica lo que debo hacer y que tengo de tiempo hasta la tarde. Quiero contestarle algo ingenioso, algo gracioso que haga que se le quite el mal humor, pero no se me ocurre nada y contesto un escueto: «O.k.»

Me pongo a clasificar toda la documentación cuando oigo abrirse la puerta del despacho. Veo salir a Robert y, sin ni siquiera mirarme, dice que va a la cafetería de la empresa que está en la sexta planta. Me dice que tengo veinte minutos para tomar un café o lo que me apetezca.

Sin que me de tiempo a darle las gracias lo veo alejarse con su imponente traje gris. Suspiro y, tras coger mi bolso,

decido ir a tomar una Coca-Cola, con los nervios tengo la boca muy seca.

Cuando entro en la cafetería lo veo sentado en una mesa junto a varios hombres más que, por los trajes tan caros y exclusivos que llevan, deben de ser jefazos también.

Me acerco a la barra y, con el rabillo del ojo, veo que Robert no me quita ojo cuando me siento en un taburete.

Pido una Coca-Cola Light y un simpático camarero que se identifica como Johnny me pregunta si soy nueva en la empresa. Le hago un breve resumen explicando mi traslado.

—Pues espero que te vaya bien por Nueva York y, de paso y si son todas tan guapas como tú en España, recomiendes a alguna antigua compañera que pida el traslado aquí.

Su ocurrencia me hace reír y a punto estoy de derramar la Coca-Cola.

Giro la vista hacia Robert y le sorprendo mirándome. Nuestros ojos se encuentran durante unos segundos y, un escalofrío me recorre el cuerpo. Yo estaré enfadada, pero mi cuerpo se alegra, y mucho, de verle.

Vuelvo la mirada al frente, me intimida mucho y no quiero mirarlo. De repente se levanta y sale de la cafetería, respiro aliviada. Cinco minutos después me despido de Johnny y regreso a mi puesto de trabajo.

Al llegar a mi mesa veo que la puerta de su despacho está abierta. Maldigo. No quiero trabajar notando su inquisidora mirada en mi cuello.

Al sentarme miro al despacho y veo como me observa. Le dedico una tímida sonrisa y, sorprendentemente, curva sus labios mientras intenta aguantar una sonrisa.

El alivio que siento es enorme. No quiero que mi súper jefe se enfade conmigo. Armándome de valor abro el correo y le mando un mensaje con un escueto: «Lo siento, estoy muy agradecida por la oportunidad que me habéis dado».

Vuelvo a los informes y me entra un mensaje suyo. «Disculpas aceptadas, un placer tener a alguien tan capacitada trabajando para mí».

Con una sonrisa de oreja a oreja me concentro en mi trabajo y comienzo a rendir.

La mañana pasa tan rápido que cuando me quiero dar cuenta se ha hecho la hora de comer. Robert no ha vuelto a dirigirme la palabra, pero cada vez que me giro le sorprendo mirándome, me muero de ganas de abalanzarme sobre él, pero me contengo. Estoy trabajando y si algo soy es profesional.

Le veo salir del despacho, se apoya en mi mesa y, con esa sonrisa que mataría por ver toda mi vida, me dice:

—¿Qué tal va tu primer día con nosotros?

—Genial... En un rato tienes toda la documentación clasificada.

—Me alegro —dice inclinando su cuerpo hacia delante—. Tengo una comida de negocios, volveré en un par de horas.

Vete a comer y nos vemos luego.

Se ha inclinado hasta quedar a unos centímetros de mí, aspiro su aroma, es el mejor del mundo, huele a perfume caro y a Robert, ese olor de su cuerpo que tan bien conozco ya.

Ya de nuevo en la cafetería me vuelve a atender Johnny, el menú está muy bien y, por ser empleada de la empresa, sale a solo ocho dólares. Pido una ensalada y un bistec a la plancha y me siento en una mesa a comer.

Estoy terminando la carne cuando un par de chicas que estaban comiendo en la mesa del lado me preguntan si pueden sentarse conmigo. Les digo que por supuesto y, cogiendo sus bandejas, se sientan enfrente de mí:

—Hola, estábamos comentando que no nos sueñas... ¿Eres nueva?

Por segunda vez en esa misma cafetería les explico todo con detenimiento.

—¿Eres la asistente de Robert Morgan? —me preguntan con curiosidad.

—En efecto —contesto.

—Lo que daría por serlo yo —dice la pelirroja de largas piernas llamada Karen.

—Y yo... y todas —Ahora es Brenda la que habla. Una chica no muy alta y de oscuro pelo corto—. Nos tiene a todas las empleadas locas.

Yo sonrío con timidez... Si ellas supieran...

—Es una pena que ya esté cogido —dice suspirando Karen.

¿Está cogido? Todos mis sentidos se ponen en alerta.

—¿Tiene novia? —pregunto intentando parecer indiferente, no creo que lo consiga por como me miran.

—No lo sabemos con certeza, pero es algo que se lleva rumoreando desde hace algún tiempo —contesta Brenda mientras remueve su café—. Se le relaciona con Amanda Parker, una vieja conocida de su familia y tan rica y guapa como él.

Respiro con dificultad, tiene novia y hace apenas unos días lo tenía metido en mi entrepierna. No sé que decir, pero unos incontrolables celos se instalan en mi estómago y necesito salir de aquí. ¡Seré imbécil! No sé como he podido pensar que semejante hombre estaba libre. Me despido de ellas que me miran extrañadas por la forma tan rápida en la que me marchó poniendo un improvisada excusa y salgo de la cafetería como alma que lleva el diablo.

Llego a mi mesa y comienzo a trabajar de forma mecánica, mi mente vuela sin querer a ese maravilloso viernes de hace ocho días.

A las cuatro y veinte regresa Robert al despacho:

—Buenas tardes, Sara —me dice con su sexy voz.

Y yo, que estoy furiosa, no más que eso, estoy colérica, exasperada. No levanto la vista de mi ordenador:

—Buenas tardes, señor Morgan.

—¿Ocurre algo? —me pregunta.

—Dímelo tú —contesto con mi máscara de indiferencia puesta—¿Todo bien con Amanda?

Abre mucho los ojos y parece sorprendido. De repente se empieza a reír a carcajada limpia.

—¿Ya te han ido con el chisme?

—Sí, mis nuevas compañeras han sido muy amables al explicar tu vida amorosa.

—¿Mi vida amorosa? —pregunta divertido—. Nadie tiene ni idea de mi vida amorosa.

—Debe de ser porqué es muy intensa —sigo sin mirarle y hago como que estoy muy concentrada en mi ordenador.

No me contesta nada, solo me mira y me mira y, mi nuevo y sexy jefe, sabe como mirar a una mujer, sus ojos recorren mi rostro y mi cuerpo. Al hacerlo sus ojos brillan con alguna especie de emoción oculta e indescifrable.

—Luego lo hablamos —me susurra al oído—. Necesito los informes... ya.

—Enseguida, señor Morgan.

—Perfecto, señorita Navarro —contesta sonriendo y veo que lo que para mí es un drama a él le parece divertido.

Se mete en su despacho y vuelve a dejar la puerta abierta para poder verme bien. Yo estoy que muerdo, pero cumplo con mi deber y le entrego los informes a la perfección. Los estudia atentamente y parece satisfecho.

—Buen trabajo, Sara.



—Gracias, señor.

Me mira y niega divertido con la cabeza.

—¿Señor? —me pregunta—. Ya te he dicho que no hagas caso de los chismes.

—En mi país hay un dicho que dice que cuando el río suena, agua lleva.

Me mira confundido, vale que al decirlo en inglés pierde un poco, pero yo lo entiendo igual de bien.

—En el mío hay otro que dice no hagas caso a los cotillas.

—Eso no es un dicho —replico.

Vuelve a mirarme fijamente y parece un poco molesto ya con el temita.

—Tengo mucho trabajo, Sara. Luego lo hablamos.

Salgo de su despacho cerrando la puerta tras de mí, no quiero sentir su mirada el resto de la tarde. Me siento y vuelvo al trabajo, pero no me puedo concentrar y no doy pie con bola.

Robert no sale en ningún momento y yo estoy deseando que se hagan las seis para irme a mi casa y meditar bien todo lo que me ha pasado.

A las seis en punto apago mi ordenador y recojo mis cosas. Llamo a la puerta y, tras asomar la cabeza, le pregunto si necesita algo más de mí. Robert se encuentra al teléfono y parece una conversación muy importante dado lo concentrado que está.

Niega con la cabeza y me indica que con la mano que me

vaya mientras empieza una especie de discusión con la persona con la cual está hablando.

Cierro la puerta aliviada de no tener que volver a hablar con él y, cogiendo mis cosas, me dirijo a paso rápido al ascensor.

El corazón me late muy deprisa tras un día marcado por tanta sorpresa. Llego a la planta del sótano para coger mi coche y me derrumbo apenas me siento en el cómodo asiento de cuero de mi flamante y caro Audi, cortesía de Robert Morgan, y ahora ya sé el porque de tanta atención hacía mi persona. No era un simple traslado. Cierro los ojos y respiro hondo, intentando recuperar la calma que esta mañana me abandono por completo.

Salgo del parking dejando atrás el imponente edificio. Su mirada viene a mi mente y se me escapa un suspiro. Un escalofrío me recorre la espina dorsal Estoy loca por mi jefe, mi guapo y enormemente rico jefe, y no sé cómo manejar la situación. Me ha dicho que puedo volver a España, a mi antiguo puesto... ¿Es eso lo que quiero? Rotundamente no, quiero estar aquí, junto a él. Olvidalo, Sara, me regaño a mi misma. Él tiene novia, o eso parece. ¿Entonces por qué tanto interés en que viniera yo? No entiendo nada y está claro que debemos aclarar nuestra situación. Quiero pensar que voy a poder ser profesional y no mezclar mi vida personal. Sí, eso haré.

Cuando llego a mi nuevo hogar ya he tomado una

decisión. No volver a ver fuera del ámbito profesional a Robert Morgan.

## CAPÍTULO 4

Me lleno la bañera deseando arrancar estas emociones que me acompañan todo el día. Me meto y dejo que el agua caliente me serene y relaje. Cierro los ojos y cientos de imágenes vienen a mi mente cuando oigo a lo lejos el timbre de la puerta. No espero a nadie, así que no hago caso y me vuelvo a relajar, el timbre vuelve a sonar con insistencia. ¿Quién será? Me pongo mi suave albornoz blanco y salgo por el pasillo a abrir. Miro por la mirilla y a punto estoy de sufrir un infarto. Es Robert, no sé que hacer cuando le oigo decir:

—Te he oído y sé que estás detrás de la puerta... Abre.

Parpadeo nerviosa. Estoy horrible con un albornoz que me está enorme, una coleta mal hecha y a medio desmaquillar.

Abro la puerta y aparece EL HOMBRE, así, en mayúsculas. Está soberbio con el traje gris, pero ya sin corbata.

—Buenas noches, Sara —me dice en tono frío y expresión cauta.

—Buenas noches —susurro.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—Claro, adelante.

Mira a su alrededor y dice que es una bonita casa.

—Cortesía de mi empresa —bromeo.

—Una empleada magnífica es lo que merece.

Le invito a sentarse en el sofá y le pregunto si quiere beber algo. Niega con la cabeza y, sonriendo, me dice que tenemos que hablar.

De nuevo se me acelera el corazón, como siempre que lo tengo cerca. Siento la tensión. Está sentado muy cerca de mí, con sus preciosos ojos azules mirándome, los codos en las rodillas y las piernas separadas. Me mira nervioso, cauteloso:

—¿Qué quieres saber? —me pregunta.

—¿Quién es Amanda? —pregunto.

—Una amiga de la familia.

—¿Y por qué se piensa la gente que es tu novia?

—Porque vamos juntos a muchos actos y compromisos sociales.

—¿Por qué? —vuelvo a preguntar en un susurro.

—Porque es mi amiga, nuestros padres también lo son y no hacemos nada malo... ¿Algo más? —pregunta y parece que se le está agotando la paciencia.

—No, nada más.

Sus labios se arquean dibujando una gran sonrisa.

—¿Todo claro? —me pregunta.

—Sí, todo claro.

—Me alegro porque no sabes las ganas que tengo de besarte. —Dirijo la mirada a su boca. Tiene los labios entreabiertos. Está esperando, alerta para atacar. El deseo

me nubla la mente y me lanzo sobre él, le beso con desesperación y él responde de la misma manera. Me mete la lengua en mi boca reclamándome, poseyéndome.

Me coge en brazos y me lleva a mi dormitorio, sin yo decirle donde es, eso me hace ver que él ya ha estado aquí, que se ha interesado en saber cómo y dónde iba a vivir. Mi orgullo se pone en un nivel máximo y lo devoro con pasión.

Me tumba en la cama mientras me desnuda con sus expertos dedos y luego se desnuda él. Ese cuerpo debería estar prohibido. Se tumba sobre mí y desliza sus dedos hacia mi sexo. Jadeo y mi cuerpo da sacudidas bajo sus tentadores dedos. Sin duda sabe cómo hacer gozar a una mujer.

Se inclina y me besa sin dejar de mover los dedos rítmicamente dentro y fuera de mi cuerpo. Me tenso y noto que estoy a punto. Lo quiero dentro de mí.

—Fóllame —jadeo.

—¿Quieres que te folle?—me pregunta.

—Sí, por favor.

—¿Cómo quieres que te folle, Sara?

—Cómo quieras, pero hazlo... ya.

La tensión sexual está a punto de hacerme estallar. Me mira un momento, evaluando mi deseo, y de pronto me agarra y me da la vuelta. Me empuja las rodillas para alzarme el culo y noto cómo me da un leve mordisco. Antes de poder reaccionar me penetra, una y otra vez, empujando fuerte, embistiéndome. No me puedo aguantar más y me

corro gritando su nombre, inmediatamente después se corre en silencio. Cae encima de mí jadeando.

—¿Siempre será igual contigo? —me pregunta sonriendo.

—No lo sé, esto no me había pasado en la vida —contesto tímidamente.

—¿De verdad? —me pregunta en tono amable.

—De verdad... Me asusta lo que siento —susurro.

Esta tumbado a mi lado y me mira con dulzura.

—No tengas miedo, yo apuesto por ti, por nosotros.

Sus palabras me llenan de gozo. ¿Podemos intentarlo?

Permanecemos ahí tumbados, me acaricia el pelo, mientras yo permanezco tendida sobre su pecho. Me da un beso en la cabeza y se remueve para levantarse.

Lo observo mientras lo veo como comienza a vestirse.

—¿Te vas?

—Mañana a primera hora tengo una reunión en el hotel Hilton, debo irme para cambiarme de traje.

Frunzo los labios. Esperaba que se quedará a pasar la noche conmigo.

—Vale, yo estoy cansada —le digo de mal humor.

Me levanto y lo miro con mala cara mientras me pongo un pantalón de pijama y una camiseta. Me mira e intenta ocultar una sonrisa, pero no lo consigue.

Salgo de la habitación y Robert me sigue, alcanzo la entrada y abro la puerta. Lo miro y le invito con la mirada a salir. Me siento un juguete entre sus manos. Hace de mí lo

que quiere y, en cuanto me busca me abro de piernas a su antojo, y yo no soy así. ¿Me estará utilizando? Robert se detiene en el umbral, me agarra la barbilla y me obliga a mirarlo. Arruga la frente a ver cómo aparto la mirada.

—¿Estás bien? —me pregunta con voz dulce.

—Sí —le contesto, aunque la verdad es que no estoy muy segura.

—Nos vemos mañana en la oficina —me dice.

Asiento con la cabeza y él se inclina y me besa con ternura. Pero mientras me besa, algo cambia. Sus labios me presionan imperiosamente, con la mano libre me sujeta por la cintura y me atrae hacia él.

—Hasta mañana —susurra.

—Hasta mañana.

Respira hondo y lo veo dirigirse al ascensor. Yo espero en la puerta, mirándolo petrificada. Llama al ascensor y cuando las compuertas se abren se mete y me lanza una sonrisa arrebatadora. Totalmente deslumbrada por él se la devuelvo. Cierro la puerta y me dejo caer en el sofá. Me entran unas terribles ganas de llorar, algo me dice que lo voy a pasar muy mal, mucho peor que con mi ex, empiezo a ser consciente de que mis sentimientos por Robert son mucho más profundos de lo que me he reconocido a mí misma. ¿Hasta dónde puedo llegar sin sufrir más?

A las siete de la mañana suena el despertador. Me levanto y me meto en la ducha. Estoy agotada. No he podido dormir



pensando en Robert. Cuando regreso a la habitación para vestirme fijo la mirada en la cama en dónde hace unas horas estaba entre sus brazos. Finalmente me levanto. No quiero llegar tarde a trabajar. Me visto y cojo mi coche.

Llego al parking del trabajo y coincido aparcando con Alison. Ambas nos saludamos con una amplia sonrisa y subimos juntas en el ascensor. Cada vez me transmite mejores vibraciones, es una gran mujer, muy culta y preparada sin resultar pedante. Sí, me gusta.

Ya sentada en mi mesa enciendo el ordenador y leo los correos dirigidos a Robert, clasificándolos en urgentes, sin importancia y los que no debo ni pasarle.

Las horas pasan y Robert todavía no ha hecho acto de presencia, debe seguir en el Hilton. Miro el reloj y veo que son las diez y media, así que decido bajar a tomar un café.

Llego a la cafetería y hoy no es Johnny quien me atiende, sino una simpática y entrada en años camarera llamada Benny. Y, para variar, debo contarle todo lo de mi traslado también.

A las once menos diez estoy de vuelta y veo que el despacho de Robert está abierto. ¡Ha llegado! El corazón se me acelera mientras me acerco a la puerta. Robert está hablando por teléfono, cuando me ve entrar se despide de su interlocutor rápidamente.

En cuanto cuelga, me mira.

—Buenos días, Sara... ¿O debo llamarla señorita

Navarro?

—Buenos días, Robert —le sonrío—. ¿Todo bien con la reunión?

—Perfectamente.

Lo veo levantarse y dirigirse a la puerta, cerrándola. Se acerca y vuelvo a sentir su perfume, como un olor puede alterarme tanto. Y ese traje azul marino ¿Cómo puede quedarle tan sumamente bien?

—Dame un beso —me pide.

Sin perder un segundo me abalanzo y lo beso con desesperación.

Se aparta despacio y sonrío.

—Vaya, que buen recibimiento —bromea—. Ahora tengo mucho trabajo y no puedo entretenerme, a la tarde hablamos, o lo que te apetezca.

Al decirlo me guiña un ojo y sé muy bien lo que ha querido decir, ¡sexo!

Asiento, me da un rápido beso y vuelve a sentarse en su trono de presidente todopoderoso.

Abro con cuidado la puerta y salgo dejándola abierta, quiero que me vea y yo verlo a él.

Tras la hora de la comer, regreso a mi puesto de trabajo y en el pasillo me cruzo con Robert. Va hablando con Steve Lewis, jefe de administración y al verme ambos me saludan con cordialidad. Sonrío acalorada cuando me cruzo con él y me dirijo a mi mesa. Cuando me siento cojo unos

expedientes y me pongo a revisarlos.

Al cabo de un rato ambos vuelven para meterse en el despacho. Robert abre la puerta y le dice que le espere dentro. Veo al señor Lewis entrar y desaparecer de mi vista. Vuelvo a mirar a Robert que me mira sonriendo.

—¿Tenemos una cita? —me susurra en voz baja.

—Puede...

Me mira divertido y yo, subo las manos a mi blusa y desabrocho varios botones dejando mi sujetador de encaje negro a la vista. Sonríó al verlo ponerse tan nervioso.

Niega divertido con la cabeza y, tras mirar a ambos lados del pasillo para comprobar que nadie nos ve, me besa con suavidad.

—Luego te veo, preciosa.

Asiento y me vuelvo a abrochar la blusa, viendo como Robert se mete en su despacho cerrando la puerta.

Vuelvo mi vista al ordenador y, con una risita tonta en los labios, sigo trabajando.

A los diez minutos mi móvil pita. Un mensaje de Robert: «Te haré pagar muy caro lo que acabas de hacer, me has dejado caliente perdido para el resto de la tarde».

¡Yo sí que estoy caliente perdida! Tecleo deprisa mi contestación. «Espero ansiosa mi castigo».

Cuando salgo de la oficina a las seis de la tarde, cojo mi coche y me encamino a casa. Nada más llegar dejo el bolso sobre el sillón, me quito la chaqueta del traje e

inmediatamente después suena el timbre. Abro y Robert se lanza sobre mí saqueando mi boca. Me besa con deleite, me coge entre sus brazos y murmura tras darme un suave azote en el culo:

—¿Qué es eso de calentarme en la oficina?

Río divertida mientras él mordisquea mi cuello.

—Te voy a hacer pagar el calentón que llevo toda la tarde.

Me sigo riendo mientras él me desabrocha la falda y ésta cae al suelo. Salgo de ella dando un saltito y me empiezo a desabrochar la blusa. Lo veo desnudarse y mirarme con la mirada encendida. Mientras yo me pavoneo delante de él.

—Te vas a enterar —gruñe.

Me sujeta por la cintura y me pone contra la pared. Su boca vuelve a estar sobre la mía y su lengua saquea mi boca con avidez.

—Dios... —gime—. Llevaba toda la tarde deseando hacer esto.

—Y yo... —logro decir—. te deseo tanto.

Al ver mi respuesta, deja escapar un gruñido de satisfacción, me alza entre sus brazos y se sumerge lentamente en mí. Cierro los ojos gimo y me arqueo queriendo sentirlo en lo más hondo de mí.

—¿Quieres más? —jadea.

—Sí, lo quiero todo.

—¿Todo el qué?

—A ti, entero.

Él se ríe e incrementa el ritmo dándome lo que le pido. Sus embestidas cada vez son más profundas y, cuando me llega el orgasmo y chillo, él hace lo mismo y me aprieta contra él.

—Me encantas —me dice al oído.

Agotados, nos quedamos apoyados en la pared del pasillo, mientras yo le beso el hombro y él respira en mi cuello.

Me deja en el suelo y caminamos desnudos hacia la cocina.

—¿Tienes sed? —le pregunto.

—Y hambre también —me contesta.

—¿Quieres cenar conmigo? —le pregunto sin poder ocultar la emoción que me produce.

—Sí, y dormir contigo...

Me decido por una tortilla de patatas y unos filetes a la plancha.

—¿Has probado la auténtica tortilla española? —le pregunto mientras bato los huevos.

—Sí, ya te dije que había estado en España por trabajo —contesta—. Pero estoy convencido de que la tuya las superará.

—No cuentes con ello... Soy normalita en la cocina.

—Pues será en el único sitio que lo eres... en lo demás te sales.

Su respuesta e ingenio me hace reír, me siento tan bien junto a él. Sigo batiendo con fuerza y echo los huevos en la sartén mientras le explico dónde están las cosas para que

prepare la mesa.

—Esto está buenísimo —me dice sonriendo.

Pincho un trozo de tortilla y me lo meto en la boca. No puedo creer que este dios griego esté cenando en mi casa.

—¿Quieres algo de postre? —le pregunto.

—Por supuesto —dice con una sonrisa lasciva—. A ti.

Me coge por la barbilla y me besa con fuerza.

—No te haces una idea de las ganas que tenía de tenerte aquí, conmigo.

—Yo pensaba que ya no iba a verte más, me moría por dentro —murmuro.

Me responde con una sonrisa deslumbrante mientras me vuelve a besar.

—Y ahora quiero mi postre —dice cogiéndome en brazos para llevarme al dormitorio.

Me despierto y oigo la ducha del baño. Robert se está duchando. Lo veo salir del baño a medio vestir. Contemplo ávidamente su cuerpo. Es realmente tentador.

—No quería despertarte, es muy temprano —me dice.

—No importa, la vista ha valido la pena.

Suelta una carcajada mientras se inclina en la cama para darme un beso.

—Me voy a casa, he de cambiarme de ropa. Nos vemos en la oficina.

—De acuerdo —le digo sonriendo.

—Gracias por esta noche. Hacia tiempo que no dormía

tan bien.

Lo miro y me ruborizo al ver cómo me mira. Veo anhelo en sus ojos, es lo mismo que siento yo.

Antes de las ocho de la mañana llego a la oficina. En el ascensor coincido con Robert y pienso que no voy a poder cerrar más la boca en cuanto lo veo. Está impresionante con un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata negra. Subimos en el ascensor con más personas, pero él se las ingenia para situarse detrás de mí, La gente habla entre sí sin prestar atención. De repente posa su mano en mi culo haciendo que me sobresalte y tenga que reprimir un grito. Acaricia mi trasero mientras con la mano libre me rodea la cintura. El ascensor sube con suavidad parando en varias plantas y yo, yo me voy poniendo cardiaca por momentos.

Finalmente el ascensor llega a nuestra planta. Robert aparta sus manos y yo me giro para mirarle. Me sonrío con picardía.

Cuando salimos del ascensor yo ya estoy acalorada y ardiente mientras nos encaminamos juntos hacia su despacho y me susurra al oído:

—Yo también sé cómo calentarte.

—Te odio —le digo haciendo un mohín.

Él abre la boca y se echa a reír.

—Házmelo pagar luego, ahora a trabajar señorita Navarro.

## CAPÍTULO 5

La semana pasa volando y yo vivo en una nube de felicidad. Ya es viernes por la tarde y voy a poder hablar con mis padres y mi hermana por skype. Estos días nos hemos comunicado por mensajes y me muero de ganas de verlos. Este fin de semana no voy a ver a Robert, debe ir a Los Ángeles para unas reuniones ya que el lunes salimos de viaje hacia Chile, han abierto una delegación en Santiago de Chile y debo ir yo también, se supone que hablan inglés, pero siempre es necesario alguien que domine el español.

No puedo esperar a que llegue el lunes, partiremos en el jet privado de la empresa y estaremos tres días juntos. Sin embargo pensar que estos dos días no lo voy a ver me pone de mal humor. Tengo la sensación de que me estoy obsesionando... no, me estoy enamorando y tengo auténtico pavor.

No puedo evitar que mi estado de ánimo sea un poco tristón a pesar de la alegría que me ha dado ver en la pantalla del ordenador a mi familia. Echo mucho de menos a Robert, ya me he acostumbrado a verlo a cada momento.

Es sábado por la tarde y estoy tumbada en el sofá leyendo un interesante libro de secuestros cuando me entra un correo en el ordenador. Es de Robert. Mi ánimo mejora inmediatamente.

De: Robert Morgan



Fecha:13 de Mayo de 2016 14:42

Para: Sara Navarro

Asunto: Te echo de menos

Apreciada señorita Navarro, estoy deseando que llegue el lunes y eso es una novedad para mí, ya que los suelo odiar.

Pórtate bien mientras estoy fuera.

Piensa en mí

Robert Morgan

Vicepresidente y Director General de Morgan Comunicacions

Su mensaje me hace sonreír como una idiota. Rápidamente le contesto el correo.

De: Sara Navarro

Fecha: 13 de Mayo de 2016 17:44

Para: Robert Morgan

Asunto. YO SÍ QUE TE ECHO DE MENOS

Apreciado señor Morgan, créame cuando le digo que yo estoy deseando que pase el fin de semana, mi cama es muy grande sin usted y echo de menos su voz, su olor, su cuerpo...

Estoy en casa aburrída leyendo y contando las horas. Prometo ser buena y pensar en usted despierta y dormida.

Suya.

Sara Navarro asistente personal de Robert Morgan

Pulso a enviar y miro la pantalla para esperar su contestación.

De: Robert Morgan

Fecha: 13 de Mayo de 2016 14:50

Para: Sara Navarro

Asunto: Mía

Me encanta cómo suena. Hablamos mañana, preciosa.

Tengo una reunión con unos inversores.

Robert Morgan Vicepresidente y Director General de Morgan Comunicacions

Mi gozo está en nivel máximo, le encanta que sea suya. Creo que me va a estallar el corazón de la emoción.

De: Sara Navarro

Fecha: 13 de Mayo de 2016 17: 53

Para: Robert Morgan

Asunto: Me encantas

A mí me encantas todo tú. Que pases una buena tarde.

Besos.

Sara Navarro asistente personal de Robert Morgan

Por fin llega el lunes, este ha sido el fin de semana más largo de mi vida, mi mente me cuestiona que eche tanto de menos a Robert, al fin y al cabo... ¿Qué somos?

Robert pasa a recogerme con su chófer a las seis de la mañana. Y yo, con los nervios llevo preparada desde las cinco. Viajamos en el jet privado de la empresa y tanto lujo me escandaliza.

Una alta y maravillosa azafata que parece sacada de una revista de modelos nos ofrece zumos y café. Acepto y tomo

un vaso de cada uno mientras Robert se encuentra absorto en su ordenador.

El vuelo es muy largo y yo apenas he descansado por los nervios así que, sin darme cuenta, me quedo dormida hecha un ovillo a su lado.

Me sobresalto. ¿Dónde estoy? Ahhh sí, de camino a Chile, giro la vista y veo a Robert mirándome con una sonrisa en los labios.

—Se te veía muy relajada y no quería despertarte.

Le sonrío avergonzada, vaya oso dormilón soy.

—¿Cuánto falta? —le pregunto.

—Un par de horas —contesta mirando su reloj.

Una vez hemos aterrizado salimos y un chófer nos está esperando junto a una mujer, atractiva, muy atractiva. Cuando Robert la ve, le sonrío y me dice que me tiene que presentar a alguien.

—Estrella, siempre es un placer verte —la saluda dándole un par de besos en las mejillas.

La tal Estrella le devuelve los besos con demasiado entusiasmo para mi gusto... Uffff me estoy mosqueando y no sé muy bien por qué, pero esa mujer no me gusta un pelo.

—Estrella, ella es mi asistente personal, Sara Navarro.

La morena de increíbles curvas me hace un escaneo en profundidad., pero me sonrío con falsedad, ambas lo hacemos, nos damos la mano y añado en español:

—Es un placer conocerla.

—Lo mismo digo.

Al decirlo percibo algo en su mirada, no sé lo que es, pero no me gusta nada.

—Os agradecería que hablarais en inglés, por enterarme digo —bromea Robert.

La morenaza se empieza a reír como si fuera el chiste del año mientras le toca el brazo con sutileza. Entonces lo veo, ella no me gusta porque entre ellos ha habido algo. Me lo dice su mirada, pero como yo soy ante todo una profesional, mantengo la compostura mientras nos dirigimos al coche y ellos no dejan de hablar entre sí sin prestarme atención.

Respiro con dificultad. ¿Va a ignorarme todo el viaje? Unos incontrolables celos se apoderan de mí. Aquello me fastidia, me duele y él ni se inmuta. Está bien, seré solo su asistente personal.

Cuando llegamos al enorme y lujoso Mercedes el chófer abre la puerta de los asientos de atrás. Entra Estrella, entra Robert y, cuando esperan que entre yo, cierro la puerta y le digo al chófer que iré en el asiento del copiloto.

Robert frunce el ceño y me mira extrañado:

—Cabemos los tres perfectamente —me dice en tono suave.

—Iremos más cómodos así, señor —le digo arrastrando la s con ironía.

No dice nada más, pero noto que no me quita ojo desde el

asiento de atrás. Los oigo como empiezan a hablar, a reír detrás de mí mientras yo continuo mirando la carretera. Me pongo las gafas de sol y escondo la mirada. De repente me siento una tonta a punto de llorar y no me da la gana. Bastante he llorado ya por un hombre.

Durante los cincuenta minutos que dura el viaje mi mente trabaja a toda velocidad ¿Qué soy para Robert? ¿Hasta dónde puede llegar nuestra relación?

Cuando el coche se detiene, me bajo sin necesidad de que el chófer me abra la puerta. Eso que se lo haga a ellos. A mi ese rollo de los status altos no me va.

Al bajarme veo el hotel en el que nos vamos a instalar: El Ritz, nada menos. El chófer abre la puerta a los señores “marqueses” y Robert y Estrella salen. No los miro. Sólo miro al frente con mis gafas de sol puestas.

Para mi sorpresa veo como Robert y Estrella se despiden y quedan en vernos en un par de horas en las oficinas de la delegación. Me dedica una última mirada y se monta en el coche. Vaya... se va. El alivio que siento es enorme.

Entramos en el enorme y lujoso hall y Robert me intenta coger por la cintura. Yo le aparto la mano, lo que hace que me mire enfadado y no se pueda aguantar más a preguntarme:

—¿Se puede saber que diablos te pasa?

—Ahhh... Pero ¿Te has dado cuenta de que estoy aquí? —  
le contesto con sarcasmo.

—¿Qué gilipollecas estás diciendo? —gruñe bajito para no levantar la voz—. Vamos a nuestras habitaciones y luego lo hablamos.

Me sorprende ver que tenemos dos suites. Pensaba que íbamos a compartir habitación. Subimos acompañados por el botones y ambos lo hacemos en silencio, enfadados. Las habitaciones están juntas, mi vena romántica se dispara. Cuando el botones cierra la puerta dejándome sola en medio de la enorme habitación, miro a mi alrededor. Todo es escandalosamente lujoso, demasiado para mi gusto.

Entro al baño y más lujo y dorado por todas partes. Dejo la bolsa de aseo y hago pis, me meaba viva ya.

En eso suena el teléfono de la suite. Es Robert.

—En cinco minutos te quiero en mi habitación —dice enfadado.

—De acuerdo —contesto y sé que vamos a tener una discusión, y fuerte.

Respiro hondo, me arreglo la ropa y salgo rumbo a la batalla. Si él está molesto, no te cuento yo...

Llamo a la puerta y a los dos segundos abre. Ante mí aparece Robert, descamisado y con cara de mala leche. Tira de mi brazo y cierra de un portazo la puerta. Me besa, me besa con tanta profundidad que siento su lengua por toda mi boca. Intento no responderle, no besarle, pero mi cuerpo traicionero no me hace caso. Lo desea. E instantes después soy yo la que devora su boca pidiendo más y más.

Me quita la falda con rabia, con su pierna separa las mías. Yo cierro los ojos y me dejo llevar. Su mano se desliza por mi vientre hasta llegar a mis bragas, mete la mano y me toca, me estimula. Me excita y ya no quiero parar. Gimo y jadeo en sus brazos, instantes después se desabrocha el pantalón, saca su mano de mi sexo y con un ágil movimiento me da la vuelta, dejándome cara a la pared. Me quita las bragas mientras mi trasero queda expuesto ante él. Me abre las piernas, mientras con una de sus manos me sujeta por la cintura. De repente lo siento dentro de mí fuerte, duro. Arqueo mi trasero en su busca. Ya estoy perdida, de nuevo he sucumbido ante él.

Estamos vistiéndonos y el mal humor ha vuelto a mí:

—¿Me vas a decir qué te pasa? —me pregunta.

Lo miro y respiro hondo... Allá voy.

—¿Qué hay entre la chilena y tú?

Me mira asombrado y tiene la poca vergüenza de parecer ofendido.

—¿Con Estrella? —pregunta—. No hay absolutamente nada.

—Seguro que no... —añado con sarcasmo.

—Puedes creer lo que te dé la gana —se empieza a enfadar—. Es una empleada muy valiosa y preparada, nada más.

—Pues ella te mira como si te fuera a comer.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —pregunta y se pasa la

mano por el pelo, mala señal—. Mira, Sara, hemos venido a trabajar. Así que déjate de peleas de enamorados y ponte las pilas.

Ese comentario me enfurece. ¿Que me ponga las pilas? Mis pilas para el trabajo siempre están puestas y cargadas.

—Así lo haré —respondo—. ¿A que hora le espero en recepción, señor?

Me mira, me mira y entorna la mirada. Se está enfadando. Pero a mí me da igual.

—En media hora te quiero en el hall —dice y se mete en el baño cerrando la puerta de un portazo.

Acabamos de llegar a Chile y ya me siento cansada física y mentalmente. Llego a mi habitación y decido cambiarme de ropa. Llevaba ropa cómoda para el viaje y me quiero arreglar más para ir a las reuniones. Aunque en el fondo soy consciente de que me quiero arreglar para Robert.

Al llegar a recepción veo a Robert apoyado en una mesa. Él también se ha cambiado de traje y esta impresionante con su traje gris claro y su camisa blanca. Veo que aún tiene el pelo mojado por la ducha y me estremezco. Lo que daría por haberme duchado con él.

Con paso firme me dirijo hacia él, procurando no torcerme un tobillo subida en unos altos tacones. Sí, ya sé cómo le gustan los zapatos de tacón...

Cuando llego a su altura, ya no hay ni rastro de mi enfado y lo saludo con voz melosa:



—Hola, ya estoy aquí.

Robert no me mira.

—Hola, señorita Navarro —dice y veo que él sí que sigue enfadado—. Vamos, el coche nos espera.

Nos dirigimos al coche y no me dirige la palabra. Pues muy bien...

Llegamos a las oficinas y en la puerta vuelvo a ver a esa mujer... No entiendo mis celos irracionales hacia ella. Pero no puedo evitarlos, es más, se incrementan cuando al bajar del coche se centra en Robert ignorándome por completo. Encima de fresca, maleducada.

## CAPÍTULO 6

Robert la saluda y, para ser sincera se muestra más frío con ella, mi ego sube varios peldaños.

Entramos en las oficinas y todos los empleados cuchichean a nuestro paso. Nos dirigimos a una sala de reuniones donde nos espera toda la junta directiva. Estrella nos presenta uno a uno y me hace gracia ver a tanto trajeado haciéndole la pelota. Pongo los ojos en blanco, por Dios... Así se lo tiene de creído mi escandalosamente guapo y rico norteamericano.

Una vez sentados una señorita nos ofrece café. Al llegar a Robert le tiembla hasta la mano... Madre mía como les impone.

Cojo mi portátil como la buena secretaria que soy y lo enciendo dispuesta a tomar cualquier anotación. Estoy atenta a todo lo que hablan, sin embargo no puedo evitar mirarlo a cada momento. Él sigue sin mirarme ni nombrarme. Me siento fatal... Me ha demostrado que él no es el que busca a Estrella..., sino al contrario.

Una hora y media después dan por concluida la reunión. Estoy deseando de irnos juntos al hotel y allí hacer las paces de la mejor manera que sabemos: con sexo.

Salimos los tres y yo ya estoy deseando despedirme de Miss Chile cuando le oigo decir:

—Señorita, Navarro, ¿le apetece cenar con Estrella y

conmigo?

Eso me paraliza. ¿Cenar? No son ni las siete de la tarde. No quiero cenar... Lo que quiero es ir al hotel a follar.

Siento que la furia se concentra mi estómago. La mirada de esa mujer sobre mí. Está deseando que diga que no:

—Muchas gracias por la invitación, señor Morgan — respondo, dispuesta a darle plantón en toda la cara—. Tengo un amigo viviendo aquí y voy a quedar con él.

Robert pone cara de sorpresa. Por su mirada, sé que no esperaba esa contestación.

—Me gustaría que el chófer me llevará al hotel ya que mi amigo va a venir allí a buscarme —continuo con mi farsa.

Robert parece a punto de no poder guardar más la compostura. Pero respira hondo:

—De acuerdo, te dejaremos en el hotel y luego nos iremos nosotros con el coche.

De camino al hotel solo es el loro chileno quien habla, yo estoy enfadada hasta con el aire que respiro, y Robert está pensativo, muy pensativo.

Me bajo del coche deseándoles una agradable velada y me encamino al hotel. No sé dónde voy a ir, pero no voy a darle el gusto de que, al volver de su cena, me encuentre esperándole. No existe ningún amigo, pero ni falta que me hace. Me iré de turismo y cenaré muy a gusto yo sola. Y a hora española, no a la hora que cenan las gallinas.

Sé que él cenará y volverá para verme y hablar, así que me

lo tomo con calma, me maquillo de fiesta y me planto un vestidazo con un escote de vértigo. Solo con el rato que he tardado en arreglarme ya se ha hecho bastante tarde. Cojo un taxi y le pido que me lleve al centro de la ciudad.

Me siento en una preciosa cafetería y me pido un vino, y otro...

Ya medio achispada decido ir a cenar, a esa hora ya tengo tres mensajes y cuatro llamadas perdidas de Robert. No lo cojo ni abro los mensajes... Que sufra.

Ceno con toda la parsimonia del mundo y al terminar de cenar me pido un gintónic... Así alargo la velada y con ello los nervios de Robert. Decido apagar el teléfono ya que no para de sonar. Venga, voy a enfadarlo un poco más. Cuando termino mi delicioso y digestivo gintónic ya es más de media noche. Vuelvo a coger un taxi y, con una considerable tasa de alcohol en sangre, decido regresar al hotel.

Cuando entro en el hall del Ritz reina el silencio, se ha hecho muy tarde y no hay nadie. Tan solo está el amable recepcionista que me desea buenas noches con una amplia sonrisa. Me encamino al ascensor que me lleva rápidamente a la última planta, dónde se encuentran nuestras suites. Al abrirse las puertas del ascensor el corazón se me para. Sentado en el suelo, justo delante de mi puerta está Robert. Nuestras miradas se encuentran y veo el enfado en sus ojos. Se levanta y espera que llegue a él, mirándome con una rabia que nunca había visto en él. Noto que sus ojos me recorren

entera, pero no se mueve.

—¿Dónde estabas? —gruñe.

—Divirtiéndome.

—¿Con quien? —insiste.

—Con un amigo... y ahora si me disculpas —le insto a que se aparte de la puerta para poder abrirla.

Entro y cuando voy a cerrar él me sigue y entra conmigo.

—¿Qué tal tu cena con Estrella?

Robert resopla. Sus ojos me fulminan, pero yo aguanto la presión y le devuelvo la mirada desafiante.

No contesta y continua con su interrogatorio.

—¿Qué amigo tuyo vive en Chile? —dice acercándose a mí—. ¿Has bebido?

—Pues sí, he bebido y, para tu información, me he divertido tanto o más que tú.

Eso lo enfurece.

—No lo dudo, la cena con la señorita Estrella ha sido una cena de negocios. Para tu información no me he divertido en absoluto.

La arpía que llevo dentro continua haciendo de las suyas.

—Seguro que lo has pasado fatal... ¿Folla mal y no te ha gustado?

—¡Ya basta! —Da un puñetazo en la mesa, paralizándome—. ¡Te estás pasando! Me empiezo a cuestionar si he hecho bien trayéndote conmigo. Esto es un viaje de negocios, no de novios. Tú eres mi secretaria y debes comportarte como

tal. Me has dejado en evidencia delante de la directora de la delegación. El protocolo exigía ir a cenar con ella. Te guste o no.

Le miro avergonzada. Tiene razón. Lo sé, pero igualmente me molesta. Su mirada me abrasa.

—De acuerdo, pues espero que, como exige el protocolo, hayas disfrutado de su compañía.

—Se acabo, buenas noches, señorita Navarro —dice y lo veo alejarse hacia la puerta.

Cierra la puerta y yo me quedo plantada, frustrada y enfadada. Muy enfadada.

Cuando suena el despertador me quiero morir. No he pegado ojo y estoy muy cansada y medio resacosa... Ayyy Dios.

El móvil suena. He recibido un mensaje de Robert: «8:00 en recepción».

Ni buenos días ni nada. Hoy va a ser un día duro... largo y duro.

Al llegar a recepción veo a Robert sentado en un sillón leyendo el periódico Con decisión y subida en unos tacones de infarto camino hacia él.

—Buenos días —le saludo avergonzada.

Robert no me mira.

—Buenos días, señorita Navarro.

Vaya, otra vez llamándome por mi apellido. Veo que sigue enfadado, y tiene motivos. Mi comportamiento de ayer dejó

mucho que desear.

Se levanta y comienza a caminar hacia la salida, dónde nos espera el coche. Yo lo sigo como un perrito faldero.

Cuando voy a sentarme a su lado en el coche, alza la mano negando:

—No, usted vaya en el asiento del copiloto. Como bien dijo ayer, iremos más cómodos ya que vamos a pasar a recoger a la señorita Giraldo.

Me parece que me va a dar un colapso. Pero, sorprendentemente, sonrío con frialdad y digo:

—Perfecto, como usted ordene, señor Morgan.

—Claudio, a casa de la señorita Estrella Giraldo —le indica al chófer.

El chófer asiente y pone en marcha el coche mientras yo trago saliva compulsivamente tratando de aguantar mis ganas de llorar. ¿Qué hago en Chile? No, peor aún ¿Qué hago en Nueva York? La melancolía me invade y solo deseo regresar a España, a mi país, a mi hogar.

Con el rabillo del ojo le veo teclear en su móvil. Le pita y veo que ha recibido la contestación a su mensaje... Seguro que se lo ha mandado a la víbora.

Llegamos a una bonita zona residencial y ahí, plantada delante de una bonita casa. Aparece Estrella, vestida con un sugerente traje negro que realza sus perfectas curvas.

El chófer baja a abrirle la puerta:

—Buenos dias, Robert —dice coqueta al entrar.

¿Buenos días, Robert? Yo que soy, ¿invisible? ¿Un perro? La odio a más no poderrrrrrrrr.

—Buenos días, Estrella —le contesta sonriendo.

Nos dirigimos a las oficinas mientras ellos hablan de cosas de la empresa. Robert habla de forma educada y correcta, pero la manera de hablar de esa perra en celo no es normal.

Nos encontramos en la sala de reuniones. Decidida a ser la perfecta secretaria le pregunto dónde desea que me siente.

—A mi lado —responde serio.

Cojo mi portátil y me siento dónde me indica. A su lado, embriagándome de su perfume. Lo está haciendo adrede.

La reunión comienza y todos los directivos tienen algo que proponer. Voy tomando notas de lo que considero oportuno.

Su olor me excita por momentos y necesito tocarlo, sentirlo. No me puedo controlar. Con disimulo poso mi mano izquierda sobre mi muslo, para, a continuación, ponerla sobre la pierna de Robert. Él da un respingo y me mira sorprendido, pero no me aparta la mano como me temía, la subo por su muslo hasta alcanzar su entrepierna. Comienzo a acariciarle el paquete y comienzo a notar su creciente erección bajo mi mano. Se remueve nervioso en su asiento, mientras se pone más y más duro. Lo noto respirar agitado, me mira con deseo y sonrío ¡Por fin!

Con delicadeza me aparta la mano de su bragueta que apenas puede retener su erección.



Se pone a escribir un correo:

De: Robert Morgan

Fecha: 17 de Mayo de 2016 10:05

Para Sara Navarro.

Asunto: Me estás volviendo loco.

No vivo desde que te conozco... Me vas a matar. Luego, tú y yo... A solas...

Lo leo y una sonrisita tonta se dibuja en mis labios.

De: Sara Navarro.

Fecha: 17 de Mayo de 2016 10:08

Para: Robert Morgan.

Asunto: Tú si que me vas a matar a mí.

Estoy deseando que llegue ese momento.

Posdata. No existe ningún amigo en Chile.

Lo lee y sonrío satisfecho. Gira su cara hacia mí y, en voz tan baja que solo yo puedo oírlo, me dice: «Luego».

Volvemos a prestar atención a la reunión y veo como Estrella me fulmina con la mirada. Se ha percatado de nuestro juego y no le ha gustado nada. Vaya con la chilena...

El día se ha hecho eterno, es nuestro último día en Chile y hemos de dejarlo todo claro. Ya en las puertas de la delegación todos los directivos se despiden de Robert, entre ellos la señorita Giraldo. Veo como le susurra algo al oído, él niega contrariado con la cabeza y se despide dándole un beso en la mejilla, pero más frío y distante que los otros...

¿Qué le habrá dicho?

Nos montamos en el coche y tenemos que guardar las apariencias un poco más. Claudio es el chófer de la empresa y no vamos a dar rienda suelta a la pasión delante de él.

Una vez dentro del hotel, ambos no nos podemos aguantar más y somos todo bocas y manos.

Subimos en el ascensor sin dejar de besarnos. Ya dentro de su suite me desnuda y yo le arranco la ropa literalmente. Cómo lo deseo...

—¿Así que no hay ningún amigo? —susurra en mi cuello.

—No...

—Mentirosa...

—¿Estabas celoso? —gimo en su boca.

—Mucho...

Oírle decirlo me excita. Todo lo que hay por debajo de mi cintura se estremece.

Me tumba en la cama y se tumba sobre mí. Me sonrío con una de sus sonrisas lascivas, perversas y tentadoras. Baja besando mis pechos, mi vientre... Hasta llegar a mi sexo. Me abre las piernas.

Cierro los ojos y me rindo a esa lengua mucho más que hábil. Le agarro el pelo con las manos y siento que estoy cerca.

—Todavía no —jadea y asciende por mi cuerpo.

Gimo y me arqueo mientras se coloca sobre mí, cubriéndome con su cuerpo.

Una vez más me hace suya, mientras yo siento que él me pertenece también.

Estamos montados en el avión que nos llevará rumbo a Nueva York. Robert mira su portátil concentrado y yo lo miro a él.

—¿Qué me miras? —me pregunta sonriendo.

—Lo guapísimo que eres.

Niega con la cabeza divertido.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Él levanta la vista del ordenador:

—Claro...

—¿Qué te dijo Estrella cuándo salimos todos juntos de las oficinas?

Él frunce el ceño y me mira dudando que decir.

—¿De verdad quieres saberlo? —me pregunta.

—Sí —le contesto, y más después de ver su reacción.

Se yergue en su asiento y coge aire.

—Tenias razón... Me propuso ir a su casa para, ya sabes, para tener sexo.

De nuevo los celos hacen acto de presencia ¡BRUJA!

—Le dije que no, lógicamente.

—Lo sé —susurro—. Te viniste conmigo.

Coge mi cara con las dos manos y me susurra:

—Te deseo a ti, sólo a ti. Desde que nuestras miradas se cruzaron en el Blue Note aquella noche.

—Lo siento —susurro.

—¿El qué? —pregunta confundido.

—Por estar tan enfadada estos días —suspiro—. Estaba muy celosa.

Él ríe entre dientes.

—No pasa nada —hace una pausa para besarme en los labios —Estás muy sexy cuándo te enfadas.

Sonríó avergonzada por mi comportamiento tan infantil. Cojo su preciosa cara y lo beso con pasión. Cómo sólo sé hacerlo con él.

## CAPÍTULO 7

El jueves en la oficina hay mucho trabajo. Robert tiene un montón de reuniones con inversores y yo tengo que clasificar toda la documentación sobre nuestras reuniones en Chile.

A la hora de comer, Robert sigue reunido. Voy con Stella, la simpática chica de recepción, a la cafetería a comer. Le cuento que tal ha ido por Chile. Omitiendo los detalles de mi relación secreta con el jefe.

A los diez minutos Robert aparece por la puerta con varios jefazos más. Nuestras miradas se cruzan, pero una vez más, nadie se percata de nuestro juego. O al menos eso creo:

—¿Qué te parece el jefe? —me pregunta Stella al verlos sentarse en una mesa cercana.

—Es un buen jefe —me limito a contestar.

—¿Un buen jefe? —me pregunta sorprendida—. Sí, un buen jefe y que además está muy bueno.

—No está mal —finjo indiferencia.

—¿No está mal? —se ríe—. Está buenísimo.

Ambas nos reímos y yo giro la vista hacia la mesa de Robert, que me está mirando pensando... ¿De qué se estarán riendo estas dos?

La tarde pasa volando. Apenas he tenido un segundo libre. Miro el reloj y ya son más de las siete. Robert sigue en su

despacho.

—¿Me necesitas? —le pregunto desde la puerta.

Robert mira la hora.

—No, vete ya. Yo tengo que terminar de firmar varios contratos, pero no tardaré.

Parece muy cansado. Entro y cierro la puerta tras de mí.

—¿Muy cansado? —le pregunto rodeando su mesa.

—Un poco...

Me atrae hacia él y me besa.

—Vete, es tarde. Nos vemos luego en tu casa.

Asiento, me da un beso rápido y vuelve al trabajo.

Llego a casa y me pongo a preparar una cena romántica.

Pongo vino blanco a refrescar. Pasan las horas y Robert no viene. Que raro.

Suena mi móvil y veo que es él quien me llama.

—¿Qué ocurre? —le pregunto preocupada.

—Estoy en el jet. Debo volar a Los Ángeles —me dice en tono bajo y cansado.

—¿Y eso?

—Unos problemas con la financiación. Debo reunirme con mi padre.

—¿Cuándo volverás?

—Puede que el sábado o el domingo. No lo sé.

—Te echaré de menos.

Lo noto sonreír al otro lado de la línea.

—¿De verdad? —me pregunta.

—Sí, de verdad —respondo con sinceridad.

—Me alegra oírlo, yo a ti también.

—Avísame cuando llegues, por favor —le pido.

—Lo haré.

Nos despedimos y yo me quedo compuesta y sin novio como se suele decir. Ceno parte de lo que había preparado y guardo el resto. Otro fin de semana que no voy a estar con él. Me pregunto con que puedo distraerme.

Tres horas mas tarde me llega un mensaje diciendo que ya ha llegado. Y yo ya le echo de menos.

El sábado decido llamar a Stella, no me apetece quedarme sola en casa todo el fin de semana.

Decidimos salir a cenar a un italiano ya que a las dos nos encanta esa comida. Vamos al Giuliannis y nos ponemos las botas a base de pasta. Después decidimos ir a tomar una copa.

Nos decidimos por un Club llamado Tropical, es un garito en el que se escucha música salsa y a las dos nos apetece pegarnos unos bailes.

El bar es ruidoso y está lleno de gente. Buenos y malos bailarores de salsa y merengue mueven sus cuerpos en la pista de baile. Nos acercamos a la barra y pedimos dos margaritas... Y dos más... Y así hasta cinco.

Nos lo estamos pasando en grande viendo bailar y bailando. No tenemos ni idea, pero con el alcohol que llevamos en el cuerpo, ni nos importa.

Cuando terminamos de pedir el sexto margarita, Stella me dice que necesita ir al baño. Decido esperarla en nuestra mesa. Como me levante y vaya con ella nos la quitarán. No queda ninguna libre.

Al quedarme sola viene la imagen de Robert a mi ofuscado cerebro. Decido llamarle para decirle cuanto le echo de menos.

Marco su número y reprimo una sonrisa de borracha. Puede que esté durmiendo, no tengo ni idea de la hora que es... Bueno allí son tres horas menos... No puede ser muy tarde.

Contesta a la segunda señal.

—¿Sara?

Le ha sorprendido mi llamada.

—¿Qué haces levantada tan tarde? —me pregunta—. Allí son las dos de la madrugada.

—Te echo tanto de menos —le digo arrastrando las palabras.

—Sara, ¿estás borracha? —me pregunta preocupado—. ¿Dónde estás?

—En el Tropicalllllllll

—¿Eso qué narices es?

—Un bar cubano.

—¿Estás en un bar tú sola? —alza la voz.

—Nooooo... Estoy con Stella.

—¿Con Stella? ¿La de recepción? —pregunta—. Mira



estoy en medio de una cena muy importante. Vete a casa y mañana hablamos.

—Pero quiero bailar —le digo animada por la bebida.

—Me estoy empezando a enfadar —dice nervioso—. Vete a casa ya.

Cuelga. Vaya... La conversación no ha salido cómo esperaba.. Estoy muy borracha. Esa es la verdad.

Me llega un mensaje de Robert: «Por favor, vete a casa. Me he quedado muy preocupado».

Ya me ha cortado todo el rollo... Ahora me siento culpable. «De acuerdo», le contesto.

Cuando llega Stella del baño le digo que ya es muy tarde. A ella también le ha dado el bajón de tanto rato haciendo cola en el baño. Salimos y llamamos a un taxi que nos lleva a las dos a casa.

Todo está en silencio. Abro los ojos y pronto noto los pinchazos en mi cabeza fruto de la resaca que me espera. ¡Mierda! Tengo la boca muy seca, me levanto y voy a la cocina a por un vaso de agua. Me encuentro fatal...

Me tumbo en el sofá tras tomar un paracetamol y solo quiero que el dolor de cabeza desaparezca.

El teléfono empieza a sonar.

—Dime.

—¿Cómo estás? —me pregunta Robert al otro lado de la línea.

—Con resaca.

—No me extraña... No podías ni hablar.

—Bueno..., me lo pasé bien.

—Me alegro —dice, pero no parece contento.

—¿Qué tal tu cena? —le pregunto intentando cambiar de tema.

—Bien. Tenemos un nuevo inversor en la empresa.

—Me alegro mucho —digo—. ¿Cuándo volverás?

—Mi vuelo sale esta noche... Llegaré muy tarde. Ya nos vemos mañana en la oficina.

—Te estoy echando tanto de menos —susurro mimosa.

—Seguro que yo a ti todavía más. Estoy deseando verte, nena.

—Me alegra oírlo... Hasta mañana, Robert.

—Hasta mañana, Sara.

Cuándo ambos colgamos tengo muchas ganas de llorar. Ya está. Ha sucedido lo que tanto temía. Me he enamorado de Robert. Sí, estoy total y absolutamente enamorada de él.

Apenas me levanto del sofá en todo el día, Cuando una alarma del móvil me avisa. Activé cualquier noticia o notificación referente a Robert Morgan. Y cuando hay alguna noticia suya me llega.

Desbloqueo el móvil y, delante de mis ojos, en la pantalla de mi ordenador, veo en la cena de anoche en Los Ángeles a Robert del brazo de una despampanante rubia y, cual es mi sorpresa a ver el nombre de ella a pie de foto: Robert Morgan acompañado de la guapa heredera Amanda Parker.

Me quedo en estado de shock, pero mi parte masoquista mira todas las fotografías del reportaje, una por una. Ambos conversando alegremente en la mesa cenando, en la pista de baile, junto a más personas brindando con champán.

Las miro una y otra vez. No puedo dejar de hacerlo. Y, lo peor de todo, es que veo a Robert feliz. Muy feliz.

Apago el ordenador y doy rienda suelta a mi dolor... lloro y lloro hasta que no me quedan lágrimas.

Estás imágenes confirman mis temores más ocultos; solo soy sexo para Robert. Una distracción pasajera. Pero no alguien con quien se plantee compartir su vida. No pertenezco a su mundo. Nunca lo haré. Verlo ahí con esa mujer con tanta clase y elegancia innata me lo ha confirmado. Tengo que terminar con esto antes de que sufra más. Si eso es posible dado el dolor que siento ya.

El resto de tarde y toda la noche la paso llorando tendida en la cama.

Cuando suena el despertador para ir a trabajar, apenas puedo levantarme de la cama. Voy al baño y, al mirarme en el espejo. Veo un fantasma pálido y angustiado. Apenas puedo abrir los ojos de lo hinchados que los tengo de tanto llorar. No me veo con fuerzas para ir a trabajar.

Mando un mensaje a Stella avisando que estoy enferma y que no iré a trabajar. Le pido que se lo comunique ella al señor Morgan. Consciente de que en cuanto se lo diga me va a llamar. Apago el móvil y me vuelvo a tumbar en la

cama. Me acurruco y me abandono al sufrimiento.

El ruido insistente del timbre me despierta. Miro el reloj y veo que son casi las once. He debido de dormirme del agotamiento. El timbre vuelve a sonar con fuerza. Decido ver quien puede ser a estas horas.

El corazón a punto está de explotar en mi pecho cuando veo a Robert apoyado en la puerta con cara de auténtica preocupación.

Abro la puerta y me doy la vuelta sin esperar a que entre.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta con dulzura—. Llevo toda la mañana llamándote y tienes el teléfono apagado.

—No me encuentro bien —apenas puedo hablar.

—¿Has llorado? —me pregunta angustiado.

Lo miro... Me mira. Está realmente nervioso y preocupado. Eso me desconcierta.

—¿Por qué me has traído a Nueva York? —le pregunto en un susurro.

Me observa desconcertado.

—Para estar contigo..., ya te lo dije.

—¿Por qué has desmoronado mi vida si tan solo soy una distracción para ti? —le increpo cada vez más furiosa.

Parpadea nervioso, confundido.

—¿A qué viene eso, Sara?

Sin contestarle enciendo el portátil y le enseño todas las fotografías. Una a una.

Veo como mueve el ratón del ordenador. Me mira.

—Son fotos de la cena de ayer —me explica—. ¿Qué tienen de especial?

Enloquecida ante su desfachatez grito.

—¿Especial? ¡Sales en todas con Amanda colgada de tu brazo! ¡Incluso la prensa os llama la pareja de la noche!

Parece desconcertado.

—Deja que te explique...

—¡No hay nada que explicar! —gruño descompuesta.

—Me vas a escuchar... Quieras o no quieras —dice en tono tranquilo, mientras yo siento que la tensión la tengo a mil—. Ya te dije que estaba en una cena con el nuevo inversor de la empresa. Alfred Parker, el padre de Amanda, es el nuevo inversor. Por eso coincidimos todos en la cena. Por eso salgo en esas fotografías con Amanda. No veas fantasmas dónde no los hay. Te lo dije; Amanda es mi amiga, solo eso.

—No te creo —digo—. Me siento utilizada por ti.

Nervioso me mira, intenta acercarse a mí.

—Por favor... No digas eso. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¡No te creo! —grito fuera de mí.

—Por favor, escúchame. Sé que las fotos y los titulares de la prensa rosa dan a entender algo que no existe, pero te juro que entre Amanda y yo no hay nada. Nunca lo ha habido ni lo habrá.. Por Dios, Sara, tienes que creerme.

No quiero seguir escuchando o caeré de nuevo en sus

redes. Sin variar el rostro lleno de ira que tengo en estos momentos le digo.

—El juego con la ingenua secretaria ha terminado. A partir de mañana solo seremos jefe y empleada. Y ahora, si es tan amable de marcharse de mi casa, señor Morgan.

Me mira y su mirada se vuelve fría como el hielo. Su gesto se endurece. Se da la vuelta y, sin volver la vista atrás, sale de mi casa dando un fuerte portazo.

Dolorida y sin respiración, observo cómo el hombre al que amo con todas mis fuerzas, sale de mi casa y también de mi vida.

Al día siguiente cuando llego al trabajo me entero de que Robert se ha ido de viaje a Houston, dónde hay otra delegación de Morgan Communications. Stella se sorprende de que no me haya ido con él, pero la excusa de que estaba enferma, me ha venido bien para desviar la atención. Entiendo que no me haya avisado de su marcha, sin embargo no puedo evitar sentirme dolida. Si queremos trabajar juntos hemos de ser profesionales, aunque nos cueste.

Como puedo paso la semana, ni me llama ni me escribe. Se comunica conmigo a través de Stella, que ya empieza a sospechar algo.

Yo hago lo mismo y tampoco intento ponerme en contacto con él... A tozuda no me gana nadie.

A la semana siguiente me da un vuelvo el corazón al llegar a

mi mesa. El despacho de Robert está abierto y él se encuentra dentro trabajando. Me pongo muy, muy nerviosa y no sé como actuar. Sé que me ha visto llegar, sin embargo ni me mira, ni me llama.

Decido actuar como la eficiente secretaria que soy y llamo con los nudillos a la puerta del despacho.

—¿Desea algo, señorita Navarro?

—¿Qué tal su viaje a Houston? —pregunto sin apenas voz.

—Bien... ¿Algo más? —pregunta con dureza.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Me mira y, volviendo su vista al ordenador dice:

—Sí, ponerse a trabajar.

—De acuerdo, señor.

Salgo de su despacho sin poder respirar. Me siento y, de manera mecánica, empiezo a trabajar. Al momento lo veo. Esto no va a salir bien. No vamos a poder trabajar juntos más.

Desde que lo conocí mi vida es una montaña rusa de sensaciones, emociones e inseguridades por mi parte... No puedo seguir así. No puedo continuar con esto.

Suspiro mientras mis ojos se llenan de lágrimas... Los cierro y, cuando vuelvo a abrirlos, he tomado una determinación: me vuelvo a España.

## CAPÍTULO 8

Termino mi jornada laboral y me voy a casa, estoy rota, física y mentalmente.

He decidido llamar luego a Robert, me niego a montar un numerito en la oficina. Hablaré con él y le pediré que dé el visto bueno para que pueda reincorporarme a mi antiguo puesto en Madrid. Me iría de la empresa, pero conforme está el trabajo en España y, lo mucho que me gusta mi trabajo en la empresa, me gustaría poder conservarlo.

Quiero poder volver de inmediato. No puedo volver a la oficina con él. Es imposible.

Empiezo a meter mis cosas en cajas, a preparar mis maletas. Intento ser fuerte, pero me derrumbo una vez más.

Cuando reúno las fuerzas necesarias le llamo por teléfono.

—Hola —me dice en voz baja.

—Hola —susurro intentando en vano calmar mis nervios.

—Quiero agradecerte la oportunidad que me has dado —gimoteo—. Pero quiero volver a Madrid, con mi familia, a mi antiguo trabajo.

—¿Quieres marcharte? —Las palabras de Robert son un susurro agónico casi sin aliento.

—Sí —susurro mientras mis ojos se llenan de lágrimas.

Lo oigo respirar fatigado al otro lado del teléfono. Yo me quiero morir.

—Sara, yo... —dice con voz ahogada.



—Robert, por favor. No me lo pongas más difícil.

—Está bien. Si eso es lo que quieres. Mañana mismo te llevará el jet de la empresa a Madrid. Tómate unos días de descanso y, la semana que viene, te reincorporarás a tu antiguo puesto.

—Gracias...

Inspira bruscamente.

—¿Es eso lo que quieres de verdad? —me pregunta con un hilo de voz.

—Sí —miento.

No quiero irme, pero no puedo seguir aquí. Intento mantenerme firme. Es lo mejor para los dos.

—Nunca te olvidaré —dice antes de colgar.

Me hundo en el sillón, sollozando copiosamente mientras me cubro la cara con las manos.

Se terminó mi sueño americano, se terminó Robert Morgan para siempre.

Ya montada en el avión de regreso a casa. Su mirada vuelve a mi mente, destrozándome de nuevo.

Cuando llego a Madrid, nadie sabe de mi regreso. No he avisado a nadie. No me siento con fuerzas para hacerlo.

Cojo uno de los taxis de la T-1 y salimos rumbo a casa. Intento sonreír. ¡Estoy en Madrid!

Cuando llego a mi calle, una leve sonrisa dibujan mis labios, en el fondo éste es mi sitio, mi hogar, el lugar al que pertenezco. No sé cómo pude pensar que encajaba en

Nueva York, en ese impresionante apartamento en Manhattan, con ese maravilloso Audi...

Entro en casa, cierro la puerta y me siento en el sofá. De vuelta en el hogar. Voy guardando todas las cosas en los armarios. Abro las ventanas para que se ventile y bajo a comprar para llenar la nevera. Cuando regreso y coloco lo que he comprado. Lo veo, tampoco encaja ya aquí. No después de lo que he vivido con Robert. De repente me siento sola, muy sola y sintiendo que ya no pertenezco a ningún sitio.

Hasta el lunes no he de ir a trabajar. Ya han pasado dos días desde mi vuelta y decido llamar a mis padres y a mi hermana... Al final decido comenzar por mi hermana. Omito los detalles de mi vuelta, simplemente le digo que no me aclimataba bien al cambio.

Por una parte se alegra... por la otra le da rabia no haber tenido tiempo de visitarme en Nueva York, en mi maravilloso apartamento.

Sin embargo, mis padres dan saltos de alegría al enterarse. En el fondo no les hacía gracia el tenerme tan lejos.

Por la tarde quedo con Carol y Adri para tomar un café y contarles lo que ha pasado. Son las únicas que saben de la existencia de Robert. Y con las que puedo dar rienda suelta a mi dolor.

—¿Qué es lo que ha pasado? —me pregunta Carol, una vez ya sentadas en la cafetería El Encuentro, donde solemos

quedar.

Son las únicas con las que me puedo desahogar. Entre lloro y lloro se lo cuento todo.

Hablamos, hablamos y hablamos. Me hacen ver que es mejor así, antes de que sufra más. Ese tipo de gente solo se relaciona con gente de su nivel. Y yo estoy a años luz...

Les agradezco sus palabras y comprensión. Conteniendo el llanto y la emoción las abrazo. Necesito tanto su compañía.

## CAPÍTULO 9

El lunes por la mañana regreso de nuevo a las oficinas Morgan Madrid. Voy a recursos humanos y hablo con Juan Luís, el jefe de recursos humanos. El hombre es todo amabilidad y peloteo. Frunzo el ceño. Me pregunto si Robert ha tenido algo que ver en esa actitud hacía mi persona. Parece que sea yo la jefa, y no él.

Voy al despacho de mi antigua jefa. Los últimos días no fue muy amable conmigo. Estoy muy nerviosa pensando cómo reaccionará ante mi regreso. Varios compañeros me saludan con auténtica alegría al verme. Miro en el despacho y mi jefa no está. Me siento en mi mesa y la comienzo a ordenar. Al momento aparece mi jefa. Se deshace en abrazos y buenas palabras... Sí, estoy segura que Robert les ha dicho que me traten bien, muy bien.

Ya de vuelta a mi mesa empiezo a clasificar unos documentos cuando llega un enorme ramo de rosas blancas. Es el ramo más bonito que he visto en mi vida.

—Buenos días, tengo que entregar este ramo a la señorita Sara Navarro —dice el repartidor mirando la nota de entrega.

—Soy yo... —logro decir totalmente perpleja.

Cuando leo la tarjeta que hay en el ramo. El corazón comienza a latir desbocado.

QUERIDA SEÑORITA NAVARRO:

ESPERO QUE SU VUELTA A MADRID  
LE HAYA HECHO FELIZ.

ROBERT MORGAN.

Leo la nota varias veces mientras mi corazón late enloquecido ¿Por qué hace eso? ¿Por qué no me deja olvidarlo?

Los días pasan y me sumerjo en el trabajo. Mi jefa me lo está poniendo muy fácil y trabajar así es una delicia.

Apenas salgo de casa, no me apetece ver a nadie todavía, ni salir de fiesta, me limito a dar largos paseos con los cascos puestos oyendo música. Música triste y melancólica de amores rotos y vidas truncadas. Así veo yo la mía.

Mi familia me llama todos los días. Quieren que vaya a comer o cenar algún día. Más adelante, no se me da bien mentir y me lo notarían en la cara que me pasa algo.

Así que mis días se estructuran en trabajo, paseos y noches en vela pensando en Robert. No consigo olvidarlo ni despierta, ni en sueños.

No he vuelto a saber de él desde que me mandó el ramo de flores hace ya un par de semanas. He estado tentada de mandarle un mensaje, pero en el último momento me bloqueo y no sé que escribir.

Es domingo por la mañana, hace un día precioso y decido salir a caminar. Me pongo mis leggins negros y una camiseta blanca, mis adidas fosforitas y, poniendo la música a todo volumen en mis oídos, salgo de casa.

Llevo varias manzanas y estoy concentrada en mis pensamientos mientras La Quinta Estación suena a todo volumen... Que te quería... Me encanta esta canción.

Veo un paso de cebra y decido cruzar, no miro y, con los cascos puestos, tampoco oigo como un coche viene hacia mí a toda velocidad.

De repente no veo nada, la oscuridad se cierra sobre mí. «¡Llamar a una ambulancia!», es lo último que oigo.

Oscuridad, sosiego... paz.

Me duele mucho la cabeza. Todo el cuerpo... Un dolor inaguantable. Dolor y palabras susurradas de voces que no conozco. ¿Dónde estoy? Intento abrir los ojos, pero no puedo.

—Tiene una fractura en el cráneo y varias costillas rotas, señor Navarro, pero sus constantes son estables. Se recuperará.

—¿Cuándo despertará? —pregunta la voz de un hombre y parece muy angustiado.

—Cuando su cerebro esté preparado... hay que tener paciencia.

—¿De verdad que se va a recuperar? —ahora es una mujer quien pregunta entre lágrimas... tampoco reconozco su voz... ¿Quién es toda esta gente?

—Sí, señora Navarro. Lo hará. Hay que darle tiempo.

La inconsciencia vuelve a mí. Alejando el dolor y sumergiéndome en un apacible sueño en el que unos

preciosos ojos azules me miran...

De repente oigo de nuevo voces.

—Señor Morgan, estamos haciendo todo lo posible. Créame, está en las mejores manos.

—Si en unos días no despierta quiero que acepte trasladarla al Ahava Medical en Nueva York... Es el mejor hospital para tratar esta clase de dolencias —dice un hombre joven y, esta voz, al contrario que las demás, sí que me resulta familiar.

—No sabe cuanto le agradezco su presencia aquí, señor Morgan—vuelve a hablar ese hombre que suena tan afligido.

—Estoy dónde debo estar, señor Navarro... Sara es muy importante para mí.

¿Sara? ¿Quién es Sara?... La oscuridad vuelve a cerrarse sobre mí.

—Los niveles de consciencia son cada vez más altos. No tardará en despertar.

—Ya lleva así diez días —oigo esa voz que tanto me atrae—. Me la llevo a Nueva York.

—En este estado no puedo autorizar el traslado —insiste otra voz—. No tardará en despertar.

Intento abrir los ojos, la boca... Pero no me responden. Vuelvo a caer en la inconsciencia. No...

—Hija..., soy mamá. ¿Puedes oírme? —habla una mujer, casi sollozando—. Estamos todos aquí, contigo...

Despierta, cariño.

La oigo cada vez más lejos de nuevo...

—No debí dejarte volver... Tuve que haber luchado por ti... —De nuevo esa voz que tanto me atrae—. Vuelve conmigo, vuelve a mí.

Intento despertar con todas mis fuerzas. De repente lo noto. Su principio de barba me araña suavemente el dorso de la mano y noto que me aprieta la mano.

—Oh, Sara, por favor, vuelve conmigo. Despierta. Te echo de menos. Te quiero...

Lo intento. Quiero despertar, pero mi cuerpo no reacciona y vuelvo a dormirme.

Un fuerte dolor de cabeza y en el costado se apodera de mí. Abro lentamente los ojos... ¿Dónde estoy? No reconozco la estancia, giro la cabeza y veo un monitor que parpadea y pita de forma constante... Estoy en un hospital. Todo está oscuro y en silencio. Pruebo a moverme y veo a alguien sentado, dormido, en un sillón.

De repente se despierta sobresaltado.

—Sara, cariño... —Un hombre mayor se acerca a mí, me coge la mano y me la aprieta con fuerza—. Voy a llamar al médico.

Me duele todo el cuerpo cuando pruebo a moverme. Intento mover los brazos para incorporarme, me hago daño... llevo puesta una vía y un goteo cuelga sobre mi cama.



Una enfermera entra corriendo en la habitación, revisa el monitor y luego se inclina a hablarme.

—Bienvenida, Sara... ¿Cómo te encuentras? ¿Sabes dónde estás?

—Me duele mucho la cabeza y el costado... Estoy muy confundida... ¿Quién es Sara? —contesto desorientada.

La veo fruncir el ceño y, acercándose a la cama, me dice que va a llamar al doctor Giménez.

—Buenas noches, Sara, soy el doctor Giménez.

Empieza a examinarme a conciencia, me examina los latidos, la tensión, los ojos, los reflejos...

Me habla con calidez y dulzura y me transmite confianza.

—No me acuerdo de nada, no sé quien soy —susurro.

—Tranquila, llevas dos semanas en coma, es normal tener amnesia transitoria tras un coma de este tipo. Ante todo, no te pongas nerviosa.

—Me duele mucho el costado —digo haciendo un gesto de dolor.

—Tienes tres costillas rotas, ahora le digo a la enfermera que te ponga un calmante en el goteo.

Termina de reconocermme y dice que todo parece normal.

—Sara, fuera está tu familia, no te preocupes si no los reconoces. Voy a explicarles la situación y luego pasarán a verte... ¿Estás preparada?

Asiento con la cabeza, pero no estoy muy segura...

—De acuerdo, intenta descansar —dice el medico

saliendo de la habitación.

A los pocos minutos se oye un golpecito en la puerta. Se asoman un hombre y una mujer, de unos cincuenta años, con aspecto cansado y preocupado.

—Sara, cariño... ¿Cómo te encuentras? —dice el hombre mientras la mujer llora al coger mi mano.

—Estoy muy confundida... No recuerdo nada.

—El medico nos lo ha explicado todo. Tranquila, ya verás como en unos días lo recuerdas todo.

—¿A nosotros tampoco nos recuerdas? —dice la mujer entre sollozos —Somos papá y mamá.

—No...

Ambos se miran y parecen muy angustiados, aunque intentan disimular delante de mí.

—Bien... no pasa nada. Vamos a hacerte un pequeño resumen para ver si te ayuda a recordar... ¿De acuerdo, mi vida? —dice el hombre.

—De acuerdo —susurro.

—Tu nombre es Sara Navarro, tienes veinticinco años. Eres de Madrid. Nosotros somos tus padres: Abel y Maria. Tienes una hermana mayor llamada Noelia, que está casada con David...

Intento almacenar toda esa información, intentando sacar los recuerdos a flote... Pero no, no tengo ni idea de lo que me están hablando. No recuerdo nada ni a nadie.

—Lo siento —digo en voz baja—. No recuerdo nada.

—Tranquila, mi amor —dice el hombre que dice ser mi padre, cogiendo mi mano—. Recordarás.

—Trabajas para una empresa llamada Morgan Communications... Tienes un buen trabajo, y tu jefe ha venido desde Nueva York para interesarse por ti. Es un gran hombre.

—No sé... —balbuceo.

—Su nombre es Robert Morgan —añade mi madre.

Siento una presión en el pecho al oír ese nombre. ¿Me acordaré de ese hombre?

El medico entra de nuevo y les dice que debo descansar. Que es mejor que se vayan a casa y vuelvan por la mañana. Acceden a regañadientes.

Cuando me despierto veo a alguien sentado en el sillón de enfrente de la cama.

Se levanta al ver que me he despertado y se acerca a la cama.

—Sara... —dice con voz suave y ahogada—. Gracias a Dios —añade en otro idioma que, curiosamente, entiendo perfectamente.

—Hola... —digo en ese idioma sin saber cómo sé lo que tengo que decir, pero lo sé.

Se acerca y me aprieta la mano con fuerza. Entonces le veo bien. Esos ojos azules los conozco, los he estado viendo mientras estaba inconsciente. ¿Quién es él?

—¿Me recuerdas? —pregunta.

—Me sueñas...

Sonríe mientras me acaricia el pelo.

—Soy Robert...

Sé que lo conozco, y esa mirada... la recuerdo muy bien.

—Mis padres me han hablado de ti... ¿Eres mi jefe?

Una sonrisa llena de melancolía se dibuja en sus labios. Me mira con dulzura y dice:

—Sí, algo así.

Me resulta extraño que a la persona que más recuerdo sea justamente alguien que no es de mi familia. Y más teniendo estas emociones que tengo al verlo, al mirarle...

Al rato de estar hablando con Robert, siento que le conozco bien, es una sensación extraña, íntima, no parece la relación jefe-empleada. Estoy tan confusa...

—¿Cómo se encuentra mi hermanita? —Una chica morena y guapa entra en la habitación

—Con dolor de cabeza, pero mejor —digo mirándola, sin que me suene su cara para nada.

—Soy Noelia, tu hermana —dice abrazándome—. Te vas a poner bien, ya lo verás.

Le sonrío contagiada por el optimismo que veo en sus ojos. Eso espero... Estar así me está volviendo loca.

Cuando quiero darme cuenta en la habitación habemos seis personas entre mis padres, mi hermana, el hombre que resulta ser mi cuñado, Robert y yo.

Entra el doctor Giménez en la habitación y mueve la

cabeza contrariado.

—A ver... No es conveniente tanta gente en la habitación, por favor, salgan todos que he de revisar a Sara.

Veo cómo Robert se acerca al médico y le dice algo en voz baja, el médico asiente y, luego salen todos de la habitación.

Tras un exhaustivo examen, el doctor Giménez me dice que estoy lo bastante bien para poder hacer el traslado, siempre y cuando yo dé la autorización. ¿Traslado? ¿A dónde?

—¿Traslado? —le pregunto—. ¿Me van a trasladar de hospital?

—Si das tu autorización, sí, de hospital y de país.

Lo miro con los ojos como platos. ¿A qué país me voy, y por qué? ¿Tan grave estoy?

—Verás, Sara... Sinceramente creo que tu amnesia es transitoria y en unas semanas estarás como nueva, sin embargo, Robert Morgan, ha propuesto trasladarte a un hospital en Nueva York especialista en pérdidas de memoria ya sean transitorias o a largo plazo. Son los mejores y allí las posibilidades de recuperarte son prácticamente del cien por cien.

Lo escucho con atención. Si realmente es tan buena. Sí, quiero ir, quiero recuperar la memoria.

—De acuerdo, si usted cree que estoy en condiciones de poder viajar. Quiero ir a ese hospital. Firmaré el traslado.

—Has tomado la mejor decisión, Sara. Voy a preparar los

papeles del traslado y a comunicárselo a tus familiares.

Me quedo sola y no sé qué pensar. No sé que me pasó para caer en coma ni nada de mi vida anterior antes de despertar en el hospital.

Entran mis padres y me besan y abrazan. Están felices porque creen que así me recuperaré antes.

Al momento entra Robert, parece contento y satisfecho ante mi decisión. No entiendo cómo una simple empleada puede importarle tanto.

Cuando ya tengo toda la documentación preparada. Me ayudan a ducharme, a vestirme y, sentada en una silla de ruedas, me bajan a la planta baja dónde me espera una ambulancia para llevarme al aeropuerto.

Todo el trayecto mi madre no hace más que llorar. No tienen los visados todavía y no pueden viajar conmigo. Robert la anima diciendo que él cuidará de mí, que pronto podrán venir a verme.

La ambulancia llega hasta una pista de despegue en el aeropuerto dónde veo un avión, no es muy grande, se ve que es un jet privado y pone MORGAN COMMUNICATIONS escrito en gris en el fuselaje.

—¿Es de tu empresa? —le pregunto sorprendida.

—Sí, lo es —responde orgulloso.

Me despido de mis padres que no paran de llorar. Robert coge mi silla y la arrastra por la rampa del avión.

Una vez dentro de la cabina veo un hombre rubio con

uniforme de piloto y una azafata muy atractiva. Ambos me saludan y parecen conocerme... Pero..., ¿de dónde? ¿Por qué iban a conocerme a mí?

Robert me coge en brazos sin aparente esfuerzo y me sienta en un cómodo y amplio asiento de cuero. Al verme en sus brazos algo se remueve en mi interior. ¿Por qué me estremezco cada vez que me toca?

Toma asiento a mi lado. Me sonrío y me coge la mano cuando el avión toma pista para despegar.

Cuando despegamos y llevamos un rato volando. La azafata llamada Natalie nos sirve café y pastas.

—¿Desean algo más? —pregunta de manera eficaz.

—¿Sara? —me pregunta Robert.

—No, yo ya me he quedado bien, gracias.

Cuando Natalie se retira, Robert se acerca a mí, mucho, tanto que puedo sentir su aroma a perfume caro... Ese olor... lo reconozco. Estoy segura.

—¿Te encuentras bien? —me susurra.

—Sí, deseando llegar para que me vean esos médicos tan buenos.

—Vas a estar en las mejores manos, ya lo verás.

Le sonrío, su mano acaricia la mía y su solo tacto me tranquiliza, me reconforta..., me seduce. ¿He tenido algo que ver con él?

—Gracias por cuidar de mí —le susurro tímidamente.

—No se merecen —me dice dándome un suave apretón

en la rodilla.

El comandante habla por megafonía, nos indica que estamos volando a diez mil metros, y que la duración aproximada de nuestro vuelo es de seis horas... Vaya, cuanto tiempo sentada junto a Robert. Decido armarme de valor y preguntarle por el tipo de relación que teníamos.

—Robert... ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro..., lo que quieras saber.

Lo miro dudando y cuando quiero darme cuenta, las palabras salen de mi boca sin pensarlas.

—Entre tú y yo... ¿había algo?

Sonríe burlonamente.

—¿Algo, cómo qué?

—Ya sabes... Además de trabajar para ti... ¿Teníamos algún tipo de relación personal?

Su sonrisa se ensancha.

—Bueno... se puede decir que nos conocemos bastante bien... Ya sabes, fuera del ámbito laboral.

¡Lo sabía! ¡Sabía que esto que siento cuando me mira o me toca no es normal!

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Paciencia... ya lo recordarás cuando estés lista para ello. No sé si sería contraproducente darte información.

Lo miro contrariada.

—Tiempo al tiempo —añade.

—Ponte el cinturón. Vamos a aterrizar —susurra en mi



oído.

He debido de quedarme dormida. Con la cabeza en su hombro. Abro los ojos y su azulada mirada penetra en lo más profundo de mi ser... No recuerdo muchas emociones o sensaciones, pero el deseo que siento por él, lo recuerdo desde la primera vez que lo vi en el hospital.

Aterrizamos suavemente en el aeropuerto internacional JFK a las 16:45 hora local. El comandante detiene el avión un poco apartado de las terminales principales y por la ventanilla veo un precioso SUV negro esperándonos.

El chófer viene al avión para sacar nuestro equipaje.

—Bienvenidos a Nueva York, señores —nos saluda.

—Gracias, Eduard —le contesta Robert, mientras yo le sonrío.

El trayecto hasta el hospital lo hago en silencio, no puedo evitar sentirme ansiosa, nerviosa ante lo desconocido.

Llegamos a un bonito y moderno edificio que más que un hospital parece un lujoso hotel. Ya en recepción una amable enfermera revisa todos los datos que aparecen en el ordenador. Me ofrece una silla de ruedas que yo rechazo. Estoy amnésica, no paralítica.

Aparece un joven y simpático celador que se ofrece a acompañarnos a mi habitación.

¡Madre mía! Esto parece una suite de lujo y no una habitación de un hospital. Toda decorada en blanco, con una enorme cama y todo tipo de detalles, desde un completo

equipo de televisión a un escritorio con ordenador y un teléfono. Por no hablar del cuarto de baño con bañera y ducha de hidromasaje.

Miro maravillada a mi alrededor. Esta habitación debe costar un ojo de la cara. Una vez más me pregunto por qué Robert se toma tantas molestias conmigo.

Al momento, alguien llama a la puerta. Un hombre afroamericano, vestido con una bata de médico se asoma:

—¿Se puede? —pregunta.

—Adelante, doctor Johnson —le contesta Robert.

—Hola, Sara —dice tendiéndome su mano—. Soy Seal Johnson su médico a partir de este momento. Bienvenida al Ahava Medical.

—Encantada, doctor Johnson.

—Quiero que sepa que se encuentra en las mejores manos. Nuestro índice de recuperación roza el cien por cien. La amnesia global transitoria suele producirse por un traumatismo severo. Suelen pasar en accidentes de coche o en atropellos como ha sido tu caso.

¿Qué? ¿Me han atropellado? Nadie me ha contado lo que pasó.

—Primero de nada vamos a verificar que no hayan signos de coagulación excesiva en el cerebro. Es un proceso muy complejo y pocos hospitales tienen el material necesario  
Ambos lo escuchamos con atención.

—Pese a que en España ya le realizaron varias resonancias

magnéticas y análisis de sangre, vamos a repetir todas las pruebas.

—Lo que sea necesario, doctor —replica muy serio Robert.

—Sí, doctor... Me siento fuerte y preparada.

—Me alegra oírlo. Va a ser un proceso duro, pero vas a recuperarte.

Robert me ayuda a instalarme en la habitación. Cuando nos damos cuenta ya se ha hecho la hora de la cena.

Una enfermera llamada Grace entra con mi cena. Estoy hambrienta y me siento en la mesa dispuesta a devorar la comida: Pollo con verduras. Odio la comida de los hospitales...

Sorprendentemente está más buena de lo que parece. Robert me mira divertido mientras yo mastico sin hablar.

—Ya veo que el apetito no lo has perdido —bromea.

—No, en absoluto —digo rebañando un poco de la salsa que queda con el pan.

Vuelve la enfermera para llevarse la bandeja. Me mira y, sonriendo, pero en tono firme dice:

—Señorita Navarro, debe descansar. Mañana va a ser un día muy largo y necesita estar fresca.

Asiento mientras ella me coloca las almohadas para que pueda tumbarme.

—Yo me voy ya. Te dejo descansar.

Por un momento tengo miedo de que se vaya y me quede

sola.

—¿Te vas? —pregunto.

—Sí, ya es muy tarde. Los dos tenemos mucho trabajo mañana... Llevo muchos días sin aparecer por la oficina, y tú, tienes que coger fuerza y descansar del viaje.

Asiento con la cabeza. Tiene razón, pero estoy tan a gusto con él. No quiero que se vaya.

Me ayuda a tumbarme en la cama y, tras arroparme como si fuera una niña pequeña, me da un beso en la frente y me desea buenas noches.

—¿Vendrás mañana a verme?

Sonríe.

—Voy a venir todos los días, no vas a tener tan fácil librarte de mí..

—No quiero hacerlo... —susurro.

Cuando sale por la puerta yo me acurruco, me hago pequeña en la cama y cierro los ojos con fuerza deseando volver a soñar con esos ojos azules. Deseando volver soñar con Robert.

## CAPITULO 10

A las siete de la mañana una enfermera nueva del turno de mañana me despierta.

—Buenos días, señorita Navarro. Aquí le traigo el desayuno. A las ocho tiene consulta con el doctor Johnson.

—Buenos días —digo desperezándome.

—¿Ha dormido bien? —me pregunta—. Por cierto, mi nombre es Elva, seré su enfermera del turno de la mañana.

—Encantada, Elva.

Termino el café con leche, el zumo de naranja y una magdalena de arándanos y voy al baño a ducharme.

Elva me ha dejado una especie de chándal para ir a la consulta y a que me hagan las pruebas necesarias.

Salgo al pasillo a buscarla para que me acompañe a la consulta y me entra la risa al ver que todos los pacientes con los que me cruzo llevan el mismo. Parecemos de un internado o colegio de pago.

Me acompaña y ambas bajamos a la primera planta dónde se encuentra la consulta del doctor Johnson. La enfermera Elva llama suavemente a la puerta.

—Adelante —dice una voz masculina.

Entramos y el doctor Johnson se levanta de su silla para saludarme.

—¿Qué tal tu primera noche con nosotros, Sara?

—La verdad que he descansado muy bien —contesto.

—Cuanto me alegro... Tenemos mucho trabajo por delante. Por favor toma asiento.

Miro a mi alrededor la consulta del doctor Johnson es muy espaciosa, moderna y con toda clase de instrumental de última generación.

—Voy a explicarte el planning que tenemos para hoy...  
¿Preparada, Sara?

—Preparada —afirmo rotunda.

—En primer lugar voy a revisar tus constantes. Después subiremos a practicarle un TAC y, cuándo a la tarde tengamos los resultados. Empezaremos con la terapia tanto física como mental.

—De acuerdo.

—Quítate la ropa y ponte está bata —dice señalando una bata blanca que hay detrás de un biombo.

Hago lo que me dice y salgo con la bata blanca puesta, dejando mi culo al aire. ¿Puedo pasar más vergüenza?

—Túmbate en la camilla —dice mientras tira de una serie de aparatos y un equipo de ordenadores que no tengo ni idea de para qué sirven.

Me tumbo y él se sienta en un taburete a mi lado. Pone en funcionamiento las máquinas y un sonoro pitido cobra vida, mientras las pantallas se iluminan.

—Primero de nada te voy a hacer un electrocardiograma. Debes estar relajada. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza. Respiro hondo intentando

calmarme.

Me conecta un montón de cables por el pecho y, de repente, un papel va marcando el funcionamiento de mi corazón.

Lo mira con detenimiento. Yo cierro los ojos y me intento calmar.

—El corazón está perfecto —dice quitando los cables de mi pecho.

—Ahora voy a conectarte a esta especie de casco. Va a medir la presión intracraneal y el oxígeno que recibe el cerebro.

—Perfecto —susurro.

Me pone una especie de casco de moto, pero con cables.

—Ahora procura no moverte. Debes tenerlo puesto unos diez minutos.

Cierro los ojos y me intento distraer pensando en otras cosas... Y Robert viene a mi mente, una vez más.

Pasado el tiempo me dice que la prueba has salido perfecta. Es una gran noticia y, si el TAC también sale bien, la rehabilitación va a ser mucho más rápida.

—Vístete, voy a rellenar los informes y nos vamos a realizarte el TAC.

Subimos en el ascensor. El doctor Johnson es realmente amable conmigo. Me pregunto cuales serán sus honorarios. Sin duda deben de ser elevados, muy elevados.

Estoy en mi habitación descansando después de comer.

En un rato ha de venir el doctor Johnson con el resultado del TAC, espero que haya salido bien y poder empezar la terapia.

Robert me ha mandado un par de mensajes preguntando cómo han salido las pruebas. Le ha dado una alegría inmensa que todo me esté saliendo bien. Creo que siente algo por mí... Yo, desde luego que me siento muy atraída por él. ¿Qué habrá habido entre nosotros? Algo seguro...

—¿Se puede? —oigo la voz cálida del doctor abriendo la puerta—. Tengo muy buenas noticias. El TAC ha salido perfecto. Así que ha llegado el momento de empezar la terapia con el doctor Carrick Warner. Médico jefe de la unidad de psiquiatría y un experto en recuperaciones de memoria y de enajenaciones mentales. Debe de ver la cara que pongo porque se echa a reír diciendo que no me asuste. No es que trate con enajenados mentales o, por lo menos no sólo con ellos, trata todo tipo de dolencias mentales. Y la amnesia lo es.

Llego a un bonito y acogedor despacho repleto de libros. He de esperar al doctor Warner y lo hago mirando la extensa colección de libros que tiene en una estantería. Estoy absorta leyendo los títulos de varias obras cuando me sorprende una voz ronca y profunda.

—¿Te gusta leer, Sara?

Giro la vista y veo como el doctor Warner me observa apoyado en la puerta del despacho.



—Mucho —contesto.

—¿Qué lees?

—La verdad que no tengo ningún género preferido. Leo de todo.

Toma asiento en su sillón y me mira expectante. Su mirada me intimida. Debe de tener unos cincuenta años y quedan restos de la belleza que debió ser cuando era joven. Unos bonitos ojos azules me examinan a conciencia.

—Soy el doctor Carrick Warner y voy a encargarme de que recuperes la memoria. La terapia a la que te voy a someter es una terapia muy novedosa. Consiste en una sedación progresiva, parecida a la hipnosis, pero más eficaz, mediante la cual tu cerebro se va a ejercitar y a recobrar la memoria desde el principio de tu vida. Es decir, vas a empezar recordando vivencias de tu infancia, de tu pubertad y, así hasta llegar al presente. ¿Preparada?

—Tengo un poco de miedo, pero sí, estoy lista —digo con decisión.

—Túmbate en el diván —señala un bonito diván de cuero blanco.

Me tumbo y el corazón me empieza a latir con fuerza. Estoy muy nerviosa.

—Ahora quiero que cierres los ojos y que te concentres en mis palabras... Eres una preciosa niña...

Estoy con mis abuelos en la playa cercana a su apartamento en Oropesa del Mar, dónde veranean desde

hace muchos años, mi hermana y yo estamos haciendo unos castillos de arena con mi bonito cubo rosa de barbie.

Mi abuela nos mira divertida mientras mi abuelo recoge conchas para decorar la fortaleza que estamos haciendo.

—¿Te gusta, abu? —pregunta Noelia a mi abuela.

—Os está quedando muy bonitos.

—¿Y el mío? —le pregunto yo.

—El tuyo también... los dos son muy bonitos.

Viene mi abuelo con las manos llenas de conchas y las ponemos a modo de puertas y ventanas.

—¿Cuándo vienen los papás? —les pregunto.

—En unos días... Todavía falta una semana para que tengan vacaciones...

Estoy en el colegio, debo de tener once o doce años. Víctor me invita a un chicle... Es el chico más guapo del colegio, y creo que le gusto.

—¿Vas a venir al mismo instituto que yo? —me pregunta.

—Yo voy a ir al Lope de Vega...

—¡Anda! ¡Como yo! —contesta.

Recuerdos y más recuerdos vienen a mi mente como si fuera una película y yo fuera una simple observadora de mi vida.

—Sara... Abre los ojos.

Parpadeo confundida ¿Dónde estoy? Ahhh sí..., estoy en el hospital.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta.

—Estoy muy bien. Mucho mejor que bien. Estoy muy feliz. He recordado a mis abuelos, a mis padres, a mi hermana. He recordado cosas desde mi más tierna infancia...

Temo que la emoción no me deje seguir hablando.

—He sido tan feliz... —continuo con un nudo en la garganta.

—Es una noticia fantástica. Has progresado mucho en una sola sesión. Ahora debes almacenar todos esos recuerdos en tu cabeza. Mañana continuaremos.

—Es usted increíble —digo con absoluta admiración.

Se empieza a reír. Se quita las gafas dejando sus bonitos ojos a la vista y dice:

—Solo hago mi trabajo y, créeme, estás siendo una paciente muy fácil de tratar. Se nota que has ejercitado mucho tu mente y tu cerebro está muy capacitado para recuperar información. En resumen eres un buen ordenador al que hay que resetear... Eso es todo.

Animada por el avance tan rápido que estoy teniendo decido salir a pasear por los bonitos jardines del hospital. Ya de lejos, veo venir a Robert a mí encuentro.

Va vestido con traje y he de cerrar la boca al verle lo guapo que está. No lo había visto nunca vestido de directivo. No por lo menos que yo recuerde.

—Ya veo que estás lo suficiente animada como para salir a pasear —dice en cuanto me alcanza.

—Sí, estoy muy contenta.

—¿Qué tal ha ido la terapia?

—Genial... ya he empezado a recordar.

—¿En serio? —pregunta entusiasmado—. ¡Es una noticia fantástica!

Lo miro y esbozo una amplia sonrisa. Soy tan feliz cuanto está junto a mí.

Ya de vuelta en mi habitación una nueva enfermera que no había visto nunca, entra la bandeja con mi cena.

—Ya se la sirvo yo —dice Robert cogiendo la bandeja.

La enfermera, mucho más joven que las que me habían tratado hasta ahora, lo mira y se pone roja como un tomate... Ya veo que mi guapo jefe llama mucho la atención. Demasiado.

Me siento en la mesa y acerca la bandeja. Levanta la tapa para enseñarme lo que tengo de cena. Merluza en salsa, puré de patatas y un yogurt de fresa. Frunzo el ceño. No es la comida de mis sueños.

—Venga... a cenar —bromea—. Tiene una pinta deliciosa.

—Eres muy gracioso...

—Lo sé —sigue con su juego.

Cuando termino la cena y estamos en medio de una conversación muy amena. Entra la señorita me sonrojo si un hombre guapo me mira para llevarse la bandeja.

—Es tarde, Sara —me dice a mí, pero mira a Robert—.

Deberías descansar.

—¿Cinco minutos? —le pregunta Robert sonriendo.

—Cinco minutos —sonríe sonrosada.

Madre mía... solo falta que le dé su número de teléfono.

Robert me mira ignorándola.

—Mañana volveré a la misma hora. Espero que la terapia te vaya tan bien como te ha ido hoy.

—Eso espero yo también..

Se despide dándome un beso de buenas noches. En la mejilla... Yo quiero que me lo dé en la boca, y con lengua.

Cada vez le deseo más...

Me meto en la cama y empiezo a leer un libro que trata la historia de amor de un guapo embajador y una preciosa inspectora de policía. Es una recomendación de mi hermana. Otra aficionada a la lectura, y si es romántica, todavía más.

De nuevo me encuentro en la consulta del doctor Warner. Estoy mucho más tranquila que ayer.

—Buenos días, Sara —saluda en cuento entra en el despacho.

—Buenos días, doctor Warner.

—Espero que tu cerebro esté igual de receptivo que ayer... ¿Empezamos?

—Cuando usted quiera...

Cierra los ojos, estás en el colegio y Víctor te quiere invitar al cine...

—Pero mamaaaaaá —protesto.

—No hay peros que valgan... A las diez te quiero en casa.

—Pero es el cumple de Adri —protesto—. Todos se van a quedar hasta las doce.

—A mi lo que hagan los demás me da igual... Yo creo que a las diez de la noche es una hora más que aceptable para una niña de quince años.

—¡Yo no soy ninguna niña! —grito enfadada.

—A las diez o nada... Lo que prefieras —contesta tranquilamente mientras pela las patatas.

Me veo a mi misma caminando por la facultad. Me dirijo a la biblioteca.

—¿Cómo llevas economía internacional? —me pregunta un chico que viene a mi clase, pero con el que no había hablado nunca.

—Muy bien... me encanta esa asignatura.

—Yo la odio —dice haciendo un mohín.

—Si quieres te paso los apuntes que tengo yo...

Sara..., despierta...

Vuelvo a estar en la consulta de Warner...

Cada día que pasa recuerdo más y mejor. Los recuerdos se hacen más nítidos y lo veo todo con mayor claridad.

He empezado a hacer rehabilitación con una fisioterapeuta muy simpática y agradable. Eli, que así se llama, está haciendo que me encuentre mucho mejor físicamente.

Robert viene todas las tardes a verme. Espero todo el día ansiosa, deseando verlo llegar. Me gusta mucho su compañía y, me siento muy atraída por él. No hago otra cosa que preguntarle cosas de nosotros. Pero me dice que quiere que lo recuerde por mi misma.

Así que me esfuerzo cada día de terapia para mejorar... Estoy deseando verlo en mis recuerdos.

—Ya estamos llegando al final de tu recuperación, Sara — me dice Warner con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Le estoy tan agradecida... No hubiera podido hacerlo sin usted.

Veo como sonrío con vergüenza. Vaya, me sorprende su timidez. Es el mejor médico que conozco.

—En unos días estarás preparada para recibir el alta. No creo que tardes más de dos sesiones en recobrar por completo la memoria.

—Eso es fantástico —añado con alegría.

—Y ahora vamos a sumergirnos en tus recuerdos...

El cabrón de Roberto me ha puesto los cuernos. Estoy destrozada y lloro desconsoladamente en mi habitación.

No tengo ganas de nada. Solo voy al trabajo y vuelvo a casa dónde vuelvo a llorar hasta quedarme dormida.

Estoy en Nueva York con Adri y Carol, nos estamos arreglando para ir a una discoteca llamada Blue Note. Estamos guapísimas y salimos del hotel dispuestas a comernos la noche neoyorkina.

Las veo bailar mientras me tomo mi cosmopólitan. Algo capta mi atención. Alzo la vista y veo como alguien me está mirando. Su mirada me cautiva y no puedo dejar de mirarlo... Es guapo no, lo siguiente.

—Te deseo tanto —me dice mientras deja un reguero de besos desde mi cuello hasta mis pecho.

De pronto me cubre el sexo con la mano. Y gime al notar lo húmeda que estoy ya...

Estoy excitadísima. Noto que mis caderas lo buscan ya; quiero sentirlo dentro de mí...

Y así, recuerdo a recuerdo, Robert vuelve a mi memoria llenándola de un deseo incontrolable, de muchas inseguridades por mi parte y de amor... Del amor más grande que he sentido en mi vida.

Ya lo recuerdo todo. Sé que quiero a Robert, pero también sé que no podemos estar juntos.

—Sara... vuelve —la voz del doctor Warner me atrae de nuevo.

—Dios mío... —susurro.

—¿Qué ha ocurrido, Sara?

—Lo recuerdo todo. Ya he logrado recordarlo todo —contesto en voz baja.

—¿Todo? —pregunta incrédulo —¿Has llegado al presente?

—Sí, ya lo he recordado todo. Me atropellaron. Por eso estuve en coma. Por eso tenía amnesia.



—Estoy realmente asombrado contigo —me dice —Eres la paciente que más rápido se ha recuperado.

Sonrío. Por una parte me siento muy feliz... por otra ¿Qué voy a hacer con Robert ahora qué ya lo sé todo?

Una vez reunidos mis médicos y mis fisioterapeutas deciden darme el alta está tarde. Ya no hay motivo para que siga aquí.

Mando un mensaje a Robert: «Perdona que te moleste mientras estás trabajando. Me van a dar el alta en un rato... Ya lo recuerdo todo».

Espero nerviosa su respuesta.

«Es una noticia fantástica... ¿Me has recordado? Le diré a Eduard que pase a buscarte. Te vienes a mi casa».

Pienso la respuesta... ¿De verdad debería ir a su casa, con él? Por otra parte no tengo dónde ir... Ni tengo el billete de avión para volver a España.

«De acuerdo. Te aviso en cuando sepa a que hora me la dan».

«Bienvenida de nuevo a mi vida».

Madre mía... ¿Qué contesto a eso? Sé porque volví a España. Sé que no vamos a poder estar juntos. Sin embargo no sé si quiero irme de su lado.

Llamo a mi familia que se vuelven locos de la alegría. Hablo por skype con mis amigas. Todo el mundo está tan feliz...

A primera hora de la tarde ya tengo el alta. Eduard llega

puntual a recogerme y cuando quiero darme cuenta nos estamos dirigiendo a casa de Robert.

Aparcamos en el garaje y subimos en el ascensor. Veo como Eduard pulsa el botón del ático... Como no...

Una vez arriba la preciosa puerta de la entrada principal está abierta y una señora vestida con el traje típico de ama de llaves nos está esperando. Debe de tener unos cincuenta años y me trasmite dulzura. Me gusta al instante.

—Cómo me alegro de que esté mejor, señorita Navarro —dice cogiendo mi bolsa de viaje y mi maleta—. La voy a cuidar mucho para que se recuperé del todo. Mi nombre es Betty.

—Encantada, Betty. Pero llámame Sara, por favor —digo sonriendo.

No sé si procede... —parece dudar.

—Por favor, me voy a sentir más cómoda, de verdad.

—De acuerdo, Sara.

El vestíbulo es más grande que toda mi casa. Una bonita mesa de madera oscura lo preside. Abre una puerta doble y recorreremos un pasillo que lleva a varias estancias. Entre ellas una preciosa habitación. Toda blanca, la cama, los muebles, la pared... todo menos la oscura madera del suelo. Veo unos amplios ventanales con unas vistas increíbles de Manhtatan.

—Está será su habitación —dice dejando el equipaje en un amplio vestidor —espero que sea de su agrado.

—Es preciosa —digo mirando a mi alrededor maravillada—. Pero llámame de tú, por favor... no soy tan vieja.

Sonríe y asiente con la cabeza.

—Si no me necesitas, voy a continuar con mis tareas. Si quieres que te ayude con el equipaje, por favor, dímelo.

Coloco la ropa en los estantes, la bolsa de aseo en el baño. Dejo el cepillo y la pasta de dientes, la colonia y los geles de baño... preguntándome cuánto tiempo permaneceré aquí.

Cuando lo tengo todo colocado bajo y veo a Betty en la cocina. Ordenando la despensa.

—¿Necesitas algo? —me pregunta.

—Quisiera un poco de agua —contesto con timidez.

—Marchando un vaso de agua...

Estoy sentada en un taburete de la bonita barra de mármol negro. Hablando animadamente con Betty. Le encantaría prepararme algún plato típico español.

Me vuelvo y veo a Robert apoyado en la puerta de la cocina. Lleva la americana y la corbata en la mano y me mira divertido. Me quedo paralizada al verle y me pongo roja como un tomate. Ahora recuerdo todo lo que he hecho con él...

—Buenas tardes —nos dice a ambas—, Sara, me alegra tanto verte bien.

—Gracias, no sabes como te agradezco todo lo que estás haciendo por mí —le digo y no sé dónde mirar de la vergüenza que siento.

Intenta disimular una sonrisa perversa. No lo consigue.

—¿Has visto la casa?

—Le he enseñado varias estancias, pero la señorita Navarro ha preferido que se la muestre usted —se apresura a contestar Betty.

—Perfecto. Vamos de tour pues...

Me enseña su despacho... el amplio salón. La pared del fondo es de cristal y se ven las maravillosas vistas de la ciudad.

Todo es precioso, precioso y lujoso.

—Falta lo mejor... y dónde mejor lo vamos a pasar —susurra con picardía en mi oído.

Abre la puerta y al momento estamos en su dormitorio. Su dormitorio es enorme. Las paredes son color crema y los muebles en madera oscura color wengue. Una enorme cama preside la estancia con una bonita colcha color crema y repleta de cojines en varios tonos de marrón. Sin duda la ha decorado alguien con muy buen gusto. Un decorador, tal vez.

Cierra la puerta despacio y yo tiemblo como una hoja al ver cómo me mira. Es deseo lo que veo en sus ojos. Mucho deseo.

—Por fin solos... —dice cuando me tiene a dos centímetros de su cara.

—Robert...

—¿Qué, Sara? —dice mientras me besa en el cuello.

Alza la mirada y me sonrío al ver cómo lo miro. Ve el deseo en mi mirada. Un deseo caliente e intenso, invade todo mi cuerpo.

—¿Sabes el tiempo que llevo esperando este momento? —me dice.

Lo miro y noto que el corazón me va a estallar.

—¿Tienes una idea de lo que te deseo? —añade acariciándome la mejilla.

Se inclina y me besa. Sus labios exigentes se abren paso entre los míos. Empieza a desabrocharme la blusa. Me la quita despacio y la deja caer al suelo. Se aparta y me observa, baja la vista a mis pechos y sus ojos brillan excitados.

Me rodea con sus brazos, me acerca a su cuerpo y me aprieta fuerte contra él. Siento su erección, que empuja contra mi cuerpo.

Lo deseo con locura. Lo abrazo y lo beso con pasión.

Me tumba en la cama y me quita los pantalones. Lo observo solo vestida con la ropa interior mientras él se desnuda. Sigue produciendo el mismo efecto en mí.

—Eres tan preciosa ...

Se inclina sobre mí, me separa las piernas y avanza por la cama entre ellas. Se queda suspendido encima de mí.

Desliza una mano hasta mi cintura, mis caderas, y la posa en mis partes íntimas... Me retuerzo mientras él introduce un dedo por el encaje de mis bragas y lentamente empieza a

trazar círculos alrededor de mi sexo. Cierra los ojos y se le escapa un jadeo.

—Estás ya lista para mí...

Introduce un dedo dentro de mí, y yo gimo mientras lo saca y vuelve a meterlo. Cada vez con más fuerza. Yo grito y gimo.

De repente se sienta, me quita las bragas y las tira al suelo. Se quita él también los calzoncillos liberando su erección. Se me corta la respiración al verlo.

Al principio se mueve despacio, entra y sale de mi cuerpo. Mientras me mira triunfante.

—Más rápido —le imploro.

Gime y me embiste con fuerza, cada vez más deprisa, a un ritmo implacable. Voy poniéndome tensa... esa sensación que tan bien conozco ya se adueña de mi cuerpo.

—Córrete para mí, Sara —susurra sin aliento.

Le obedezco de inmediato y alcanzo el clímax. Mientras se corre él también tras darme una última embestida.

Todavía jadeo e intento tranquilizar a mi agitado corazón, y mis pensamientos se tornan un caos. ¿Qué narices estoy haciendo? No debo seguir con esto... no si no quiero sufrir más.

Robert me dedica una mirada dulce, cariñosa, me besa suavemente en los labios y sale muy despacio de mi cuerpo.

—Te he echado tanto de menos —murmura.

—Tenemos que hablar —le digo con un hilo de voz.

—¿Qué hay que hablar? —me pregunta en tono frío.

—Lo recuerdo todo... sé porque me fui de tu lado.

De repente me mira y su gesto transmite miedo y tristeza

—No hubo ningún motivo... yo no te di ningún motivo.

No vuelvas a marcharte de mi lado —suplica con su voz y con su mirada.

—Es imposible que podamos estar juntos.

—No me hagas esto otra vez... —susurra, inmensamente triste —no puedo vivir sin ti.

—Tengo miedo —susurro—, no quiero sufrir más.

—Déjame quererte... Déjame tenerte —me suplica.

Le miro y veo el miedo en sus ojos. Recuerdo que estando en coma me dijo que me quería. Tal vez sea cierto. Tal vez no sea sexo solamente para él.

—¿Lo harás? ¿Me dejarás quererte y hacerte feliz?— pregunta.

Lo miro... mi mente trabaja a toda velocidad intentando saber que hacer o que decir. Él sigue mirándome. Tiene la mirada intensa y expectante. Yo también le quiero, le quiero más que a nada en este mundo. Ese sentimiento me desarma totalmente ¿Qué hago? ¿Qué digo?

Al ver que no hablo sigue hablando él. Con la voz rota por el dolor.

—Estas últimas semanas han sido las peores de mi vida, un dolor inaguantable —dice en voz baja—. Cuando te marchaste mi vida se convirtió en un infierno, pero cuando

pasó lo de tu accidente... creí que me moría, que me volvía loco.

Trago saliva, y siento crecer un nudo en mi garganta. Si me quedo con él puede que sufra, pero si me alejo de su lado voy a sufrir seguro y voy a sufrir mucho. Tal vez pueda funcionar. Tal vez los cuentos de hadas existan...

—¿De verdad lo quieres intentar? —le pregunto.

—Es lo único que quiero en el mundo.

—De acuerdo... yo también. Lo único que te pido es que no me hagas daño.

—Eso jamás...

Me abraza y me estrecha contra su pecho.

Y, así, de esa manera empieza de nuevo nuestra vida en común. ¿Saldrá bien? Es lo que deseo con toda el alma.



## CAPITULO 11

Robert me observa como si yo fuera su razón de vivir, y estoy segura que yo le miro del mismo modo.

Me acoge en sus brazos y permanecemos así, abrazados. Levanto la vista hacia él. No quiero soltarlo. Me mira y me sonrío con ternura. Se inclina y me besa con ternura, con amor. Definitivamente es mucho más que sexo para los dos.

—Quiero que te vengas a vivir conmigo. Quiero presentarte a todos como mi novia —dice disfrutando del momento.

Lo miro con la boca abierta, sin dar crédito a sus palabras.

—Sí, quiero vivir contigo, y sí, quiero ser tu novia ante todo el mundo —musito con mi boca pegada a la suya.

Sonríe, maravillado y feliz.

—¿En serio? —susurra, incrédulo.

Yo asiento, nerviosa e increíblemente feliz.

Inspira profundamente y sonrío pletórico.

Robert me quiere, de eso estoy completamente segura. Le miro y sé que en estos momentos ya no podría vivir sin él.

—Ya sé cuando lo vamos a hacer público —me dice con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Cuándo? —le pregunto.

—La semana que viene es el veinticinco aniversario de la empresa y mi padre está organizando una fiesta por todo lo alto. Estarán presentes todos los empleados, familiares,

amigos y conocidos. Es el momento perfecto —declara triunfante.

—Me parece perfecto —añado, aunque me pregunto si seré capaz de aguantar la presión de ser el centro de atención—. Yo he de hablar con mis padres y mi hermana. Ellos no estarán en la fiesta y quiero que sean los primeros en enterarse.

—Me parece una idea fantástica —susurra mientras me besa en el cuello.

Mis padres se quedan mudos cuando les doy la noticia. No son tontos y sospechaban que Robert y yo habíamos tenido algo dada su preocupación e interés por mí. Pero la noticia de que me voy a quedar en Nueva York y que voy a ser la novia formal de uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Esa noticia si que no se la esperaban.

—Mamá, dime que te alegras por mí.

—Claro, hija... solo es que me ha pillado por sorpresa —murmura.

—Le quiero. Quiero estar con él.

—Me alegra mucho oír eso... es que es todo tan repentino que quiero que lo pienses bien.

—Lo tengo muy pensado y meditado. Es él. Solo será él, para siempre.

—Cariño... pues entonces tu padre y yo no podemos ser más felices por ti.

—Gracias, mamá —susurro, sintiendo que me encantaría

tenerla delante para abrazarla sin parar.

—Pronto iremos a verte —dice recobrando la compostura.

—Sí, necesito teneros cerca —digo con sinceridad.

—Cariño, cuídate mucho.

—lo haré mamá. Robert también lo hace.

—Sara, cariño, si nos necesitas, llámanos, por favor.

—Lo haré.

—Te quiero, Sara.

—Y yo a ti, mamá. A los dos os quiero mucho.

Cuando colgamos siento que la nostalgia me atrapa. Echo de menos a mis padres, a mi hermana, a mis amigas...

Giro la vista y veo a Robert apoyado en la puerta, mirándome. Entonces sé que mi sitio está aquí. Con él. Dónde esté él...

La semana ha pasado muy rápida. Robert ha tenido mucho trabajo en la oficina y yo he aprovechado para renovar y ampliar todo mi vestuario. Solo había traído ropa cómoda para estar en la clínica. No sabía el cambio tan radical que iba a haber en mi vida.

Robert tiene cuenta en las mejores y más exclusivas tiendas de Nueva York y ha dado orden de que me sirvan en todo lo que quiera y necesite. Una parte de mí se pregunta si eso está bien, por un momento me siento una mantenida, pero cuando veo la maravillosa y carísima ropa que me he comprado se me pasa. ¡Esto es vida!

El vestidor está repleto de vestidos, pantalones, blusas, ropa interior y toda clase de complementos. Puedo estar sin repetir modelito un año.

Ha llegado el día de la gran fiesta. Yo llevo dos noches sin dormir pensando en cómo reaccionará la gente en cuanto Robert haga pública nuestra relación. Tengo especial miedo a la reacción de su padre, un hombre muy recto y severo.

Llega la noche y tras pasar por peluquería y por maquillaje el reflejo del espejo me devuelve la imagen de una preciosa mujer que resulto ser yo.

Me pongo un entallado vestido negro palabra de honor que realza el moño alto que me ha hecho la peluquera. Me miro en el espejo y sonrío, estoy espectacular.

Me calzo unos altísimos tacones negros y me siento más que preparada para ser presentada en sociedad. Sí, voy a estar genial. Me digo a mí misma.

—Estás preciosa...

Giro la vista sobresaltada y veo a Robert que me sonrío con la mirada encendida por el deseo. Se me seca la boca al verle vestido con su esmoquin negro con pajarita. Está impresionante.

—Estás muy guapo —le digo con timidez.

Se acerca sigiloso a mí y posa sus manos en mi trasero.

—Luego pienso disfrutar quitándote este vestidito que llevas.

Todo mi ser reacciona a sus palabras. Le deseo con sólo

verle y oírle.

—Pues yo te voy a quitar todo menos esto —digo acariciando su pajarita.

Sonríe con picardía y me aprieta el trasero con fuerza.

—No sé si podré esperar...

Ya de camino al hotel Hilton veo a Robert pensativo. Eduard nos lleva en el enorme Mercedes negro de la empresa, pero Robert no habla, solo mira por la ventanilla.

—¿Ocurre algo? —le pregunto cogiendo su mano.

Robert me mira y suspira.

—Termina de mandarme un mensaje Amanda —dice en voz baja—. Va a venir con su padre a la fiesta.

Algo no me gusta en el tono de su voz.

—Si su padre ahora es vuestro socio me parece normal — intento mostrar serenidad.

—Verás, Sara... Desde que Amanda se enteró de lo nuestro se comporta de un modo extraño. No quisiera que hiciera algo que pudiera molestarte.

Esas palabras me ponen en alerta ¿De un modo extraño? ¿Qué quiere decir?

—¿Qué quieres decir con eso, Robert?

Me mira y parpadea varias veces confundido.

—Me pensaba que para ella nuestra relación también era solo amistad, pero me equivocaba.

Se me eriza el vello. Si Robert está tan nervioso ha debido de pasar algo fuerte entre ambos.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto temblorosa.

Frunce el ceño y traga saliva.

—Cuando tú sufriste el accidente y le conté que me iba a España para recuperarte no se lo tomó nada bien, desde entonces no hay día que no me llame o me mande mensajes... —Me mira dudando y yo le aprieto la mano animándole a seguir—. Los mensajes son de alto contenido sexual. Incluso me manda fotografías desnuda y masturbándose.

Todo el aire abandona mi cuerpo. Estoy sin aliento y siento que se me ha parado el corazón.

—¿Y tú qué le has dicho? —susurro.

—Le dije que nunca en la vida la había visto cómo algo más que cómo una amiga. Que te quería y que quería estar contigo —veo el horror en su cara.

Le miro fijamente. No sé qué decir.

—¿Y lo entendió? —le pregunto con un hilo de voz.

—Pues no le debió quedar muy claro —dice y parece enfadado —La semana pasada se presentó en la oficina, en mi despacho.

—¿Y?

—Me propuso tener sexo. Ahí mismo, en mi despacho.

Lo miro horrorizada. ¡Maldita perra asquerosa!

—¿Qué hiciste tú?

—Ella vio mi expresión. Vio que no la he deseado nunca. Se lo expliqué por enésima vez. Se disculpó y salió de mi

despacho... No he vuelto a verla ni a hablar con ella desde entonces.

—¿Por qué no me lo contaste? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—No quería preocuparte. Pensaba que no iba a querer venir a la fiesta y esperaba poder evitarte esta situación tan incómoda.

—No te preocupes. Te quiero y nada de lo que diga o haga Amanda va a cambiar eso.

Sonríe y veo el alivio reflejado en su rostro.

—Yo también te quiero. Quiero que lo recuerdes siempre.

Abre mucho los ojos y se me queda mirando durante lo que parece una eternidad. Sonríe y el alivio empieza a iluminar su cara.

—Lo haré.

Llegamos al hotel y veo un tumulto de gente reunida en el hall. Todos se giran a mirarnos en cuanto cruzamos el umbral de la puerta. La vergüenza se apodera de mí. Robert me mira y sonríe guiñándome un ojo. Ha llegado el momento.

Nos dirigimos al salón Luxury dónde va a tener lugar el evento. Una vez dentro veo a los padres de Robert. El señor y la señora Morgan. Nos miran sorprendidos y cuchichean entre sí.

Nos acercamos a saludarlos mientras Robert me tranquiliza en voz baja.

—Tranquila —me susurra—. Estoy aquí, contigo.

Le aprieto fuerte la mano y al momento estoy situada delante de Albert Morgan, uno de los hombres más ricos de Estados Unidos.

—Buenas noches, hijo —le saluda, pero me mira a mí.

—Buenas noches... papá, mamá, quiero presentaros a Sara.

—Por fin te conozco, Sara —me dice su madre tendiendo su mano—. Robert nos ha hablado mucho de ti. ¿Ya estás recuperada?

—Encantada señora Morgan. Sí, estoy muy bien ya.

—Por favor, llámame Bárbara.

—Sara —ahora es el señor Morgan quien habla. —Es un placer conocerte y ver lo bien que te has recuperado.

—Señor Morgan, muchas gracias por todo. Son muy amables.

Sonríe, pero algo en su mirada me hace ver que no está de acuerdo con lo que va a pasar en un rato. Lo veo, ni siquiera me ha pedido que le tutee.

La ronda de saludos y de presentaciones es interminable. Empleados de todas las delegaciones de los Estados Unidos han venido y hay muchísima gente. Veo a Alisson que me saluda tan educada como siempre y a varios ex—compañeros de la delegación de Nueva York. Cuchichean y me miran. Soy muy conciente de que piensan que soy una cazafortunas.



Estoy hablando con Robert cuando noto como le cambia el gesto al ver entrar a alguien en la sala. Me giro y entonces la veo. Muy alta, muy rubia, muy esbelta e impecablemente vestida aparece Amanda del brazo de su orgulloso padre.

Se acercan y puedo notar su penetrante mirada en mí.

—Alfred... Amanda —les saluda Robert—. Quiero presentaros a mi acompañante, Sara.

—Encantado de conocerte, Sara —me saluda educadamente el señor Parker.

Amanda me mira de arriba abajo y arquea una ceja con superioridad desde su más de metro ochenta gracias a los altos tacones. La miro y decido tener más educación que ella.

—Amanda, es un placer conocerte.

—Lo mismo digo —añade con falsedad.

Mientras Robert y el señor Parker hablan Amanda y yo nos desafiamos con la mirada. Le aguanto la mirada a pesar que pienso que en cualquier momento me puedo desmayar de los nervios que estoy pasando.

La velada pasa y yo intento quitarme la vergüenza a base de copas de champán.

De repente Robert alza la voz pidiendo un poco de atención. Se hace un silencio sepulcral en la sala e, inmediatamente todos se acercan.

—Escucharme todos —dice Robert.

Creo que estoy a punto de sufrir un infarto. Aquí estoy, al

lado de Robert Morgan rodeada de cientos de personas que nos miran con curiosidad.

—Gracias por haber venido. Estoy muy feliz de la enorme familia en la que se ha convertido Morgan Communications. Y como os considero parte de mi familia quiero que seáis los primeros en saber lo que tengo que decir.

Baja la mirada hacia mí sonriendo.

—Me llena de felicidad estar aquí con todos vosotros y haceros partícipes de una magnífica noticia. Quiero presentaros a la mujer que he elegido para que sea mi compañera en este viaje que es la vida. La señorita Sara Navarro.

Una calurosa ovación se abre paso.

—Pero eso no es todo... —prosigue misterioso—. Sara. Sé que pensabas que sólo íbamos a comunicar nuestro noviazgo, pero he decidido dar un paso más.

Lo miro confundida ¿Qué quiere decir con eso?

—Sara Navarro —dice hincando una rodilla en el suelo—. Te quiero. Quiero amarte, honrarte y protegerte durante el resto de mi vida. Para siempre. Cásate conmigo. Acepta ser mi amada esposa.

Saca una cajita dorada del bolsillo de su esmoquin y levanta sus enormes y preciosos ojos azules hacia mí. Dentro hay un precioso anillo.

Le miro y parpadeo completamente fascinada y enamorada. Me invade una inmensa emoción y creo que no

voy a poder articular palabra.

—Sí, quiero ser tu esposa.

Él sonrío pletórico y desliza el anillo en mi dedo. Es un precioso diamante sobre un aro de oro blanco. Es exquisitamente perfecto. Como él.

Se levanta y lo beso con todo mi corazón y toda mi alma. Siempre lo he sabido. Desde que lo vi mirándome aquella noche en el Blue Note. Y ahora lo veo claro. Yo soy suya y él es mío. Para siempre.

A pesar de estar aislados en nuestra burbuja puedo oír los vítores y la ronda de aplausos. El asombro de la sala es enorme. Miro de reojo a mis futuros suegros y veo como aplauden desconcertados, pero mantienen las formas. Paseo la vista con cierta ansiedad entre la multitud congregada y localizo a Amanda. Está horrorizada, atónita y puedo percibir el odio en sus ojos. Olvídalo... es mío. Le digo con la mirada.

Gente y más gente se acercan a felicitarnos. Incómoda siendo el centro de atención me sonrojo ante tanta muestra de afecto y cordialidad.

Poco a poco la gente vuelve a sus conversaciones.

—Estás loco —le digo al oído mientras me besa con dulzura en la mejilla.

—Loco por ti.

Me entra una mezcla de risa nerviosa y de felicidad. Todo esto es un sueño que jamás en la vida hubiera imaginado.

—Tengo que ir al baño —le digo.

—Te acompaño.

—No, quédate y ejerce de anfitrión.

—Cómo quieras, futura esposa mía.

Lo miro sonriendo como una boba y me dirijo al baño.

Me miro en el espejo para retocarme los labios y el colorete. Se abre la puerta y Amanda entra con la mirada llena de rabia y de odio. Cierra la puerta con cuidado asegurándose que no hay nadie más en los baños... ¿Qué es lo que quiere?

—Vaya con la mosquita muerta —dice con una sonrisa desdeñosa.

Ligeramente mareada por las copas del carísimo champán, hago acopio de toda la serenidad de la que dispongo.

—Amanda... ¿Quieres algo?

—Te daría mis más sinceras felicitaciones, pero las falsedades no van conmigo.

Y clava en mí sus penetrantes ojos azules, fríos y llenos de odio.

—Pues, para serte sincera, te diré que no las necesito lo más mínimo. Si me disculpas, mi prometido me espera.

Ella arquea una ceja y parece sorprendida.

—No tan deprisa, muerta de hambre —dice cogiéndome por el brazo —Si has pensado por un minuto que el padre de Robert va a aceptar esta boda, si piensas que tú vas a ser la persona idónea para hacer feliz a Robert, estás muy

equivocada.

Tengo que contener las ganas de pegarle un guantazo que tengo. Debo comportarme como una señorita.

—Suéltame —digo en tono firme—. No pensarás que una mujer que se rebaja a la altura del suelo mandando fotografías desnuda, incluso en actitud sexual sería la idónea... ¿Verdad?

Me mira sorprendida por la firmeza y serenidad que estoy mostrando. No sabe que es todo fachada... deseo salir corriendo.

—Estás cometiendo un grave error. —Agita frente a mí un esbelto dedo con una manicura perfecta—. Yo me encargaré de que te arrepientas de estar en la vida de Robert, puedes estar segura, no os dejaré ser felices.

Sale de los baños y yo me quedo completamente bloqueada ¿Qué ha querido decir con eso?

Cuando por fin logro reaccionar salgo al pasillo y por un instante me siento perdida.

Cuando entro en la sala Robert aparece con cara de preocupación.

—Has tardado mucho... —dice con cautela.

—Necesito salir de aquí —contesto en idéntico tono.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con el miedo reflejado en sus preciosos ojos.

—Quiero ir a casa —contesto en voz baja.

—Está bien. Vamos a despedirnos de mis padres —dice

pasando su brazo por mi hombro.

Ya sentados en el coche vuelve a preguntarme qué es lo que me ha sucedido. Yo miro a Eduard nerviosa. No me apetece contárselo delante de su chófer.

—¿Y bien? —insiste.

—Amada ha venido al baño —susurro.

Veo como suspira y me mira nervioso.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que se iba a encargar de que me arrepintiera de estar en tu vida. Que yo no soy suficiente para ti.

Robert se queda estupefacto.

—Hablaré con ella —exclama—. Esto lo voy a solucionar mañana mismo.

Y, aunque me averguenza admitirlo, una parte de mí se alegra del enfado que ha mostrado. Quiero que se aleje de esa bruja y, con su comportamiento le está irritando.

Decido no decir nada más y cambio de conversación.

—Gracias —murmuro.

Me mira extrañado.

—¿Por?

—Por existir...

Me mira y puedo notar en la oscuridad de la noche cómo sonrío.

—No te haces una idea de lo mucho que te quiero —dice mientras me aprieta la mano.

Me da la mano cuando salimos del coche y nos dirigimos

al ascensor. Estoy agotada tras un día repleto de emociones.

—¿Estás cansada? —me pregunta con dulzura.

—Un poco.

—Vete a la cama y acuéstate, tardaré diez minutos en ir.

Asiento y me dirijo al dormitorio, me pongo cómoda y me tumbo mirando el techo esperando que venga.

Los minutos pasan y sigue sin venir. Salgo al pasillo y veo la puerta entreabierta de su despacho, me aproximo y le oigo hablar por teléfono.

—Te lo dije y te lo vuelvo a decir, no te metas en mi vida. Deja en paz a Sara.

Me quedo parada en la puerta y aguzo el oído. Sé que está hablando con Amanda.

—No, escúchame tú. Te lo pedí y ahora te lo advierto. Déjala tranquila. Eres una buena amiga y no quisiera perder tu amistad, pero si continuas con tu comportamiento no me dejarás otra opción que alejarte de mi vida para siempre.

Suena muy enfadado. Quiero irme, pero sigo paralizada al lado de la puerta.

—Eso que dices no es cierto. Lo digo en serio, Amanda, déjala en paz. ¿Me oyes? Espero que te haya quedado claro... Buenas noches.

Cuelga y deja el móvil de golpe en el escritorio sobresaltándome. No sé si llamar a la puerta o volver al dormitorio.

Lo oigo maldecir en voz baja y decido llamar a la puerta.

—Adelante —dice en tono cansado.

—Te echaba de menos —susurro.

Se acerca a mí. Todavía lleva la camisa blanca y los pantalones negros, pero ya no lleva la pajarita que tan bien le quedaba. Es tan guapo que no parece real.

—No voy a permitir que nadie te haga sufrir —murmura.

Se le quiebra la voz y parece realmente triste. ¿Qué le habrá dicho esa bruja endemoniada?

—Teniéndote a ti nada ni nadie me puede hacer sufrir.

Resigo el perfil de su labio inferior y luego bajo los dedos hasta su garganta. Mis dedos llegan al primer botón abrochado y empiezo a desabrocharle la camisa lentamente. Se le acelera la respiración.

Se queda desnudo de cintura para arriba y sonrío satisfecho mientras yo lo miro embobada.

—¿Me vas a desnudar? —pregunta, arqueando una ceja.

—No solo te voy a desnudar... Te voy a follar cómo nunca lo he hecho.

Me mira con los ojos como platos y la boca abierta por el asombro. Yo ya he perdido por completo la vergüenza y el deseo se apodera de mí.

—En el dormitorio. Te quiero en la cama. —Le cojo de la mano, le saco de su despacho y le llevo a su dormitorio.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —susurra.

—Ya te lo he dicho. Te voy a follar cómo nunca lo he hecho.



—Soy todo tuyo —dice con los ojos llenos de deseo.

—Será mejor que te tumbes —le digo cuando logro quitarle los pantalones.

Obedece y se tumba en la cama mientras yo me desnudo delante de él, poco a poco.

Sin apartar sus ojos de los míos, traga saliva y respira agitado.

Subo a horcajadas sobre él y tomo su cara entre las manos, le levanto la cabeza y me inclino a besarle. Me aprieta fuerte contra él y puedo notar su erección. Me desea tanto como yo lo deseo a él.

Hundo mis manos en su pelo y lo devoro con una lengua tan avariciosa como la suya. Me aparto y bajo la mirada a su miembro. Lo cojo y, a un ritmo deliciosamente lento, lo introduzco en mí.

Imprimo mi ritmo y le someto a él.

—Más despacio... O no voy a durar nada.

—Eres mío... —digo en un gemido mientras sigo marcando el ritmo con mis caderas.

—Soy tuyo... —gime cerrando los ojos—. Sara, me corro...

Sonríó porque lo tengo dónde quería. He mandado yo desde el principio.

Aprieto fuerte una vez más... y otra. Noto como mi cuerpo se tensa al alcanzar el orgasmo en torno a él. Le oigo gemir una vez más al alcanzar el orgasmo y me derrumbo

encima de él.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —murmura, y me besa el pelo.

—Y tú lo mejor que me ha pasado a mí —susurro, muerta de sueño.

—Para siempre... —dice apretándome contra su pecho.

—Para siempre...

Me besa el pelo, me rodea con el brazo y me dejo llevar por el sueño.

## CAPITULO 12

Las semanas pasan volando y nosotros seguimos en nuestra burbuja, nada ni nadie nos puede impedir la plena felicidad que sentimos.

Le he sugerido en varias ocasiones que quiero volver a trabajar en la empresa. Él siempre me da largas y me dice que cuando pase la boda. Me quiere al cien por cien sumergida en los preparativos. Decido aparcasr el tema por el momento. Pero en cuanto pase la boda si no me incorporo a Morgan Communications buscaré trabajo en otra empresa. Sé que no lo consentirá y al final claudicará y podré volver a mi antiguo puesto.

Estoy en la cocina cuando le oigo llegar a casa.

—¿Qué tal ha ido el día? —le pregunto mientras me acerco a darle un beso.

—Ahora mucho mejor, señorita Navarro... ¿Y el suyo?

—Ahora mucho mejor también, señor Morgan.

Estamos terminando de cenar el delicioso estofado de pavo cuando suena su móvil. Lo mira y se sorprende al ver que es su padre el que le llama.

—Dime, papá.

Le veo sonreír mientras escucha atentamente lo que sea que le está diciendo su padre.

—Perfecto, el viernes por la tarde cogemos el jet y vamos a Los Ángeles.

¿Vamos? ¿En plural? Desde la fiesta donde me sorprendió con la pedida de mano no he vuelto a ver a sus padres y, para ser sincera, pensar en ir a su casa me impone muchísimo.

—Perfecto, dile a mamá que esté tranquila que este fin de semana lo dejamos todo organizado.

Están hablando de la boda... Eso todavía me pone más nerviosa. Mientras ellos siguen enfrascados en su conversación viene a mi mente la sorpresa, pero a la vez alegría que se llevaron mis padres... Dudo mucho que sus padres se hayan alegrado de la misma manera. Quizás vean en mí a una cazafortunas, o lo que es peor, a una muerta de hambre como me llamó Amanda. Vaya, espero no tener que volver a verla.

Espero pacientemente a que termine de hablar mientras recojo los platos.

—Era mi padre —dice con cautela—. Quieren que el fin de semana vayamos a su casa, a Los Ángeles.

—¿Por los preparativos de la boda? —pregunto.

—Sí, quiero poner la fecha lo antes posible y creo que debemos empezar ya con la organización.

—Me impone mucho ir a tu casa —susurro con timidez.

Me mira con dulzura, alarga la mano y me acaricia la cara.

—Yo estaré contigo todo el tiempo.

—¿De verdad? —le pregunto con un hilo de voz.

—De verdad. No tienes nada de lo que preocuparte.

Se inclina y me besa con dulzura.

—Quiero que seas mía lo antes posible —murmura.

—Ya lo soy —digo señalando el precioso anillo de pedida que llevo en mi dedo anular.

Multitud de emociones cruzan por su rostro, pero ante todas sobresale el amor y una tremenda necesidad de mí. Ahora lo veo.

—Te quiero tanto —musita.

—Yo te quiero más.

—Te deseo... ahora.

Mi vientre se contrae y se tensa ante sus palabras.

—Ven —dice, mientras salimos del salón rumbo a su dormitorio.

El deseo recorre mi cuerpo mientras nos encaminamos por el pasillo.

Abre la puerta del dormitorio y me indica con la mano que pase yo primero. Entro y le veo cerrar la puerta despacio cuando entra tras de mí.

Se acerca sigiloso a mí. Yo estoy de pie, en medio del dormitorio, deseando que me toque, deseando que me haga suya.

Desliza los finísimos tirantes de mi vestido color rosa palo por mis hombros y lo deja caer.

Solo llevo un tanga de encaje blanco. Robert me observa como un depredador observa a su presa. Se quita la camisa y el pantalón y deja a la vista ese cuerpo que tiene. Me mira

y sonrío con una franca expresión de satisfacción carnal.

—Ven —ordena, señalando la cama.

Me tumba y se tumba sobre mí, puedo sentir su maravilloso aroma mientras me besa en el cuello, bajando por mis pechos. Su proximidad resulta embriagadora. Todo él lo resulta.

—Eres irresistible —susurra.

—Te quiero dentro de mí.

Sus caricias me provocan un delicioso estremecimiento que sobresalta mi cuerpo.

Echo la cabeza hacia atrás y gimo. Él pasa los dedos por mi vello púbico, sobre mi sexo.

—Futura señora Morgan —susurra.

Suelto un leve gruñido cuando le noto entrar en mí.

Y por primera vez desde que nos conocemos, hacemos el amor en vez de follar. Y me encanta. Ya no somos dos, ahora somos solo uno.

El viernes apenas logro dormir, en unas horas estaremos en Los Ángeles y yo estoy de los nervios.

Robert me ha dicho que intentará escaparse lo antes posible de la oficina. Así que decido prepararlo todo por la mañana.

Al mediodía me llama y me dice que sobre las cuatro de la tarde pasará con Eduard a recogerme para ir al aeropuerto. Así que me ducho, me maquillo, me peino y me arreglo con esmero. Quiero estar más que presentable para mi llegada al

hogar de los Morgan.

Cuando sale de la oficina me manda un mensaje: «En diez minutos baja».

Cojo la pequeña maleta que he preparado para el fin de semana y decido bajar a esperar que lleguen.

—¿Lista para entrar definitivamente en la familia Morgan?  
—dice cuando una impresionante limusina negra nos lleva camino de su impresionante mansión.

—No, no estoy lista.

Me sonrío maliciosamente.

—Ya hemos llegado —dice mientras coge mi mano con fuerza.

Son casi las ocho de la tarde hora de Los Ángeles cuando la verja de una impresionante mansión de estilo colonial se abre a nuestro paso. Madre mía es como las que salen en las revistas de los famosos.

—¿Preparada? —pregunta mientras aprieta con fuerza mi mano para tranquilizarme—. Yo estoy aquí, contigo.

Asiento con la cabeza, pero lo cierto es que no estoy preparada en absoluto.

Los padres de Robert nos esperan en la puerta. Me alegra haberme arreglado tanto viendo lo elegantes que van ellos.

—Sara, querida, es un placer volver a verte —me saluda su madre un afectuoso abrazo.

—El placer es mío, señora Morgan.

El señor Morgan me tiende la mano, sonriendo, pero

marcando las distancias.

—Señor Morgan, es un placer estar en su casa —digo intentando parecer todo lo correcta y formal que puedo.

—Estás en tu casa —dice y, por primera vez, le veo sonreír de verdad.

Cuando entramos el lujo más majestuoso se abre paso ante mí. El vestíbulo es enorme. Con un precioso mármol blanco en el suelo y una bonita escalera de caracol que lleva a la primera planta.

—Rosa —dice la señora Morgan—. Lleva el equipaje a las habitaciones, nosotros tomaremos el aperitivo en la terraza antes de cenar.

Veo cómo una mujer menuda y rellenita coge nuestras pequeñas maletas de mano y sube a la parte de arriba.

—Hemos esperado para cenar con vosotros —dice el señor Morgan mientras nos conduce a un enorme salón.

Salimos a la terraza y nos sentamos en un bonito porche todo decorado en maderas nobles. La casa está rodeada de una amplia extensión de césped y unos altos y frondosos árboles. Parece el paraíso.

Nos sentamos en una bonita mesa metálica con sus sillas a juego. Al lado, una camarera llena de bebidas hace juego en tonos plata.

—¿Qué os apetece? —pregunta su padre.

—¿Vino tinto? —me pregunta Robert con dulzura.

—Por mí perfecto.



—Marchando dos copas de vino y un par de martinis —dice mientras se pone a servir las copas con soltura.

—Hijo, Sara, llevamos días pensando que debemos empezar a organizar ya la boda... ¿Tenéis pensada una fecha? —pregunta su madre.

—Nos gustaría para principios de septiembre —dice Robert tras beber un trago del delicioso vino.

—Eso es dentro de dos meses. Debemos empezar los preparativos ya —inquire con entusiasmo su madre.

—Hay algo de lo que debemos hablar —dice en tono serio el señor Morgan.

—¿El qué? —pregunta Robert con curiosidad.

—Después de cenar...

La cena es más informal de lo que me pensaba y, por primera vez desde que los conozco, empiezo a sentirme cómoda con mis futuros suegros.

—Rosa, el café lo tomaremos en el sofá —dice su madre.

Nos dirigimos a unos amplios sofás de piel marrón chocolate repletos de cojines de todos los tamaños.

—Bien... —empieza a hablar su padre—. Hay un asunto que debemos aclarar.

—¿Qué pasa? —pregunta Robert y por primera vez veo inquietud en su rostro.

—No es que piense mal de ti Sara, al contrario —dice mirándome serio—. Pero debo proteger mi fortuna y, creo que debes firmar un acuerdo prematrimonial.

Siento que la sangre abandona mi cara y el aire me empieza a faltar. Ni siquiera había pensado en ello. Robert se revuelve incómodo en el sofá y yo lo miro con vergüenza por la situación.

—No —dice escuetamente.

—Robert... —intenta hablar su padre.

—He dicho que no. No voy a discutir esto. Si ella renuncia, renuncio yo también.

Yo no sé dónde meterme y su padre me mira, su madre me mira... ¡Tierra, trágame!

—Robert —digo en un susurro—. Firmaré lo que tú o el señor Morgan queráis que firme.

—¡NO! —grita Robert.

—Debes proteger a la familia... —dice su padre.

—Ya te he dicho lo que haré, si renuncia ella, renuncio yo... elige.

El señor Morgan lo mira y parece contrariado, su madre se ha puesto pálida y ni habla ni se mueve, yo no sé dónde meterme y Robert... él está enfadado, más que enfadado está furioso, muy furioso.

—Está bien —levanta las manos su padre en señal de derrota —, si lo tienes tan claro. Solo espero que esa confianza plena que demuestras tener no nos meta en ningún problema.

—Señor Morgan, yo no soy ninguna cazafortunas. Firmaré con los ojos cerrados lo que me pidan, pero si no

firme nada tiene mi palabra que con lo que he llegado me marcharé.

—De acuerdo. No hay más que hablar —interviene su madre.

—Tema zanjado —me mira Robert con una mirada que dice «olvídalo todo».

—Bueno pues ya tenemos pensada la fecha, nos falta pensar el sitio —dice su madre.

—¿Podemos celebrarla aquí? —pregunta Robert con entusiasmo.

—¡Hijo, eso me encantaría!

El resto del fin de semana pasa rápido. Sé que Robert y su padre han estado hablando largo y tendido encerrados en el despacho. Su padre me trata con cordialidad y educación, pero siempre mantiene las distancias. Sin embargo su madre es un encanto y me trata como si fuera su hija. La empiezo a adorar.

Ya es domingo por la noche y estamos en el ático de Robert. Estamos tumbados en el sofá holgazaneando y yo me encuentro juguetona y mimosa. No hemos hecho nada en casa de sus padres y, unido a la defensa que ha hecho de mi honestidad a capa y espada, hace que le desee y que quiera jugar.

En la tele una comedia romántica intenta distraernos sin lograrlo.

Robert juguetea con mi pelo mientras yo estoy tumbada

en su regazo.

—¿Jugamos? —le pregunto mientras deslizo mi mano hacia su paquete.

—¿Quieres jugar? —me pregunta en tono seductor.

—Sí...

—¿Saco el parchís? —bromea.

Suelto una risita. Se está quedando conmigo.

—Prefiero que saques el vibrador...

Se gira bruscamente a mirarme sorprendido.

—Eres insaciable... ¿Esto es lo que me espera cuando estemos casados? —pregunta ju guetón.

—No... todavía será peor —susurro mientras bajo la cremallera de su pantalón.

Sus ojos azules me miran con pasión y sus labios dibujan una sonrisa arrogante y divertida.

De repente me agarra por las rodillas, después por los tobillos y me empuja de forma que caigo sobre el sofá. Se tumba encima de mí, apretando sus caderas contra las mías. Me coge las manos y me las sujeta por encima de la cabeza.

—¿Esto es lo qué quieres? —dice empujando su sexo contra el mío.

—Sí... —susurro.

¿Así? —jadea cuando empieza a frotarse con más fuerza.

—Sí...

Me besa con autentica pasión mientras me acaricia todo el cuerpo.

—¿Quieres jugar más? —me susurra al oído.

—Sí, por favor.

—Bien... juguemos —dice mientras mete la mano por debajo de mi pantalón.

Me besa mientras sus dedos acarician mi clítoris, excitándome como solo él sabe hacerlo.

—Te deseo —me susurra.

Mis dedos se hunden en su pelo y tiro de su cabeza hacia atrás para atrapar su boca. Él suelta un gruñido. Se aparta y me arranca los pantalones a la vez que se abre la bragueta.

Entra en mi interior a un ritmo deliciosamente lento y eso desencadena mi libido. Sé que lo que él me provoca nadie en la vida podría hacerlo. Ni en esta vida, ni en mil vidas que viviera.

—Te quiero, Sara —me dice en un susurro cuando sale de mí.

—Ni la mitad de lo que yo te quiero a ti —le digo mirando esos ojos que quiero tanto.

## CAPITULO 13

El martes por la mañana debo ir a los talleres de confección de Carolina Herrera para elegir el vestido de novia. Con mi madre y mi futura suegra a miles de kilómetros de Nueva York decido ir sola y confiar en el buen gusto que me dicen que tengo.

Recorro varias manzanas y las tiendas se hacen cada vez más exclusivas. Cuando llego al taller abro la puerta y me encuentro en una preciosa y refinada tienda de vestidos de novia increíblemente bonitos.

El interior es completamente blanco y con tapicería de piel. Tras la barra de recepción hay una chica rubia con un uniforme blanco impoluto. Me mira y sonrío cuando me acerco.

—Buenos días, mi nombre es Kate ¿En qué puedo ayudarla? —me pregunta de forma educada.

—Buenos días, Kate. Mi nombre es Sara Navarro y tenía hora a las diez para ver vestidos de novia y hacer la primera prueba.

Me mira sorprendida y la veo ponerse nerviosa.

—¿Es la prometida de Robert Morgan? —pregunta.

—Sí... —contesto con timidez.

Vaya ella le conoce ¿De qué?

—Es un placer conocerla. Nos sentimos muy halagados de que haya elegido nuestra firma para un día tan especial

—añade vivaz.

—El placer es mío —respondo sonriendo.

—Sígame, por favor —dice saliendo del mostrador.

Nos dirigimos por un pasillo a una especie de trastienda. Bueno, llamarla así es no hacerle justicia ya que es la tienda más lujosa que he visto en mi vida, pero así es como la ha llamado Kate.

Varias modistas cosen sin parar y hay vestidos de novia por todas partes.

—Olga, ven por favor —llama a una chica pelirroja que está colgando un vestido en una barra.

—Dime, Kate —dice al acercarse.

—Ella es Sara Navarro, la prometida del señor Morgan. Debes asesorarla en todo lo que te pida.

—De acuerdo —dice mirándome y sonriendo de forma cortés.

—Señorita Navarro, ella es Olga y va a ser la persona que se encargue de atenderla cómo se merece.

Asiento y, tras sonreírme una vez más, se da la vuelta sobre sus propios pasos y sale de forma elegante.

—¿Hay algún tipo de vestido que le guste de forma especial? ¿Forma? ¿Tejido? —me pregunta mientras nos dirigimos a una barra plateada de la cual cuelgan varios vestidos de forma ordenada.

—La verdad que no. Lo que sí tengo claro es que quiero que sea sencillo.

—Comprendo —dice de forma eficiente mientras saca varios vestidos y los coloca sobre una amplia mesa de cristal.

Los miro con curiosidad y enseguida uno llama mi atención. Me enamoro de él nada más verlo.

Es un sencillo, pero precioso vestido con la parte superior de encaje, lleva los hombros al aire y una pequeña manga de fino encaje cae justo por debajo del hombro; es elegante, pero seductor.

—Es este —digo mientras acaricio embobada el vestido.

—Buena elección —dice Olga—. Es un vestido maravilloso.

—¿Quiere probárselo?

—Sí, por favor.

Nos dirigimos a unos enormes probadores. Olga deja el vestido colgando en una percha y sale cerrando la puerta tras decirme que la llame para que me abroche los botones de la espalda.

Cuando tengo el vestido puesto apenas puedo contener las lágrimas. Estoy increíble y el vestido me queda como un guante. Llamo a Olga que entra diligente a abrochar los botones de la espalda.

—Está preciosa —me dice con admiración—. Este vestido la estaba esperando a usted.

—Es precioso —susurro.

Estoy emocionada. He encontrado el vestido de mis



sueños. Ya solo falta elegir los zapatos y la ropa interior.

Ya que deben meter un poco de cintura y de los bajos decido elegirlos cuando vuelva a hacer la segunda prueba.

Miro la hora. Son cerca de las doce. Robert suele comer a la una, así que, como estoy relativamente cerca y estoy pletórica por haber encontrado el vestido a la primera, decido ir a la oficina a buscarle y comer con él. No le llamo, así espero sorprenderlo.

Cuando entro en la recepción todos me saludan con educación y demasiado entusiasmo para mi gusto.

Incluso James, el chico de recepción, sale apresuradamente del mostrador para llamar al ascensor para mí. Pero... ¿Esto qué es? Tengo manos para apretar un botoncito.

Le doy las gracias y me meto en el ascensor que coge velocidad rápidamente. Cuando llego a su planta veo que no hay nadie. Claro es casi la una y deben haber salido a comer.

Me encamino por el pasillo que lleva a su despacho y veo que Mary, su nueva secretaria, tampoco está. Sin embargo unas voces salen de su despacho. Afino el oído y veo que Robert está hablando con alguien... A medida que me acerco las voces se hacen más claras y puedo reconocer la otra voz... No me lo puedo creer. ¡Es Amanda! ¿Qué narices hace esa bruja aquí?

Me acerco despacio para no hacer ruido. El despacho está entreabierto y puedo verlos. Robert está sentado en su sillón leyendo unos papeles y Amanda está sentada en la mesa

delante de él, con sus piernas cruzadas rozándole. Robert no le presta atención, lee y comenta algo de no sé qué logotipo nuevo. Observo cómo Amanda se agacha y le planta sus pechos en la cara. Sigo observándolos unos minutos. Hablan. Miran papeles.

Al final Amanda, con coquetería, se levanta y puedo ver en toda su esplendor el sugerente vestido rojo que lleva. Más propio de una fiesta de sábado noche que de un martes al mediodía.

—Te invito a comer —le dice Amanda con coquetería.

—No, te lo agradezco, pero tengo cosas que hacer.

—Vamos... hace tiempo que no salimos juntos.

—Ni lo haremos —responde simplemente.

Amanda se retira el pelo del rostro, se acerca a su oído y cuchichea.

—Robert...

—Amanda. ¡Basta ya! —la corta—. ¿Cómo he de decírtelo? No quiero que tengamos nada más que la relación profesional que tenemos gracias a tu padre.

Ya no necesito escuchar más. Entro y cierro la puerta con fuera. Ambos me miran sorprendidos.

Sus caras lo dicen todo. No me esperaban aquí.

—Sara ... —susurra Robert—. ¿Ha ocurrido algo?

Con decisión y chulería madrileña me acerco hasta donde ellos están.

—Hola, mi amor. He salido ahora de la prueba del vestido

de novia y he pensado en invitarte a comer —contesto mientras le planto un beso de película.

—Claro... dame cinco minutos.

—Hola, Sara —dice la zorra de Amanda con una prefabricada sonrisa.

—A mí ni me hables —contesto con voz de enfado.

Robert se levanta del sillón. Prevé problemas.

—Sara... Amanda ha venido a traerme unos papeles que su padre debía firmar. Eso es todo.

—Y a plantarte las tetas en la cara, y a rozarte con sus piernas sentada cómo una fulana encima de tu mesa.

—Pero... ¿Qué dices? —pregunta Robert confundido por mis palabras.

Amanda sonrío. Disfruta ante nuestra pequeña discusión y se siente protagonista.

—Llevo un rato observando tras la puerta. Pareces nuevo ¿No ves cómo se te estaba insinuando todo el rato?

—Sara... —gruñe Robert—. Amanda lo tiene todo muy claro, créeme.

Pero, sin hacerle caso, continúo.

—Si vuelvo a ver que intentas con mi prometido cualquier otra cosa, te juro que lo vas a lamentar. No me intimidas, no me das miedo y no te lo voy a consentir... ¿Entendido?

Me mira y parece sorprendida, no esperaba esas palabras.

—Cristalino, querida.

—Aléjate de Robert, no quisiera tener que decirle a tu padre lo pedazo de zorra que eres.

—¡Sara! —me regaña Robert, incrédulo.

Amanda, humillada, recoge sus cosas y se va.

Robert me mira y parece muy enfadado conmigo, Lo que me faltaba.

—Como tengas la desfachatez de decirme que no te has dado cuenta de cómo esa golfa se te insinuaba, te juro que cojo el primer avión a Madrid.

No responde.

—Me acabas de decepcionar. Esa idiota te estaba poniendo las tetas en la cara, y tú lo estabas permitiendo.

—Te estás pasando, Sara —sisea furioso—. Si, como dices, has estado espionando todo el rato, habrás podido observar cómo me ha dicho de ir a comer juntos y le he dicho que no, que solo iba a tratar con ella por temas laborales.

Su cara de cabreo es un poema. Sé que estoy exagerando, sé que él no le ha dado pie a nada, pero ya no puedo parar. Tengo tantos celos que me muero por dentro.

—Sí, lo he visto, pero tú deberías haber cortado mucho antes el rollo con Amanda.

—No pienso seguir discutiendo —dice con frialdad—. Tengo la conciencia muy tranquila y, gracias a ti, el estómago cerrado así que no voy a ir a comer a ninguna parte. Si me disculpas, tengo mucho trabajo.

Deja de mirarme y se centra en los papeles que tiene sobre la mesa. Pues muy bien, a mí también se me ha quitado el hambre.

Salgo del despacho cerrando la puerta despacio y aguantando las terribles ganas de llorar que tengo. Los celos y las inseguridades me matan.

Entro en casa y me meto en la habitación de invitados. No salgo para nada en el resto de tarde. A las siete de la tarde le oigo llegar. Yo no salgo y él no viene a buscarme. Ninguno de los dos quiere hablar.

Ahora lo veo, me he pasado, y mucho. Es normal que esté furioso. Él la ha rechazado, yo he sido testigo y luego lo he puesto en ridículo delante de ella que, al fin y al cabo, es la hija de su socio. No sé que hacer ni qué decir de lo avergonzada que me siento.

Me despierto sobresaltada y momentáneamente desorientada. Es verdad, estoy en la habitación de invitados. Es la primera vez que duermo aquí. De nuevo la tristeza aflora en mi pecho, pensaba que vendría a buscarme, pensaba que el querer verme sería más fuerte que su enfado. Pero no...

Cuando bajo a la cocina veo a Betty ocupada en la despensa.

—Buenos días, Sara —dice alegremente.

—Buenos días, Betty. ¿Y Robert? —le pregunto.

Su sonrisa desaparece.

—Ya se ha ido.

—¿Tan pronto? —pregunto mirando el reloj. No son ni las ocho de la mañana.

—Sí —hace una pausa—. Sara, no se lo tengas en cuenta. He visto al señor muy triste.

Asiento y ella no dice nada más. Estoy segura de que mi expresión le está mostrando que no quiero hablar de él.

—¿Qué te apetece desayunar? —me pregunta, cambiando de tema.

Ayer no comí nada en todo el día y estoy muerta de hambre.

—Me apetecen tortitas —contesto en voz baja.

—Pues marchando una ración de tortitas con mermelada de fresa —dice mientras saca los ingredientes de la nevera.

Tras comer hasta hartarme decido salir a la terraza a leer. Cojo y dejo el teléfono varias veces dudando llamar a Robert o, por lo menos, mandarle un mensaje.

Al final respiro hondo y decido llamarle.

—Sara —responde con voz fría.

—Hola.

Inspira despacio.

—Hola —dice en voz baja.

—Te eché de menos anoche —susurro melosa.

—No fui yo quien se fue de nuestro dormitorio.

Punto para él... Yo lo he empezado todo haciendo un mundo de nada.

—¿Estás en la oficina?

—Sí, como todas las mañanas.

—Entonces te dejo trabajar.

Ambos nos quedamos callados, pero nos resistimos a colgar.

—Que pases un buen día —dice él por fin.

—Igualmente.

Y cuelga.

Mierda. Miro mi móvil y todavía me siento peor que antes de hablar con él. No sé que esperaba que hiciera. Sí, me pasé y es lógico que esté furioso, pero yo también lo estoy y no sé si el tratarme con esa frialdad es la mejor manera de arreglarlo.

Me acomodo en el sillón y dejo que pase el tiempo, mientras miro al vacío a través de los imponentes rascacielos de la ciudad.

El día pasa tan despacio que parece que el reloj no avanza. Estoy deseando que se hagan las siete, de que llegue a casa y de aclararlo todo. He de pedirle perdón, y es lo que voy a hacer.

Antes de las cinco mi corazón se pone a mil cuando veo que tengo un mensaje de Robert.

«Sara. He de viajar a Portland esta misma tarde. He mandado a Eduard a casa para que coja mi equipaje. Dile a Betty que me prepare muda para un par de días. Estos días nos vendrán bien a ambos para pensar bien lo que

queremos decírnos. Te quiero».

Se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Y ya está? Ni se ha dignado en llamarme, un frío mensaje ha sido su forma de despedirse. ¿Podría estar más deprimida? Lo dudo...

Salgo al salón y le trasmito la orden a Betty que me mira con tristeza.

—¿Qué te apetece cenar? —me pregunta con dulzura.

—No tengo hambre, comeré un yogurt.

Me meto en la cama y aspiro el aroma de la almohada. Huele deliciosamente a él y eso me pone más triste.

Dejo el móvil en la mesita cuando me llega un mensaje suyo.

«Ya estoy en Portland. Hablamos mañana. Que descanses».

Lo leo y suspiro mientras tecleo.

«Gracias por avisarme. Te quiero. Buenas noches».

Me contesta rápidamente.

«Y yo a ti, no sabes cuanto».

Mi ánimo sube de manera considerable. Cuando vuelva ambos estaremos más tranquilos y podremos hablar con calma.

La mañana siguiente madrugo para salir a correr. Me ayuda a pensar y a relajarme. En Portland son tres horas menos, así que Robert debe de estar durmiendo.

Llego a casa, me ducho y Betty ya tiene mi desayuno preparado. Esta mujer vale su peso en oro.

Estoy desayunando el delicioso zumo de naranja recién



hecho y unas tostadas con tomate cuando suena mi móvil. Es un teléfono oculto. Normalmente no suelo cogerlo, pero estando Robert fuera, quizá haya pasado algo y decido no arriesgarme.

—¿Sí? —pregunto.

—Hola, Sara —la voz femenina me resulta familiar—, escucha con atención y sin decir ni una palabra.

Se me eriza el vello. Es la voz de Amanda y resulta del todo escalofriante.

—No tengo nada que hablar contigo —respondo intentando parecer tranquila.

—Ya lo creo que sí... —dice en tono suave. Noto su sonrisa amarga al otro lado—. Tienes una bonita familia.

Noto que no puedo respirar. El mundo deja de girar.

—Ni se te ocurra colgar —dice—. Abre el correo de tu ordenador.

Casi no puedo andar de lo paralizada que estoy, pero me levanto y cojo mi portátil.

Abro el correo y varias imágenes cobran vida. Noto como la sangre abandona mi cuerpo. Son imágenes de mis padres, de mi hermana, de mi cuñado...

—¿Qué has hecho? —susurro intentando contener el miedo.

—Escúchame, muerta de hambre. Y hazlo con atención... ¿Qué es más importante para ti? ¿Robert? ¿O tu familia?. Te lo advertí, no iba a consentir que fuerais felices, si Robert no

es para mí, no lo será para nadie. Así que elige... ¿Robert, o tu familia?

El desprecio y el odio que noto en su voz me impresionan.

—¿Qué quieres? —le pregunto con un hilo de voz.

—Quiero que desaparezcas de la vida de Robert. Que cuando vuelva de su viaje tú ya no estés en su vida y, por supuesto, que a mí no me nombres para nada. Dile que ya no quieres estar con él. Que te vuelves a España... Me importa una mierda lo que te inventes, pero quiero que desaparezcas de su vida y que lo hagas para siempre.

—¿Quién ha hecho esas fotografías a mi familia? —pregunto con el corazón al borde del colapso.

Suelta una risita malévola al otro lado.

—Tengo mucho dinero, querida. He contratado al mejor sicario de Colombia. En estos momentos está en España esperando instrucciones mías. Si no me haces caso, tu hermanita, tus papás pagarán las consecuencias. Y, si no eres una chica lista, y vas con el cuento a Robert o a la policía, para cuando quieran intervenir tu familia estará muerta. Puede que yo vaya a la cárcel, pero tú... ¿Podrás vivir con la muerte de toda tu familia en tu conciencia?

No sé que hacer, no sé que decir... Vuelvo a mirar las fotografías.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Me has entendido?

Se calla y yo intento responder, pero el pánico y el miedo

me atenazan la garganta.

—¡Que si me has entendido! —grita.

—Sí —susurro.

—Una llamada y en media hora están todos muertos.

Doy un respingo.

—Lo haré —gimoteo—. Me iré de la vida de Robert para siempre y no me encontrará.

—Buena chica —dice—, tienes dos horas para abandonar Nueva York. Igual que tengo gente vigilando a tu familia, la tengo vigilándote a ti, no lo olvides.

—Necesito un poco más de tiempo...

La comunicación se corta. Miro el teléfono con la boca abierta, horrorizada. He de centrarme y pensar.

Mi mente repasa todas las posibilidades ¿Decírselo a Robert? ¿Llamar a la policía? No puedo arriesgarme, así que decido seguir las instrucciones.

Compro por internet un billete de avión para cualquier país sudamericano. El avión que sale antes es el que se dirige a La Paz en Bolivia. Lo compro y subo a la habitación a vestirme y a preparar una mochila con algo de ropa. Cojo una libreta y arranco una hoja, le digo que necesito tiempo para pensar, que me marchó y que no intente buscarme. Intento ser cruel y decirle que necesito tiempo porque no sé si le quiero. Las lágrimas brotan por mi cara cuando dejo la nota encima de la cama. Me quito el anillo de pedida y lo dejo encima de la nota. Me siento morir...

Dejo mi móvil y todas las tarjetas que Robert me había facilitado. Tengo los sesenta mil euros que el seguro del coche que me atropelló ingresó en mi cuenta. Si me administro bien y, gastando lo justo, me puede durar bastante.

Salgo de la habitación sin mirar atrás, si lo hago no seré capaz de irme.

—Betty tengo que salir un momento —digo al encontrarla en el vestíbulo.

—Claro, Sara. ¿Va todo bien? —pregunta con expresión preocupada.

—Sí —le digo distraídamente mientras salgo por la puerta.

Ya en la zona de embarque del aeropuerto. Doy rienda suelta a mi rabia, a mi dolor y a mi frustración. Lloro desconsoladamente mientras los otros pasajeros me miran ajenos a mi dolor.

## CAPITULO 14

Ya montada en el avión respiro y me intento tranquilizar. Robert no sale de mi cabeza. Solo de pensar en el dolor que va a sentir hace que el corazón se me parta en dos. No sé que otra cosa podría haber hecho, pero no hay marcha atrás, sin móvil y sin tarjetas de crédito no podrá rastrearne.

Miro por la ventanilla y las lágrimas vuelven a brotar hasta quedarme dormida.

Lo primero que hago al llegar a La Paz es llamar a mis padres desde un teléfono público del aeropuerto. Sé que Robert ya se habrá enterado y lo primero que habrá hecho es ponerse en contacto con mis padres. En efecto, mi madre está llorando histérica, mi padre chillando como un loco al otro lado de la línea. He de mantenerme serena y hacer bien mi papel.

Le explico que necesito tiempo. Que no tengo claros mis sentimientos. Que como no quiero que me localice nadie voy a estar incomunicada. Necesito estar sola y poner en orden mis sentimientos. Les digo que no tengo móvil. Que yo les llamaré una vez por semana para decirles que estoy bien. Que no quiero que hablen con Robert. Que no les voy a decir dónde estoy porque no confío en que me guarden el secreto. Por último me despido diciéndoles que estoy bien y que confíen en mí. Que esto es lo mejor para todos.

Cuelgo antes de que me puedan sonsacar alguna

información. Y, con el corazón roto en mil pedazos, cojo un taxi que me lleve a la pensión Los Rosales, cuya habitación termino de reservar.

La pensión es sencilla y humilde, pero barata. No puedo permitirme el lujo de gastar dinero a lo loco. No sé el tiempo que voy a estar así y me tiene que durar.

Bajo a recepción y pregunto desde dónde puedo conectarme a un ordenador. La mujer bajita y entrada en carnes me indica que al principio de la calle hay un locutorio que alquila ordenadores por minutos. Le doy las gracias y salgo de la pensión cabizbaja. Me he puesto la chaqueta vaquera y está empezando ha refrescar. Solo he cogido un par de vaqueros y un par de camisetas, a parte de la chaqueta. Aquí hace frío y me tendré que comprar algo de ropa.

Llego al locutorio y un chico de no más de quince años me atiende.

—Necesito un ordenador con Internet —le digo.

—Claro... Ponte en el número seis —contesta mientras me mira con curiosidad.

—Gracias...

—¿Española? —pregunta interesado.

—Sí —contesto con una leve sonrisa.

—Me encanta España. Soy del Real Madrid —dice con alegría.

Dibujo una sonrisa mientras me siento en la cochambrosa

silla de delante del ordenador.

Tengo que medir muy bien mis pasos. Sé que si cojo un avión me puede localizar sin problema. Con lo cual he de salir de Bolivia lo antes posible.

Quiero cruzar la frontera con Argentina. Pero no puedo ir en avión. Miro la línea de tren que lleva desde La Paz hasta Villazón-La Quiaca, es una auténtica paliza de viaje. Debo hacer transbordo en tres ocasiones, pero es la manera más segura para poder pasar desapercibida. Saco los billetes para mañana mismo. Quiero llegar a Argentina cuanto antes.

Le pago al simpático muchacho y vuelvo a la pensión.

Antes de las ocho de la mañana me encuentro en la estación de tren. Debo coger el primero que me llevará hasta la ciudad de Cochabamba. Una vez allí deberé coger otro tren que me lleve hasta Trinidad. Ya cruzaré la frontera con Argentina hasta llegar a la ciudad de Córdoba y de allí un nuevo tren me llevará hasta Buenos Aires. Donde debo empezar mi nueva vida. Sola, sin Robert.

El viaje se hace interminable. Estoy agotada física y mentalmente. No hago otra cosa que pensar en Robert. Debe estar ya de vuelta en Nueva York. No puedo dejar de pensar en el dolor que estará sintiendo. Yo llevo cuatro días sin apenas comer, sin apenas dormir..., sin apenas vivir.

Tras dos interminables días llego a Buenos Aires. Se respira el ambiente de una ciudad abierta y acogedora. Me enamoro al instante de ella. Cojo un taxi que me lleva al

barrio de San Telmo. He reservado una habitación en un pequeño hostel.

—Buenas tardes, mi nombre es Violeta —me saluda una agradable y joven mujer con voz dulce—. ¿En qué la puedo ayudar?

—Buenas tardes, mi nombre es Sara Navarro y he llamado desde el aeropuerto para reservar una habitación.

—Ya recuerdo —dice tecleando un ordenador—. ¿Una individual?

—Sí —susurro—. Es para mí sola.

—Pues aquí tiene —dice entregando un aparatoso llavero de madera —tiene la número doce.

—Gracias.

—De nada. En la habitación tiene los horarios de las comidas. Si necesita cualquier cosa. Comuníquenoslo.

—De acuerdo.

—Bienvenida a Buenos Aires —añade con una amplia sonrisa.

—Muchas gracias —intento devolverle la sonrisa.

Subo a la primera planta y me encuentro con una austera y sencilla habitación. Pero está limpia y parece confortable. Me sale muy bien de precio al ser para una larga estancia. Eso es muy importante. No sé el tiempo que tendré que permanecer escondida, pero serán varios meses y el dinero si no te administras bien se acaba pronto.

Pido un sándwich vegetal que como en mi habitación con



desgana. Me tumbo en la cama y, dando rienda suelta a mi desesperación, lloro y lloro hasta quedarme dormida.

Durante una semana paseo por esa bonita ciudad, intento dormir o, por lo menos descansar y pienso. Sobretudo pienso. Tengo que decidir que voy a hacer con mi vida después de Robert. Pero soy incapaz de pensar con claridad. Robert está tan metido en mi mente. En todos y cada uno de los poros de mi piel, en mi corazón y en mi vida que apenas puedo razonar.

Voy al locutorio de la calle Trinidad, cerca de mi hostel. Quedé con mis padres que les llamaría una vez por semana. Y ha llegado el día.

Me armo de valor. Sé que me espera una buena reprimenda. Y con razón... Si pudiera contarles la verdad...

—Dígame —contesta a la segunda señal mi madre de forma acalorada.

—Mamá. Soy Sara...

—¡Sara. Gracias a Dios! —exclama con gran alivio—. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien —miento.

—Hija este comportamiento tuyo nos tiene a todos en un sinvivir. Tu padre y yo estamos a base de tranquilizantes. Tu hermana está fatal de los nervios y Robert... Lo que le has hecho a ese chico no tiene nombre. Nos llamó y como no se creyó que no sabíamos nada de ti se presentó en casa.

Dios mío... Ha volado hasta España para buscarme. El remordimiento aflora en mi pecho.

—¿Y qué hizo cuando vio que no estaba allí? —pregunto alterada.

—Se fue. Se fue y era el reflejo de un hombre desolado —contesta mi madre—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Algún día lo sabréis. Mientras tanto solo os pido que confiéis en mí. Por favor —suplico.

Oigo a mi madre suspirar al otro lado.

—De acuerdo, hija.

—¿Y papá? —pregunto.

—Tu padre está muy disgustado. Dice que hasta que no des la cara cómo las personas normales no quiere hablar contigo —susurra disgustada.

—Lo entiendo perfectamente. Dile que le quiero y que pronto le daré una explicación.

—Está bien, hija...

—Mamá, os quiero mucho a todos..., díselo a papá y a mi hermana. Pronto estaré con vosotros, pero ahora tengo que colgar.

—No entiendo por qué no nos puedes decir dónde estás —protesta.

—No puedo... Mamá, en unos días os vuelvo a llamar... Estoy muy bien, de verdad. Adiós.

—Adiós, hija.

Y cuelgo, cuelgo al notar las primeras lágrimas brotar de

nuevo por mis mejillas. Me escuecen mucho los ojos de tanto llorar.

Respiro hondo, enjugo mis lágrimas y salgo del locutorio rumbo a la pensión. Dónde puedo llorar sin que nadie se percate.

Y así se establece un patrón: despertar, llorar, pasear, intentar comer, pasear, llorar de nuevo, dormir. Bueno, tratar de dormir.

No consigo dormir más de dos horas seguidas y todas las noches sueño con él. No consigo huir de él ni en sueños. Sus preciosos ojos azules, su increíble mirada, sus carnosos labios, todo me persigue.

Me despierto sobresaltada y, una vez más mis ojos se llenan de lágrimas. No comprendo cómo no tengo los ojos secos de tanto llorar.

Me rodeo el cuerpo con los brazos, me abrazo fuerte a mí misma. Le echo tanto de menos. Tanto que verlo en mis sueños me hace daño... Le quiero. Así de simple. Le quiero más que a nada en este mundo.

Intento ser fuerte. Me levanto de la cama y bajo a tomar una café con leche.

Llevo casi tres semanas en Buenos aires. Ya conozco la ciudad como la palma de mi mano. He visitado casi todos los barrios: Palermo, La boca, San Cristóbal, Flores...

Me encanta la ciudad y creo que podría quedarme aquí para siempre... Alejada de todo y de todos.

He comprado un pequeño ordenador con el que estar informada de las noticias del mundo. No pongo mis datos... Tan solo lo uso para ver Google. Allí me martirizo viendo fotografías de Robert. La mayoría son antiguas y, las recientes, siempre son en reuniones o en eventos de la empresa. Miro detenidamente su rostro y, en todas las recientes tiene la misma expresión. Tiene la mirada triste, pero tremendamente enfadada. Nunca había visto su mirada tan fría y carente de sentimientos. Me entristece ser la causa de su pesar.

—Que muchacho más lindo —me sobresalta Violeta que ha venido a mi mesa a servirme un café.

—Tan solo estaba mirando empresas en las que podría buscar trabajo —miento cerrando el ordenador.

—Pues elige en la que trabaje él... yo trabajaría gratis —bromea.

Sonríó mientras remuevo el azúcar de mi café. Ella se vuelve para atender otra mesa.

Violeta y yo somos de la misma edad y nos hemos hecho amigas. Le he mentido en todo menos en el nombre y en la nacionalidad. Me siento fatal por ello ya que ella se ha abierto a mí con total confianza. Pero yo no puedo dejar ningún cabo suelto. Le he dicho que soy abogada y que me he tomado un año sabático para recorrer Sudamérica. Que he nacido en Toledo y que mis padres viven en la costa... Vamos..., ni una verdad.

El tiempo pasa... muy despacio, pero pasa. Sin embargo mi dolor no solo no mengua, sino que cada día que pasa es más fuerte.

## CAPITULO 15

Hace ya dos meses que estoy en Buenos Aires. No hay día que no mire información sobre Robert. Pero apenas hay nada nuevo. No se le ve en fiestas, ni de cenas, ni de galas.

Por primera vez en todo este tiempo me atrevo a buscar a Amanda. Ella es una asidua a cualquier fiesta y suele salir mucho en las páginas de sociedad. Por ello me llama mucho la atención ver que la última información sobre ella es de poco después de mi marcha... Hace mes y medio que no se le ve por ninguna parte... y eso es raro, muy raro.

Mis padres poco a poco se han hecho a la idea de que estoy bien y que cuando vuelva hablaremos largo y tendido. Dicen que no han vuelto a saber de Robert y, aunque por una parte me tranquiliza, por la otra me martiriza la idea de que me haya podido olvidar.

Voy paseando hacia la calle de Los Cármenes. Dónde hay una bonita cafetería con vistas al río de La Plata... ver el suave trasiego del agua me relaja. Estamos a finales de septiembre y me entristece pensar que ya debía de estar casada con Robert. Ya debía ser la señora Morgan...

Algo capta mi atención en el programa de cotilleos que están haciendo en la televisión de la cafetería. De repente el bonito rostro de Robert llena la pantalla y, un aterrador letrero aparece a pie de fotografía: Rico heredero norteamericano muy grave tras tener un accidente de coche.

Mi respiración se detiene. El mundo deja de girar y yo pienso que me voy a desmayar de un momento a otro.

Salgo de la cafetería como alma que lleva el diablo. Me mareo... todo me da vueltas. Sin apenas resuello llego al hostel hecha un mar de lágrimas.

—Diosito... ¿Qué te ocurre, Sara? —sale de la recepción Violeta en cuando me ve.

Respirando con dificultad y sin apenas voz, murmuro:

—He de ir a Nueva York...

—¿A Nueva York? ¿Qué ha ocurrido?

—Es Robert... Es Robert... —es todo lo que logro decir.

—Tranquila. Siéntate. Te voy a preparar una infusión de valeriana y me lo cuentas todo. Yo te ayudaré.

Me tomo la infusión mientras Violeta me sujeta fuerte de la mano. Cuando consigo reponerme un poco. Se lo cuento. Omito todos los detalles. Simplemente le dije que mi ex novio ha tenido un accidente y necesito ir a verle.

Ella me lo arregla todo por Internet. Me saca un billete de avión para mañana por la mañana para volar directamente a Nueva York.

No duermo en toda la noche. Preparo mi pequeña mochila y, sentada en la cama, espero que amanezca.

Ya estoy en el avión rumbo a Nueva York. En este momento me da lo mismo Amanda, sus amenazas y lo que puedan hacer sus sicarios.

Quiero ver a Robert. Necesito verlo y decirle lo mucho

que le quiero.

Sin teléfono, sin los contactos de sus padres o de alguien de la oficina que me pueda dar una información. Vuelo con el corazón en un puño.

Contemplo las nubes que se forman fuera del avión. Estoy anonadada. Oigo vagamente voces que susurran a mi alrededor, pero yo no puedo dejar de mirar por la ventanilla.

Elevo una plegaria silenciosa a Dios. Por favor, que Robert esté bien. Por favor, que Robert esté bien. Necesito aferrarme a algo. Necesito creer.

Las últimas palabras que Robert me dijo acuden a mi mente: Y yo a ti, no sabes cuanto.

Sí, sí que lo sé porque yo también lo quiero a él de la misma manera. De forma incondicional.

Cierro los ojos y rezo en silencio. No sé el tiempo que hacía que no rezaba..., pero era mucho.

Abro los ojos y miro el panel de ruta en la pantalla de delante. Quedan dos horas para que llegue a Nueva York... Dos horas más de incertidumbre.

Cuando llego a Nueva York llamo desde el aeropuerto a Stella. La chica de recepción y la única persona con la que tengo algo de amistad aquí. Llamo a las oficinas Morgan y pido que me pasen con ella.

—Dirección... ¿En qué puedo ayudarle? —responde tan competente como siempre.

—Stella, soy Sara... ¿En qué hospital está Robert? —



pregunto de forma acalorada.

—¿Sara? ¿Eres tú? —pregunta con asombro.

—Sí... por favor. Contéstame.

—Está ingresado en el St Thomas... Sara —dice con un hilo de voz—. La cosa pinta mal.

—Adiós —digo y cuelgo mientras empiezo a correr hacia la salida. Dónde cogeré un taxi que me lleve con mi amor.

Cuando llego al hospital busco el mostrador de información para que me informen de la habitación dónde está ingresado.

La enfermera me mira y dice que está en la quinta planta. Pero que si no soy familia tiene las visitas prohibidas. Yo le explico que soy su prometida. Me mira entre sorprendida y confundida.

—Está en la 508.

—Gracias —murmuro.

Al abrirse el ascensor en la quinta planta, mi corazón retumba por todo mi ser.

Camino deprisa buscando la número 508. Cuando llego veo a uno de los tipos del equipo de seguridad de la empresa. Me mira y parpadea confundido.

—Señorita Navarro...

—Necesito ver a Robert —le indico.

Me mira y parece dudar.

—Tengo orden de no dejar pasar a nadie.

—Por favor..., tengo que verle —le suplico.

—Espere aquí. La señora Morgan está dentro con su hijo. Voy a preguntarle.

—De acuerdo —contesto.

Soy consciente que después de la forma en la que me marché la señora Morgan no me podrá ver ni en pintura. Sin embargo espero poder explicarle el por qué de mis actos.

Estoy pensando en lo qué le voy a decir cuando la veo salir de la habitación con el rostro desencajado. Tiene los ojos rojos e hinchados de llorar y está muy pálida.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con rabia—. Ya le has hecho suficiente daño. ¿No crees?

—Señora Morgan. Le pido, es más, le suplico que me escuche lo que le tengo que contar... Todo tiene una explicación.

—¿Una explicación? —pregunta con resentimiento—. Has humillado a mi hijo. Le has tratado peor que a un perro...

—Amanda... —la interrumpo con un hilo de voz.

Me mira sorprendida y se enjuga unas lágrimas que brotaban por su rostro.

—Necesito contarle una cosa...

—Está bien. Vamos a tomar un té a la cafetería —me dice.

Bajamos a la cafetería y ambas pedimos un té verde.

—Te escucho —dice tras beber un sorbo.

Se lo cuento todo. Sin omitir ningún detalle. Le cuento las amenazas de Amanda. El miedo que sentí por mi familia, por Robert... por todos.

Veo como se va poniendo más y más pálida y me mira con los ojos como platos. Está horrorizada. Lo veo.

—Amanda está ingresada en un hospital psiquiátrico de Boston —dice en tono alarmado.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Desde cuándo?

—Fue al poco de marcharte... No sé muy bien que pasó entre Robert y ella, pero se vio con opciones tras tu marcha e intentó seducir a Robert y, al no conseguirlo, se tomó un frasco de pastillas... Su madre la encontró inconsciente en su habitación. Llamaron a urgencias. Le hicieron un lavado de estómago y en el hospital se dieron cuenta de su fragilidad emocional y aconsejaron ingresarla en un hospital psiquiátrico.

Yo no digo nada; intento reordenar el caos de mi mente... De haberlo sabido...

—¿Por qué no se lo dijiste a Robert? ¿O a mí?

Me encojo de hombros y me miro las manos nerviosa.

—Tenía miedo... Necesitaba tiempo para asimilar todo eso.

—Lamento haber desconfiado de ti —murmura.

—Estabas en todo tu derecho —susurro—. ¿Cómo se encuentra Robert?

—Los médicos no nos garantizan nada —dice

desesperada—. Se chocó de frente con un muro y el golpe fue muy fuerte. Si no llega a ser por el modelo de coche. Hubiera muerto en el acto.

—Necesito verle... —gimoteo.

—Vamos. Quizá oírte le ayude.

Cuando subimos vemos a un médico que sale de la habitación.

—¿Cómo se encuentra, doctor? —susurro.

—¿Son parientes? —pregunta.

—Sí, soy su madre y ella es su prometida —contesta su madre.

—Soy el doctor Crowe. Me temo que seguimos sin novedades. El señor Morgan está estable, pero muy grave.

Creo que me voy a desmayar y me sujeto del brazo del médico que me mira con compasión.

—Las heridas internas son graves, pero mejora poco a poco... Sin embargo, lo que más nos preocupa es el grave traumatismo craneoencefálico que ha sufrido. La resonancia muestra que hay inflamación en el cerebro y, dado su estado, no podemos operarlo... sino bajar la inflamación por sí mismo... Su vida corre peligro. Debemos esperar.

—¿Podemos entrar? —pregunto en un susurro.

—Sí, yo creo que puede ayudarle su presencia —dice mirándome.

—Gracias, doctor.

Cuando entramos me quedo impresionada. Tiene cables

por todas partes. Y hay unas máquinas que no dejan de pitar. Lleva varias vías puestas en los brazos que conectan con unos goteos que cuelgan de una barra. Un monitor marca su ritmo cardiaco. El latido es fuerte y constante. Eso me tranquiliza.

Me acerco a él con los ojos llenos de lágrimas. Me dejo caer en una silla que hay al lado de la cama, coloco la cabeza sobre su mano y lloro desconsoladamente.

Su madre me observa a los pies de la cama.

—Cariño... estoy aquí, contigo —le digo—. No voy a marcharme nunca más. Te quiero y necesito que te recuperes. Debes luchar, mi amor.

—Os dejaré solos —dice su madre cogiendo la chaqueta—. Voy a pasar por su casa y volveré para quedarme a pasar la noche con él.

—No, no vuelvas. Yo me quedaré —le digo.

—¿Seguro?

—Sí, descansa y vuelves mañana.

Asiente. Me da un beso en la mejilla y otro a Robert. Abre la puerta y sale de la habitación.

Hablo y hablo con Robert. Le digo lo mucho que le he echado de menos. Lo mucho que le quiero... No le nombro para nada a Amanda. Todavía recuerdo cuando yo estaba en coma y a veces podía oír... No quiero alterar su recuperación.

Y así... abrazada a su brazo. Caigo agotada y me rindo al

sueño.

Noto una presencia y me despierto sobresaltada. Es el doctor Crowe que ha entrado en la habitación.

—Buenos días —me dice en voz baja.

—Buenos días —contesto confundida—. ¿Qué hora es?

—Son las seis de la mañana. Es pronto, pero quería volver a ver al señor Morgan antes de acabar mi guardia.

—Gracias —le sonrío.

Mira los monitores y toma nota.

—¿Alguna novedad? —le pregunto.

—No, ninguna.

Debe de ver la decepción en mi rostro y añade:

—Pero eso es buena señal... Los primeros días son cruciales y, si no empeora, es una gran noticia.

Asiento y doy gracias a Dios mentalmente.

Al rato llega de nuevo Bárbara. Ha descansado y se ha cambiado de ropa. Vuelve a ser la mujer sofisticada que conocí.

—Buenos días. ¿Qué tal habéis pasado la noche? —me pregunta tras besar a Robert en la frente.

—Bien... Ha pasado el doctor Crowe y dice que sigue igual. Que eso son buenas noticias.

Asiente y me dedica una leve sonrisa. Sin duda es una madre muy preocupada por su hijo. ¡Mi madre! Con los nervios no he hablado con ellos y tengo que contarles lo que ha pasado. No sé si han visto las noticias y al no poder

localizarme estarán de los nervios.

Se lo digo a Bárbara, como insiste en que la llame me presta su teléfono móvil. Salgo al pasillo y me dirijo a una sala de espera para poder hablar sin molestar al resto de pacientes.

Mis padres se habían enterado de todo y estaban desquiciados sin poder hacer nada ni saber dónde buscarme. Tengo que aguantar estoicamente los reproches y el sermón de mis padres, de ambos. Sin embargo la alegría que demuestran cuando les cuento que estoy con Robert no es comparable a nada.

Vuelvo a la habitación y le devuelvo el móvil.

—¿Todo bien, querida? —me pregunta.

—Sí... ya lo he aclarado todo con ellos también.

—Me alegro —dice volviendo la vista a su hijo.

Me siento en el otro lado de la cama y le cojo de la mano.

—Creo que deberías ir a casa a descansar un rato.

—No quiero moverme de aquí —susurro.

—No has comido nada desde ayer y, créeme, una ducha y descansar un rato lo agradecerás.

Dudo que hacer. Pero creo que tiene razón. Así que cojo mi mochila y me voy a casa de Robert para poder ducharme y cambiarme de ropa aunque sea.

El portero me reconoce y me deja pasar sin problema. Cojo el ascensor que me lleva a la última planta. A lo que iba a ser mi hogar para siempre.

Llamo al timbre y Betty abre la puerta al instante. Me mira sorprendida y esboza una amplia sonrisa.

—¡Señorita Sara!

—Hola, Betty.

—La señora Morgan ya me dijo que había vuelto —dice mientras entramos al vestíbulo.

—Sí, he venido por Robert.

El semblante le cambia.

—Es una desgracia... —murmura.

—Lo es...

—¿Ha desayunado? —pregunta mientras se seca una lágrima.

—No.

—Pues marchando un zumo de naranja y unas tostadas —me dice con cariño—. Y, Sara... Quiero que sepa que el señor Morgan se volvió loco el día que se marchó. Nunca lo había visto así. Estaba totalmente fuera de sí.

Más culpa y remordimiento para mi conciencia...

—Todo tiene una explicación —murmuro.

—Estoy segura de ello. Solo necesito decirle que la vida del señor ha sido un infierno estos meses...

—Lo sé...

Cuando termino de desayunar subo a su dormitorio. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Todo sigue igual. Me ducho y con mi suave albornoz rosa que todavía seguía en el baño salgo al que era mi vestidor... Toda mi ropa sigue ahí. Tal



cual la dejé... ¿Por qué no se deshizo de ella?

Me pongo unos vaqueros negros y una bonita blusa blanca. Me siento renovada y decido que quiero volver ya al hospital.

Bajo y Betty está limpiando el polvo en el salón.

—¿Se marcha? —pregunta.

—Sí, quiero volver cuanto antes al hospital.

—Espere, voy a avisar a Eduard que la llevará con el coche.

—Perfecto —añado —Y llámame de tú, ya te lo dije.

—Cómo quieras —dice sonriendo.

Cuando abro la habitación veo a Bárbara leyendo el periódico. Y al otro lado de la cama veo al padre de Robert que me mira con cautela.

—Señor Morgan —susurro con vergüenza.

—Sara... —dice levantándose y viniendo a mi encuentro —. Me alegro mucho de verte. Mi mujer me lo ha contado todo. Eres una persona con principios y cuyo amor a la familia está por encima de todo. Te mereces todo mi respeto.

Y me abraza. Me abraza cuando nunca antes lo había hecho. Yo me aferro a su abrazo y me derrumbo en sus brazos.

—No podía hacer otra cosa —gimoteo en su hombro.

—Lo sé, Sara, lo sé...

Pido a una de las enfermeras que me traiga una maquinilla

de afeitar y espuma. Robert lleva barba de varios días y sé que no le gusta. Siempre va bien afeitado. Con mucho cuidado le afeito poco a poco... La cara del hombre al que quiero vuelve a aparecer. Le sigo hablando, contando cosas... De mi pasado. De nuestro futuro... Le hablo mientras le cojo de la mano. Me hace sentir más cerca de él.

Así pasan los días... Yo apenas me separo de su cama. Y, hoy, por fin, nos han dado buenas noticias. El TAC indica que la inflamación del cerebro está disminuyendo.

—Cariño. El doctor nos ha dado una noticia estupenda. Ya estás mucho mejor. Necesito que luches por despertarte. Por volver a mí... ¿Te acuerdas cuándo eras tú el que me lo pedías a mí? ¿Qué me querías? ¿Qué volviera a tu lado? Pues ahora soy yo la que te lo pide a ti. Vuelve a mí... ¿Lo harás?

—Lo haré... —dice Robert con voz áspera y me aprieta la mano.

Las lágrimas surcan de nuevo mi rostro. Ha vuelto. Mi amor ha vuelto.

—Robert —gimoteo en su pecho.

—No llores —dice en voz baja—. Estoy aquí.

—Gracias a Dios.

No puedo parar de llorar. La habitación se llena de gente. Me indican que debo esperar fuera. Aprovecho y voy a buscar a sus padres a la cafetería. Se vuelven locos de alegría. Robert ha despertado. Por fin.

El doctor Fortbert nos dice que milagrosamente no hay ningún daño cerebral. Que está recuperándose muy bien y que en un par de días podrán darle el alta. Insisto en hablar con él, en darle una explicación de todo lo que ha pasado, pero cuando no están sus padres, entran y salen médicos y cuando no las enfermeras... Nunca estamos a solas.

—En casa, hablaremos en casa —me dice siempre que intento explicarme.

Una amplia comitiva de coches nos dirigimos a casa de Robert desde el hospital. Entre los coches que llevan a sus padres, a nosotros y a los guardaespaldas somos cuatro coches. Entramos en el garaje y aparcan en unas de las numerosas plazas que pertenecen a Robert. Entre Eduard y yo le ayudamos a salir del vehículo. Sus padres bajan también, pero solo a despedirse. Deben volver a Los Ángeles. Saben que conmigo se queda en buenas manos y el señor Morgan debe volver a dirigir la empresa.

—¿Contento de volver a casa? —le pregunto en cuando entramos en su precioso ático.

—Sí, contento porque tú estás en ella.

Lo primero que hace es dar un par de días libres a Betty. Quiere que estemos a solas... Son muchas cosas de las que debemos hablar.

Nos sentamos en el amplio sofá y doy rienda suelta a toda mi desesperación. Lloro abrazada a él que me envuelve con sus brazos.

—Chiss —me susurra Robert, acunando mi cabeza contra su pecho—. Basta ya. No soporto verte llorar.

—Lo siento, Robert. Lo siento mucho todo... Lo que hice, la nota que te dejé...

—Chis, Sara, de verdad. —Me da un beso en la frente—. Lo sé todo. Sé lo que te dijo Amanda, sé que sólo querías proteger a tu familia.

¿Qué? ¿Lo sabe? ¿Cómo? ¿Por qué? Son muchas preguntas y necesito repuestas.

—¿Lo sabes? ¿Cómo es que lo sabes? —le pregunto sin entender nada.

Inspira con fuerza y se yergue en el sofá.

—Cuando llegué a casa y vi la nota... —Me mira y veo en sus ojos dolor—. Pensé que me habías dejado. Que te habías dado cuenta de que no me querías...

—¿Cómo pudiste pensar eso? Pensaba que me conocías mejor —le interrumpo.

—Me cogió por sorpresa, pero tras nuestra pelea de los días anteriores —suena cansado.

—Yo nunca te hubiera abandonado —murmuro.

—Luego lo supe —prosigue—. Me volví loco buscándote. Fui a España para ver si estabas allí y me encontré con que tus padres estaban tan desesperados como yo. Nadie sabía dónde estabas.

Le invito a seguir con la mirada mientras acaricio su mano.

—Volví a Nueva York y estuve varios días encerrado en casa sin ir a la oficina y sin contestar las llamadas. Una tarde se presentó Amanda en casa —suspira—. Yo solo quería emborracharme cada día y poder dormir, y el alcohol era lo único que me relajaba.

—¿Y? —pregunto.

—Ella vino a verme según me dijo preocupada por mí... —Mueve la cabeza contrariado—. Así que la invité a pasar y abrí una botella de vino, y otra más...

Me mira y parece dudar.

—Cuando íbamos por la tercera botella, ella se acercó y me besó —susurra cerrando los ojos.

«Maldita loca del demonio... », grita la voz de mi conciencia mientras yo intento no variar el gesto ante él.

—Ella vio que me apartaba. La rechacé y fue un stock para ella.

—¿Qué pasó? —pregunto en voz baja.

Frunce el ceño y traga saliva.

—Entonces me lo contó todo... Con una rabia que no había visto en nadie jamás. Me dijo que te olvidará. Que ya nunca volvería a verte... Y me lo contó.

—¿Qué hiciste entonces? —le pregunto.

—Me volví loco. La insulté, le dije de todo. La eché de mi casa y le dije que no la quería volver a ver en mi vida. —Está horrorizado, lo veo.

Le miro fijamente. No sé que decir.

—Esa misma noche intentó suicidarse —murmura.

Trago saliva y noto la tensión acumulada en todo mi cuerpo.

—La ingresaron en un hospital y, el resto ya lo sabes.

—¿Y eso es todo? —le pregunto.

—Sí —murmura, pero noto como baja la mirada y parece incómodo.

—¿Qué más pasa? —le pregunto.

Sigue con la cabeza baja para no enfrentarse a mi mirada.

—Mi accidente —dice en voz baja—. Yo lo provoqué. Yo me di de lleno con el muro a propósito.

Se me eriza el vello y me cuesta respirar.

—¿Qué? —logro preguntar.

—Quería dejar de existir. Quería dejar de sufrir. No podía vivir sin ti... Y la desesperación me hizo obrar así.

—Dios mío, Robert. —Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Solo serías tú... Te lo he dicho mil veces —dice abrazado a mí—. Y sin ti la vida se volvió insufrible.

—Te quiero. Te quiero más que a mi vida y más que al mundo entero... por y para siempre. ¿Lo entiendes? —digo.

—Sí..., lo entiendo porque es justo lo que siento yo por ti.

Y así, abrazados y sin volver a hablar permanecemos durante horas.

## CAPITULO 16

La recuperación de Robert cada día es más evidente. Ha recuperado la movilidad y la agilidad en un tiempo record. El médico dice que en parte se debe a lo entrenado que tiene el cuerpo al deporte. Eso hace que se recupere más y mejor.

Robert sigue sin ir a la oficina. Debe de permanecer unos días más en casa. Salimos a dar largos paseos en los cuales hablamos de todo menos de Amanda y del accidente que a punto estuvo de acabar con su vida. No quiero ni pensarlo.

Robert está atento, cariñoso y hablador... Ha intentado varias veces intimar, pero todavía no creo que esté preparado para tener sexo. Me da miedo que pueda hacerse daño.

Ya hace varios días que no le duele la cabeza. Pienso que eso es buena señal y el tiempo que llevo sin sexo comienza a hacer mella en mí. Quizá debería dar yo ahora el primer paso...

Así que mientras él se encuentra en su despacho revisando unos correos que le terminan de llegar. Me ducho y busco algo sexy para bajar a cenar. Quiero provocarlo y eso se me da bastante bien.

Escojo una falda corta, tal vez demasiado y una blusa blanca de seda. Busco un conjunto de ropa interior de encaje blanco y los zapatos de tacón negros. Me maquillo

sutilmente y me cepillo el pelo dejando que se formen unas sugerentes ondas. Sí, le va a encantar.

Bajo las escaleras y me dirijo a su despacho. Toco suavemente a la puerta y me dice que pase. Los ojos casi se le caen de la cara cuando me ve entrar.

—¿Vas a alguna parte? —pregunta burlón.

—A cenar contigo —sonríó dulcemente.

—¿Acaso vamos a salir?

—No necesito tener que salir para ponerme guapa para ti...

Robert me mira fijamente; su boca forma una sonrisa divertida y seductora.

—Me siento halagado —dice.

—Tienes motivos para estarlo...

Salimos a cenar y Betty me dice que estoy preciosa. Me sonrojo.

Nos sentamos en la barra de la cocina y empezamos a degustar la estupenda merluza al horno que ha preparado. Es una ama de llaves increíble.

Al sentarme se me sube más la falda. Casi se ven mis bragas. Cruzo las piernas y noto la intensa mirada de Robert fija en ellas.

—Esta falda es muy corta ¿No? —dice rozando mi piel con un dedo.

—Sí, lo es... ¿No te gusta?

Se le oscurece la mirada.



—Me encanta...

Mientras cenamos no hago otra cosa que provocarlo, con roces sutiles, con miradas provocativas. Lo noto, se está excitando, y mucho.

—¿Vamos a la habitación? —pregunta.

—¿Ya tienes sueño? —bromeo.

—Muchísimo —dice entornando los ojos azul cielo que tiene.

Subimos y se desnuda despacio. Cuando voy a desnudarme yo me exige que me deje puestos los zapatos. Solo los zapatos.

El deseo explota en mi cuerpo... por fin.

Le observo desnudo. Oh, Dios, cómo deseo a este hombre. Ha pasado tanto tiempo...

—Te necesito —me susurra en cuanto me tiene desnuda encima de él.

Su boca busca la mía y nuestros labios se unen.

—He echado de menos esto —susurro mientras me besa en el cuello.

—Yo también —murmura con su boca pegada a mi cuello.

Baja la cabeza y me besa los pechos. Succionando mis pezones. Yo gimo y me retuerzo en sus brazos.

—Ha pasado tanto tiempo —gruño en sus brazos.

—No me vuelvas a dejar nunca —implora.

—Nunca —contesto.

Mi lengua desciende acariciándole el esternón... Huele tan bien... Sabe tan bien. Noto que me agarra las caderas, y mis dedos se detienen sobre su pecho mientras le miro.

Me agarra la cintura y me levanta. Me baja de nuevo y ya lo siento en mi interior.

—Que mojada estás —dice con deseo.

—Es por ti...

—Ah... —gime cerrando los ojos mientras yo me muevo sobre él.

Abro los ojos. Sus ojos azules me miran lascivos. Me muevo haciendo círculos con las caderas...

—Oh, Sara —gime con los ojos cerrados.

Y noto como ambos nos vamos acercando... cada vez más.

Ambos alcanzamos el orgasmo a la vez. Con nuestros cuerpos fusionados una vez más.

Me abraza contra su pecho y me acaricia la cabeza. Cierro los ojos y saboreo la sensación de estar en sus brazos completamente saciada de él.

—Esto ha sido... —susurra.

—No me lo digas, increíble —digo recordando esa frases que usemos en nuestro primer encuentro.

Levanto la cabeza. Está sonriendo.

—Bendito Blue Note —dice.

—Bendito viaje a Nueva York. —Mi sonrisa es el reflejo de la suya.

—Para siempre... —suplica con la mirada.

—Para siempre —afirmo rotunda.

Y así, dos cuerpos y mentes unidos en uno. Nos dejamos vencer por el sueño.

Ya han pasado varias semanas desde la vuelta a casa de Robert y mañana vuelve a ir a trabajar.

—Mañana vuelta a la realidad —le digo intentando mantener a raya la melancolía de mi voz.

Robert suspira y me mira con ternura.

—No sé si estoy preparado para no verte las veinticuatro horas del día.

—Yo tampoco —susurro.

—Vamos a aprovechar nuestra última noche de libertad. Me coge de la mano y tira de mí para llevarme hasta el dormitorio... Sonrío. Eso significa sexo.

A la mañana siguiente, Robert se viste mientras yo continuo en la cama. Ya vuelve a ser el ejecutivo poderoso que dirige una empresa. Está guapísimo con su traje azul marino, camisa blanca y corbata a juego.

Se acerca y me da un beso.

—Te voy a echar de menos —le digo.

—Yo también —sonríe —Luego hablamos.

Lo veo salir con ese porte que tiene que le hace parecer majestuoso. Me pongo de lado y me vuelvo a dormir.

Estoy haciendo algo de ejercicio en el pequeño gimnasio del ático cuando me entra un mensaje.

«Te echo de menos. A ti y a tu cuerpo... Luego, tú y yo...

».

Pulso el botón de responder inmediatamente.

«Esperaré ansiosa tu regreso».

Vuelve a entrar uno nuevo.

«Te quiero».

Sonrío y siento que floto de nuevo.

«Y yo a ti».

La vida nos ha dado una nueva oportunidad y no pienso desaprovecharla... Pero, sin querer, Amanda viene a mi mente. ¿Qué estará haciendo? ¿Seguirá obsesionada con Robert?

Estamos a principios de octubre y el otoño se deja sentir en el aire... En dos semanas es el cumpleaños de Robert y decido hacerle una fiesta sorpresa. En complot con su madre y ya que yo solo conozco a un par de sus amigos, ambas organizamos el cumpleaños sorpresa.

Llamo a mis padres, a mi hermana y mi cuñado, mientras que Bárbara en encarga de llamar a varios familiares que yo no conozco y a sus amigos. Cumple treinta años, pero para mi es el primero de los muchos que espero pasar a su lado.

Mi familia no se lo piensa y me dicen que no faltarán... Reservan los billetes para un par de días antes y, como Robert no puede saber nada, les reservo habitación en un hotel cercano a casa. Me hace tanta ilusión que vengan que no sé si voy a poder disimular.

Una vez organizado todo quedamos con Alisson que ella se encargará de entretener a Robert en la oficina y de informarnos de cuando esté de camino a casa. Decido que Alisson también debe venir... Todavía recuerdo lo bien que me trató desde el primer momento... Y así, emocionada y ansiosa, espero que llegue el diecinueve de Octubre.

Falta menos de una semana y mis padres llegarán en tres días... Tengo muchísimas ganas de verlos y abrazarlos. Aprovecharemos que Robert se pasa el día en la oficina para hacer turismo y enseñarles la ciudad. Lo estoy deseando.

Estamos tumbados en la cama. Robert está trabajando con el portátil y yo estoy leyendo un libro: Es un drama y el protagonista ha intentado suicidarse despechado por el amor de una mujer. Me entran escalofríos al leerlo. Me hace recordar lo que pasó. Cierro el libro, lo dejo en la mesita de noche y me abrazo con fuerza a su pecho. Le pilla tan desprevenido que por poco se le cae el portátil.

Me devuelve el abrazo y me besa en el pelo con ternura.

—¿Qué ocurre? —pregunta con dulzura.

—Te quiero tanto... —respondo con un hilo de voz.

Le noto sonreír y abrazarme con más fuerza.

—Y yo a ti, tú eres mi mundo, mi vida. —Su tono es suave y cautivador.

No quiero recordar lo que pasó. No quiero resucitar los fantasmas. Pero he de hacerlo, no puedo quedarme con la duda. Me armo de valor.

—¿Por qué lo hiciste, Robert?

Se pone tenso y se remueve nervioso.

—¿El qué? —finge no saber de lo que habló.

—El accidente... —susurro.

Me aparto y noto como me mira nervioso.

—Ya te lo dije. No quería vivir sin ti —murmura.

—Pero... ¿Por qué?

Me mira... me mira y parpadea entre nervioso y confundido.

—Te fuiste de mi lado y me enseñaste muchas cosas. Me enseñaste como se siente morir y seguir viviendo.

Dios mío... Mi corazón palpita con fuerza mientras mis ojos se llenan de lágrimas... Si esto no es una declaración de amor. ¿Qué es?

—No llores —me seca las lágrimas a besos—, eso ya pasó. Estás aquí, conmigo. Es todo lo que necesito.

—No me iré... Nunca lo haré —lloriqueo en su cuello.

Alzo la mirada y veo sus azules y brillantes ojos mirándome. Tiene una expresión seria, sincera.

—Nunca había sentido lo que sentí cuando te marchaste. Sara.

Afirma con tristeza.

—No volverás a sentirte así. Lo prometo —sonrío intentando animarlo.

Decido cambiar de conversación.

—Faltan cuatro días para tu cumpleaños —digo con

alegría.

—Sí, mi primer cumpleaños junto a ti —susurra.

—El primero de muchos —exclamo.

—Me apetece celebrarlo aquí, en casa, tú y yo solos —dice

—. Ya iremos otro día a celebrarlo con mi familia a Los Ángeles.

Sonrío. No tiene ni idea de lo que le espera.

—Me parece perfecto —murmuro.

Abro los ojos y veo a Amanda en el umbral de la puerta. Nos mira con los ojos llenos de odio y se acerca sigilosa. Intento despertar a Robert, pero no lo consigo. Se acerca cada vez más y veo que lleva un cuchillo enorme en la mano.

Sonríe despacio, con una mueca diabólica que se extiende por toda su cara, y es tan escalofriante que me pongo a chillar.

—¡Sara, despierta!

Robert me zarandea para que despierte.

Abro los ojos desorientada... Estoy en casa... en la cama con Robert.

—Estabas teniendo una pesadilla —me dice.

—Amanda —murmuro—. He soñado con Amanda.

Robert suspira y me abraza con fuerza.

—Todo está bien. Ella ya no puede hacerte daño.

Ya ha llegado el lunes dieciséis de octubre. Mis padres llegan a las once de la mañana del vuelo procedente de Madrid.

Cojo mi Audi, que todavía Robert guardaba en su garaje para mí, y voy a recogerlos. Los espero en la Terminal 1 y noto mi corazón palpar de emoción.

Cuando los veo salir por la puerta de llegadas apenas me puedo contener. Corro hacia ellos. Les abrazo. Les beso. Lloro. Río... Y lo mismo me pasa cuando veo a mi hermana y a mi cuñado.

—Gracias por venir —consigo decir encantada de que hayan hecho el esfuerzo de venir a celebrarlo conmigo.

—Ese hombre se merecen no solo seis horas de vuelo. Hasta veinte me estaría por él —bromea mi padre.

Yo me río.

Observo divertida lo mucho que están disfrutando de mi visita guiada. Todo les encanta y mi padre ya se ha comido tres perritos calientes. El día pasa volando. He de volver a casa si no quiero que Robert sospeche nada si llega antes que yo. Así que los dejo en su hotel y me vuelvo a casa.

El día del cumpleaños de Robert llega al fin. Él no sospecha nada y todos hemos sabido disimular muy bien. Sus padres ya se encuentran en Nueva York, pero Robert se piensa que están en Los Ángeles y que el fin de semana iremos nosotros allí. Mis padres continúan en el hotel y durante el día he estado con ellos. Todo está saliendo según lo previsto.

El jueves diecinueve me pongo el despertador a las cinco y media de la mañana. Una hora antes de que le suene a él.



Bajo a la cocina y le preparo un pastel de nata y chocolate. Preparo zumo y café, y preparo la mesa decorada con todo lujo de detalles.

Me siento y espero nerviosa que se haga la hora. Sé que bajará a buscarme en cuanto se despierte y vea que no estoy en la cama.

Al rato le oigo bajar por la escalera. Lo tengo todo preparado y enciendo la solitaria vela color plata de su pastel.

Me mira sorprendido y me dedica una sonrisa vergonzosa mientras yo le canto <Cumpleaños feliz>. Me alcanza y, cerrando los ojos, sopla la vela.

—He pedido un deseo —dice cuando vuelve a abrirlos.

—Pues no lo digas en alto que no se cumplirá.

—Eres el mejor regalo del mundo —murmura.

—Eso es porque no has probado el pastel —le digo bromeando.

—Deseando estoy...

Corto una porción para cada uno. La mía mucho más pequeña. No tengo hambre a estas horas de la mañana.

—Mmm —dice masticando con satisfacción—. Esto está buenísimo.

Yo me echo a reír, aliviada... Le gusta y eso que la cocina no es mi fuerte.

Cuando terminamos de desayunar me mira y sonrío con picardía... Conozco esa mirada... Algo esta tramando. Me

carga sobre su hombro y sube las escaleras.

—¡Robert! —susurro, consciente de que no son ni las siete de la mañana.

—Hora de ducharse —declara triunfante.

Llegamos al dormitorio y me baja con cuidado. Me quita la suave bata de seda y el fino camisón blanco.

—Dúchate conmigo —dice mientras me besa por todo el cuerpo.

—Tus deseos son órdenes para mí... pero solo porque es tu cumpleaños —jadeo ya entre sus brazos.

Veo como se pone serio, sus ojos brillan. Coge mi cara y acerca mis labios a su boca. Estamos ya desnudos, bajo la cascada de agua y todo lo que quiero es sentirlo dentro de mí.

Me empuja contra la pared mientras nos besamos salvajemente. Me aparta el pelo mojado del cuello y pasa la lengua desde el nacimiento del pelo hasta los pechos. Yo gimo y me aferro a sus brazos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —murmura.

Yo devoro su boca, su cuello mientras él presiona su erección contra mi cuerpo.

—Te deseo —gimoteo.

Él responde con una sensual media sonrisa.

De pronto sus manos se deslizan por mi cuerpo hasta llegar a mi sexo. Explorándolo, excitándolo.

Desliza sus manos hasta mi trasero y me levanta. Me

sujeto entre la pared y su cuerpo. Agarrada a su cuello como una lapa.

Sus labios se apoderan de mi boca y empieza a moverse... Cómo solo él sabe hacerlo. Mi cuerpo se arquea y se rinde a él... Ya volvemos a ser uno. Dos cuerpos fundidos en uno. Para siempre...

## CAPITULO 17

En cuanto Robert se marcha a trabajar empiezo los preparativos. Llegan mis padres, mi hermana, Bárbara... Incluso Betty está de los nervios preparándolo todo.

El padre de Robert está en una reunión y vendrá justo a tiempo para la fiesta, pero somos muchas personas organizándolo todo.

El servicio de catering lo deja todo preparado mientras nosotros nos encargamos de la decoración. Es una decoración sutil y elegante... Sé que le encantará.

Los primeros invitados comienzan a llegar... Casi todos amigos de Robert. Llegan también su tío Tom y su tía Beatrice. Hermana de su madre. Junto a ellos sus primos Benjamín y Millie... En total ya somos más de 30 personas.

Allison me llama. Robert termina de salir de la oficina. Nos quedan quince minutos.

Suena el timbre y veo entrar al señor Morgan... Menos mal que ha llegado a tiempo.

Estoy atacada de los nervios. Me he puesto un vestido de cóctel verde esmeralda. Unos zapatos dorados a juego con el cinturón y el pelo suelto cómo tanto le gusta a Robert.

Apagamos todas las luces y esperamos en silencio cuando oímos la puerta y unos pasos entrar al vestíbulo.

—¿Sara? —pregunta desde la entrada.

Llega al salón y enciende la luz.

—¡SORPRESA! —chillamos todos a la vez.

Nos mira con los ojos cómo platos y totalmente atónito. Parpadea confundido y no es capaz de reaccionar. Me acerco hasta él.

—Ha venido toda la gente que te quiere para darte una sorpresa —le digo tras darle un suave beso de bienvenida.

—Hola a todos —logra articular palabra—. No me lo esperaba. No sé que decir.

—Pues no digas nada y disfruta de tu día. —Se acerca a abrazarle Jimmy, su mejor amigo.

—Muchas gracias a todos por venir. Debo decir que esperaba una velada tranquila con mi chica. Pero tengo que reconocer que esto ha sido una sorpresa muy agradable.

La fiesta es un éxito. Mis padres y los suyos han congeniado y todo el mundo parece pasarlo bien. La comida del catering está deliciosa y todo ha salido de maravilla.

Estoy hablando animosamente con Alisson cuando Robert intenta captar la atención de la sala.

—Escucharme todos —dice con entusiasmo.

Todos le rodeamos y prestamos atención.

—He pasado unos días difíciles. —Hace un gesto hacia mí—. Bueno, Sara y yo los hemos pasado. Momentos que duelen tanto que no quiero ni recordarlos. Pero todo eso pasó. Soy feliz. Muy feliz junto a la mujer que ha dado sentido a mi vida.

Me mira sonriendo mientras yo me pongo roja como un

tomate.

—Sara, acércate. Por favor —me dice.

Me sitúo junto a él.

—Hace ya algún tiempo te pedí que te casarás conmigo. Y hoy, junto a las personas que de verdad me importan —dice sacando una cajita dorada que reconozco al instante: Es el anillo de compromiso que me regaló—. Te lo vuelvo a pedir... Sara, este anillo es el anillo de las segundas oportunidades. Y quiero que aceptes por segunda vez mi proposición. Cásate conmigo. Fundemos un hogar los dos juntos y dejemos que la vida nos deje envejecer tan unidos y enamorados cómo lo estamos ahora.

Se oye un «OHHHHHHH» general y yo me muero de amor.

—Esta es nuestra segunda oportunidad —musito nerviosa y con la voz tomada de la emoción que siento—. Sí, quiero ser tu esposa y envejecer a tu lado.

Coge la caja y la abre, vacilante. Dentro resplandece el anillo tan bien conozco ya.

Él sonríe, pletórico, y desliza el anillo en mi dedo.

Le abrazo mientras toda la sala aplaude y nos vitorea. Me besa y me envuelve en sus brazos. Hemos luchado mucho para poder estar juntos. Ha sido un camino difícil, pero estamos hechos el uno para el otro. Estamos predestinados.

El domingo vamos al aeropuerto a despedir a mi familia que vuelve a España. La melancolía me atrapa y lloro cómo una niña abrazada a ellos. Los voy a echar tanto de menos...

Hemos quedado que pasaremos Nochebuena y Navidad en Los Ángeles con sus padres, y Nochevieja y Año Nuevo con los míos. Eso me anima... No falta tanto para que los vuelva a ver.

De vuelta a casa Robert me nota triste e intenta animarme. Decide llevarme a cenar al

Le Bernardin. Una famosa marisquería francesa que sabe que me encanta.

El camarero nos reconoce al instante.

—Buenas noches, señor Morgan... Señorita —dice volviendo la vista hacia mí—. ¿La mesa de siempre?

—Sí, Pierre. Muchas gracias —dice Robert con una amplia sonrisa.

—Sígueme.

—¿Qué les apetece beber?

Miro a Robert que me observa expectante.

—¿Vino? —le pregunto.

Asiente con la cabeza sonriendo.

—Pierre una botella del mejor vino blanco que tengas.

—Enseguida, señor.

Degustamos el delicioso vino blanco y comemos una enorme mariscada. Si su intención era animarme. Lo ha conseguido sin ninguna duda.

La copa se me vacía con facilidad. Robert apenas ha bebido dos copas y yo me he bebido toda la botella. Me siento achispada, y con ello cariñosa. Demasiado cariñosa

para estar en público.

—¿Quieres algo de postre? —me pregunta.

—Mi postre eres tú —contesto envalentonada por la bebida.

Me mira sorprendido y se empieza a reír...

—Pierre. La cuenta, por favor —dice captando su atención con la mano—. Miedo me das... —me susurra al oído.

Nos dirigimos al parking y no puedo dejar de besarlo. Estoy mucho más que excitada.

—Cómo sigas así no lograremos llegar al coche —murmura mucho más sereno que yo.

—Te deseo... —le digo mientras besuqueo su cuello.

—Voy a tener que darte de beber vino todas las noches —bromea.

Entramos en el coche y él intenta ponerlo en marcha. Lo paro y quito las llaves del motor.

—Bésame —jadeo.

Sonríe, se inclina sobre mí y pone su boca sobre la mía. Su lengua me invade la boca y despierta la fiera que llevo dentro.

—¿Aquí? —gruñe en mi cuello.

—Sí, aquí —susurro junto a sus labios.

—Estamos en un parking público, Sara. Nos pueden ver. Pego un vistazo rápido y no veo a nadie.

—Es domingo por la noche. El parking está vacío —le



provoco mientras acaricio su paquete.

Me mira con los ojos llenos de deseo, pero parece dudar.

—Fóllame —le digo.

Al oír mis palabras se abalanza sobre mí.

Me agarra la nuca con la mano y su boca cubre la mía una vez más. Con la otra mano me acaricia el cuerpo hasta llegar al culo.

—Cómo me gusta que lleves vestido —dice mientras mete la mano por debajo de mi vestido negro para acariciarme el muslo.

Me revuelvo en su regazo y me rozo contra su cuerpo.

—Espero que no le tengas mucho cariño a tu ropa interior —dice mientras oigo cómo la rasga.

—Por favor... —le suplico.

Mete dos dedos en mi interior.

—Vaya... ya estás preparada para mí —susurra excitado.

Me sonrío con picardía y me coloca sobre su regazo. Abriendo mis piernas y colocándolas a cada lado de las suyas. Me rodea la cintura con un brazo. Después me penetra con un solo movimiento rápido.

Sube su mano hasta mi garganta, me empuja la cabeza hacia atrás y me obliga a girarla para poder besarme en la boca. Con la otra mano me agarra la cadera y empezamos a movernos con fuerza. Follándonos el uno al otro.

Él gime, yo gimo. Ambos somos un mar de sensaciones.

—Sí... —susurra Robert en mi oído—. Dámelo.

Cierro los ojos y me abandono al orgasmo.

—Joder... —le oigo gruñir cuando se corre en mi interior.

El martes por la mañana tengo cita en la tienda de Carolina Herrera. Espero y deseo que conserven mi vestido de novia. O, por lo menos que me puedan confeccionar uno igual.

Llego y me alegra ver que está la misma chica que me atendió la primera vez. Parece un poco confundida de volver a verme.

Como me temía mi vestido ya no está, pero tengo la suerte de que sea un modelo reciente y siga confeccionándose. Elijo el mismo modelo. Igual no es buena idea, pero no soy supersticiosa y es un vestido que me encanta.

Hemos elegido el mes de Mayo para la boda. Es un mes precioso y ya hará buena temperatura. Así que tenemos tiempo para organizarlo todo. Sin embargo me consta que Bárbara ya está mirando servicios de catering, centros de flores y todo lo relacionado con la decoración. El lugar elegido es la mansión de los Morgan en Los Ángeles. Tiene un terrero magnifico y quedará genial la carpa nupcial.

Vuelvo a casa caminando. Me meto en Central Park y paseo mientras dejo que mis pensamientos vuelen. La verdad es que me aburro bastante y necesito volver a trabajar ya.

Está tarde se lo volveré a proponer. Todavía falta mucho para la boda y me niego a estar mano sobre mano, día tras día.

Cuando llega de trabajar lo estoy esperando mientras hago un Skype con mi hermana. Llega y me saluda con un casto beso. Luego saluda a Noelia a través de la pantalla. Me dice que sube a ponerse cómodo y baja a cenar.

—No puedo creer la suerte que has tenido —dice Noelia cuando lo ve alejarse—. Pero... ¿Has visto lo bueno que está?

Me empiezo a reír mientras oigo a mi cuñado decir desde otra habitación: ¡Te he oído!

—Sí, lo sé... Recuerda que lo veo desnudo todos los días —contesto entre risas.

—No me extraña que tenga a todas locas —dice Noelia.

No puedo evitar que esa frase haga mella en mí... Locas, nunca mejor dicho...

Noelia se da cuenta de lo inoportuna de la frase y no sabe dónde meterse.

—Lo siento, Sara... No quería decir eso —se disculpa.

—Tranquila. Lo sé... No importa —le digo.

—Bueno que sepas que tengo un montón de ganas de que vengáis a Madrid. Hay que llevar al guiri de mi cuñado de tapas.

—Créeme, estoy contando los días que faltan —contesto con entusiasmo.

—Bueno. Me voy a dormir, peque. Aquí es muy tarde —  
me dice poniendo morritos.

—Vale. Ya hablamos teta —contesto.

—Te quiero. Cuídate —se despide.

—Ídem.

No lo puedo evitar, cada vez que hablo con mi familia me invade la melancolía. Robert lo sabe y siempre me mima y me cuida. Me malcría en exceso.

Estamos cenando cuando decido sacar el tema del trabajo.

—Creía que ya lo habíamos hablado —responde cuando vuelvo a sacar el tema—. Cuando pase la boda lo miramos.

—Robert me aburro como una ostra todo el día en casa. Necesito sentirme útil. Necesito volver a trabajar.

—El puesto de mi secretaria está cubierto. No me parece justo tener que cambiarla de puesto para ponerte a ti —me reprende con la mirada.

—Pues en otro sitio. Me da igual el puesto —contesto molesta.

—Está bien —suspira—. Lo vemos a la vuelta de Vancouver.

—¿Vancouver? —pregunto sin saber de qué habla.

—Sí. La semana que viene nos vamos a Vancouver a la inauguración de una delegación.

—¿Yo también voy? —pregunto entusiasmada.

—Por supuesto... Quiero presumir de prometida —  
añade con orgullo.

Esa noticia me pone más que feliz. Estoy deseando hacer algo diferente. Algo que tenga que ver con la empresa. Y esto lo es.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunto.

—El lunes por la mañana —contesta.

Faltan cinco días... decido centrarme en ese viaje para distraerme. Vamos a estar tres días. Tendremos varias comidas y varias cenas y he de preparar todo lo que me tengo que llevar. Sin duda preparar tanto protocolo requiere tiempo... Y si hay algo que tengo, y mucho, es tiempo.

Cuando llega el lunes estoy más que emocionada ante nuestro inminente viaje. Vamos en el jet de la empresa. Lo había olvidado, mi futuro marido tiene un avión privado.

Eduard nos lleva en el coche hasta la pista de despegue dónde nos espera el jet. Es un día frío y gris en Nueva York, pero me niego a dejar que el tiempo estropee mi buen humor.

Cuando entramos en el avión veo al mismo piloto y a la misma azafata que ya conocía de la vez que fuimos a Chile y cuando me trajeron de Madrid tras mi accidente.

—Por favor. Tomen asiento —nos dice la azafata, tan eficiente como guapa.

Tomamos asiento y la voz del comandante resuena a través de los altavoces.

—Señor Morgan. Listos para comenzar la maniobra de

despegue.

La azafata se acerca contoneando su magnífico cuerpo de gimnasio.

—¿Les apetece un café, un zumo, el periódico? —nos pregunta con voz melosa mientras mira a mi futuro marido.

—¿Quieres algo? —me pregunta Robert.

—No, no quiero nada —contesto y me doy cuenta que esa mujer me hace sentir incómoda.

Asiente sonriendo y se vuelve sobre sus pasos para ocupar su asiento.

—¿Nerviosa? —me pregunta al verme seria por la dichosa azafata toda sonrisas y caída de pestañas.

—Un poco —miento.

—Venga, Vancouver te va a encantar —dice con voz cariñosa.

La azafata nos explica las instrucciones de seguridad del avión con voz clara. Procuero mirarla lo justo. No sé por qué, pero no me gusta.

El avión acelera y yo le aprieto la mano a Robert. Él me besa en el pelo. Eso me calma.

Aterrizamos a las 11:45, hora local. Por la ventanilla veo un mercedes negro con los cristales tintados... Sé que es para nosotros.

—Disfruten del viaje —nos dicen el comandante y el primer oficial—. Nos vemos en tres días, señor ,Morgan.

—Muchas gracias —contesta Robert—. Ha sido un viaje

muy tranquilo.

—Gracias señor.

El chofer que se presenta como Simon se acerca para cargar el equipaje.

—¿Contenta? —me pregunta.

—Mucho... —contesto.

Me sonrío con un brillo travieso en los ojos y sé que lo vamos a pasar muy bien... Con él nunca hay lugar para el aburrimiento.

Miro por la ventanilla. El cielo está muy encapotado, pero la ciudad me trasmite muy buenas vibraciones.

Nos vamos a alojar en el Sutton Place Hotel Vancouver. Un hotel de cinco estrellas que es una maravilla según Robert. Me sorprende lo mucho que sabe de todo.

La suite es inmensa y decorada con un gusto exquisito. Por la tarde Robert tiene una reunión de última hora para preparar la inauguración de mañana. Por la noche tenemos una cena informal con el director de la delegación, varios accionistas mayoritarios y sus mujeres. Así que decido ir a dar una vuelta para ver la ciudad y ya venir a prepararme para la cena.

A las siete me llama por teléfono.

—¿Qué tal tu paseo? —pregunta.

—Entretenido —contesto—. ¿Y tu reunión?

—Aburrida —suspira exageradamente.

Me empiezo a reír.

—En veinte minutos de espero en recepción —me dice.

—Perfecto. Allí estaré.

Llego puntual y veo que Robert ya me está esperando. Me ve y sonrío satisfecho. Le gusta lo que ve. Lo veo en sus ojos. Me he puesto un bonito vestido negro palabra de honor. He dejado mi pelo recogido en un lado y cayendo todo en ondas sobre el otro hombro. Y me he maquillado de manera sutil destacando el negro de mis ojos. Estoy guapa.

—Eres la mujer más guapa de todo Canadá —me dice en cuanto lo alcanzo.

—¿Sólo de Canadá? —bromeo.

Se empieza a reír mientras me coge por la cintura.

—Y del resto del mundo y del universo...

—Eso está mejor —me río.

El mismo chofer nos lleva hasta el restaurante dónde tenemos la cena. Cuando llegamos al establecimiento ya están todos esperando. Se vuelven a mirarme con curiosidad. Que vergüenza siento en este momento, por Dios.

Uno a uno se presentan todos los directivos y me presentan a sus correspondientes esposas. No logro recordar ningún nombre. Llega el turno de conocer a Paul Evan, la persona que va a dirigir la delegación. Me saluda de manera afectuosa y me presenta a su mujer. Linda y a su hijo Jamie. Un chico rubio y de bonitos ojos verdes que debe tener más o menos mi edad. Me pone nerviosa la manera



que tiene de mirarme. He de admitir que es un chico muy guapo.

Tomamos asiento y empieza la exquisita cena. Jamie está sentado delante de mí y no deja de mirarme. Veo que Robert se da cuenta y le dedica una mirada desafiante, pero el canadiense no se entera o no se da por aludido.

—Vaya, vaya... Le has gustado al rubito —me susurra al oído.

—Pero... ¿Qué dices? —intento fingir que no sé de qué me habla.

—No disimules... Te has dado tanta cuenta cómo yo.

Le doy un suave beso en los labios de «vamos a dejarlo ya» y seguimos cenando mientras «el rubito», cómo lo ha llamado Robert, me devora con la mirada.

Acabada la cena nos despedimos hasta mañana por la tarde para la inauguración y la cena de gala que se celebrará en uno de los salones de la empresa.

Volvemos al hotel en el coche y miro nerviosa al chofer. Robert me está metiendo mano y se debe de estar dando cuenta de todo. Aparto su mano de mi muslo y niego con la cabeza.

—Aquí no —susurro.

—¿Me has apartado la mano de tu pierna? —pregunta con la voz ronca por el deseo—. Te vas a enterar en el hotel.

Sus palabras hacen que se me contraiga el vientre. ¿Qué me espera? ¿Sexo? ¿Una bronca?

Subimos a la suite y el corazón amenaza con salirse del pecho. Su mirada no consigue descifrar lo que está pensando. Pero algo en ella me dice que está enfadado. Sus ojos, fijos en los míos, arden.

Cierra con cuidado la puerta y yo trago saliva nerviosa.

—¿Por qué no puedo tocar lo que es mío? —me dice con voz melosa mientras se quita la americana y la corbata lentamente.

—¿Qué? —pregunto sin aliento.

Se acerca despacio.

—¿Estabas tonteando con Jamie? —pregunta entornando los ojos.

—¿Yo?...Pero ¿Qué dices? —pregunto incrédula.

—Os he visto... Él te miraba y tú le devolvías las miradas —su tono es de clara advertencia.

—¿Estás de broma? —pregunto sin dar crédito a sus palabras.

—¿Te parece que esté bromeando?

Madre mía. No, no me lo parece en absoluto y no puedo creer lo que estoy oyendo. Vaya una reacción exagerada que está teniendo.

—Yo no he mirado a nadie y si lo he hecho en algún momento ha sido sin ninguna intención —le digo, y ahora la molesta soy yo.

—Pues no lo hagas porque puedes dar pie a que alguien se piense lo que no es. —No puede ocultar su desdén.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación —digo mientras me desnudo y me meto en el baño a desmaquillarme.

Oigo sus pasos y le veo apoyarse en la puerta. Me mira y su expresión es cautelosa. Ahora la ofendida soy yo.

—Me he puesto celoso —murmura.

—Pues lo pagas contigo mismo —digo enfadada mientras me miro en el espejo para desmaquillarme.

Siento que sus ojos me atraviesan. No dice nada. Sigue en el umbral del baño, observándome.

—Lo siento —dice al fin en voz baja.

No le contesto. Me quito el maquillaje de un ojo y después el otro. Desnuda delante de él.

—Sara...

—Estoy cansada y no quiero hablar más. Ya me has dejado claro lo que opinas de mí.

—Yo no opino nada de ti —contesta.

—Sí, si que lo haces. Te piensas que me dedico a flirtear con otros.

—De verdad que lo siento —su voz es baja y ronca.

Se acerca e intenta tocarme.

—Ah, no. Ni se te ocurra tocarme —le advierto y él se queda parado.

—Pero necesito abrazarte —murmura.

—Las cosas no funcionan así. Ahora me enfado y suelto lo que me viene en gana por la boca y ahora se me pasa y ya

te quiero abrazar —le respondo furiosa.

Él da un respingo. La verdad que igual me estoy pasando un poco. Pero me han molestado mucho sus palabras. Yo no tengo culpa que el tal Jamie no me haya quitado ojo en toda la velada. Lo mismo que cuando es al revés y es a él a quien miran las mujeres y yo no lo pago con él.

—¿No me vas a perdonar? —sus ojos arden.

—Esta noche, no. Mañana Dios dirá —contesto mientras salgo del baño y me meto desnuda en la cama.

Él me mira y parpadea, perplejo.

—Cómo quieras —me susurra.

Se tumba a mi lado completamente desnudo y tengo que resistir las ganas de abrazarle que me entran.

—Que descanses —murmura, su voz ha adquirido un tono cálido y seductor.

—Igualmente —contesto sin mirarle o estoy perdida.

Le doy la espalda y cierro los ojos con fuerza mientras noto su mirada clavada en mí. De pronto me acaricia la espalda y yo me quiero resistir, pero no lo consigo.

Me doy la vuelta y mi mirada se encuentra con la suya. Y ya estoy perdida. Me aprieta contra él y su boca se cierra sobre la mía besándome como si su vida dependiera de ello.

Robert baja lentamente hacia mi sexo. Sé lo que va a hacer y cierro los ojos. Su lengua me excita sin tregua. Lo hace tan bien que me pregunto a cuantas se lo habrá hecho. Cierro los dedos y tiro para que detenga esta tortura sublime.

Oh, sabe muy bien lo que está haciendo...

—Por favor —le suplico.

Levanta la vista y me gira para que quede boca abajo. Me coge por las caderas para hundirse en mí.

Se mueve, cada vez más y más rápido. Gimo y noto que mi carne se empieza a poner rígida. Me empiezo a convulsionar a consecuencia del orgasmo. Robert gime y con un último movimiento entra en mí y llega también a la liberación.

Me da un beso en el hombro y me aparta el pelo de la cara.

—Te quiero tanto —me susurra—. No sé qué haría si me dejarás. —Le brillan los ojos al decirlo.

—Conozco muy bien esa sensación, porque es lo mismo que me pasa a mí —le sonrío.

Él sonrío y me da otro beso.

—Nunca lo olvides... —le oigo decir antes de caer rendida al sueño.

Cuando me despierto a la mañana siguiente Robert no está en la cama. Veo una nota en la mesita de noche que dice que ha salido un rato a correr.

Me levanto y me meto en la ducha. Que bien me sienta una ducha refrescante tras el maratón de sexo que tuvimos anoche.

Estoy vistiéndome cuando veo entrar a Robert. Vestido con traje me encanta, pero vestido con ropa de deporte, y

más empapado en sudor, me entran ganas de comérmelo.

—Buenos días —me saluda con un suave beso en los labios.

—Buenos días —respondo.

Se quita la camiseta y veo su perfecto torso brillando por el sudor.

—¿Qué me miras? —pregunta mientras se quita las zapatillas de deporte.

—Me encantas sudado y vestido así —murmuro—. Pareces un chico malo.

Se acerca sigiloso y me sonrío con picardía.

—¿Te gustan los chicos malos? —me pregunta

—Me encantan —contesto entornando la mirada.

Se inclina y me besa en el cuello. Me estremezco. Puedo olerlo y esa olor despierta mi lado más salvaje... Sudor, restos de su perfume y el olor a Robert. Es un cóctel embriagador. Capaz de seducir a cualquiera. Eso lo sé. Robert podría tener a la mujer que quisiera.

—¿Desayuno o sexo? —dice frotando su creciente erección.

Bajo mi mano y comienzo a acariciar su paquete.

—Buena elección —dice cogiéndome en brazos y llevándome a la cama.

Prepararme para la cena de gala me lleva casi toda la tarde. He tenido que pedir hora en el centro de belleza del hotel para que me hagan un recogido y me maquillen.

Cuando me miro en el espejo apenas me reconozco. Parezco una estrella de cine a punto de desfilarse por la alfombra roja.

El vestido de satén rosa pálido realza el tono moreno de mi piel. Es largo hasta los pies y es sencillamente espectacular.

Robert ya se había ido antes para la inauguración de la delegación. A la que las esposas no teníamos que ir. Así que ya se ha ido con el esmoquin negro y ha quedado en venir a buscarme al hotel a las siete y media.

Bajo a recepción y decido esperarle allí. Cuando entra por la puerta no hay mujer que no se gire a mirarlo. Está impresionante. Me localiza y su semblante se llena de admiración al verme. Camina hacia mí y me besa en la mejilla.

—Cariño. Estás deslumbrante, Espero no tener que partir la cara a nadie —me dice bromeando, o eso espero.

Mientras vamos en la parte de atrás del Mercedes en dirección este, Robert me da la mano. Sé que intenta transmitirme seguridad. Sabe lo mucho que me imponen esta clase de actos.

—¿Y qué nos espera en esta cena de gala? —pregunto. Suspira exageradamente.

—Lo de siempre —contesta.

—¿Y qué es lo de siempre?

Sonríe con cariño y me besa en la mano.

—Nos espera mucha gente rica exhibiendo su dinero. Muchas conversaciones banales y alguno que otro pasado de champán.

—Pues que divertido —digo con sarcasmo.

Se empieza a reír.

—¿Preparada? —pregunta cuando llegamos a la puerta principal de la delegación.

—Preparadísima.

—Vamos...

Una alfombra color granate se extiende desde dónde nos ha dejado el coche hasta la entrada del edificio. Ya se ve mucha gente dentro.

Varios fotógrafos piden a los invitados que posen para ya sean revistas de actualidad cómo periódicos de economía, me sorprende tanta expectación.

—¡Señor Morgan! —gritan en cuanto lo ven.

Robert asiente, me atrae hacía él y posamos para las fotos.

El interior de la sala es impresionante. Está tan bien decorado que en vez de una sala de empresa parece un salón de lujo.

Todo el mundo nos saluda. Todo el mundo quiere darse a conocer al jefe todopoderoso para rendirle pleitesía. Es agotador...

Robert consulta el plano de distribución y me lleva a una mesa del centro. Como no podía ser de otra manera estamos sentados con el director de la delegación, su esposa Linda,



su hijo Jamie, el cual espero que hoy controle más sus miradas, el alcalde de Vancouver y su señora y un par más de directivos. En total somos diez personas.

Los eficientes camareros empiezan a servir la cena y a ofrecernos vino y agua.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Robert al oído.

—No de comida...

Robert separa los labios y sonrío con lujuria. Ambos nos conocemos ya a la perfección.

Empezamos a degustar la maravillosa cena mientras la conversación fluye agradablemente entre los comensales. Todos hablan entre sí y yo me siento un poco fuera de lugar. Cada vez que giro la cara me encuentro con los penetrantes ojos de Jamie fijos en mí. La situación me incómoda y soy muy consciente de que Robert no le quita ojo a él tampoco.

A lo largo de la cena, un flujo constante de gente se acerca a la mesa, deseosos de conocer al heredero Morgan. Todos desean presentarse y estrechar su mano.

Tras terminar los postres y los cafés se oye el zumbido de un micrófono y la voz de un desconocido retumba por toda la sala acallando el murmullo de la gente:

—Damas y caballeros, quiero darles la bienvenida a la inauguración de Morgan Communications Vancouver. Es un gran honor tenerles a todos aquí esta noche. Me siento especialmente agradecido al Director General de Morgan Communications que haya hecho el esfuerzo de venir desde

Nueva York.

Se oye una sonora ronda de aplausos. A la que Robert se levanta, agradecido, y saluda levantando la mano.

—Mi nombre es Lance Vignes y soy el jefe de prensa de la delegación en Canadá. Dada la magnitud del evento hemos improvisado una pista de baile y una orquesta nos amenizará en unos instantes. Espero que sigan disfrutando de la velada. Y ahora quiero brindar por Morgan Communications.

Alza su copa y todos nos unimos al brindis.

La orquesta se aproxima al improvisado escenario y comienza a tocar.

Robert me mira sonriendo, me toma de la mano y dice:

—Me encanta esta canción.

Afino el oído mientras me dejo arrastrar hacia la pista, pero no tengo ni idea de qué canción es... Debo mejorar mis gustos musicales para estar a la altura de mi refinado prometido.

Bailamos sin dejar de mirarnos. No existe nadie más.

—¿Puedo interrumpir? —nos saca de nuestra burbuja privada Jamie—. Me encantaría que me concedieras este baile.

Me ruborizo, incómoda, pero nuestros buenos modales no nos permiten montar un numerito en este momento.

Robert frunce el ceño y le dedica una mirada de todo menos cariñosa.

—Cómo no... Un baile. Luego quiero de vuelta a mi prometida —dice dando más énfasis a la palabra «prometida».

Jamie asiente con la cabeza mientras me toma por la cintura.

Veo a Robert alejarse molesto a un lateral. No nos quita ojo.

—¿Se puede saber qué pasa contigo? —le pregunto mientras nos deslizamos con soltura por la pista.

—¿A qué te refieres? —pregunta y me aprieta con fuerza contra él.

Yo me separo cómo puedo.

—Deja de mirarme así. Nos estás poniendo en una situación muy incómoda a mi prometido y a mí.

Sonríe con descaro mientras vuelve la vista a Robert que nos mira impasible con los brazos cruzados.

—Vaya, acaso tu novio tiene celos de mí... No me extraña, si fueras mi novia no dejaría que nadie bailará contigo, ni se acercará a ti —contesta sin vergüenza.

Suelto un bufido.

—Déjalo ya. ¿Quieres? —le digo molesta.

Me mira con una sonrisa burlona, pero entonces cesa la música y Robert vuelve a aparecer a mi lado. Jamie me suelta.

—Espero que hayas disfrutado con el baile —le dice con los ojos encendidos por la rabia—. Va a ser la última vez

que te acercas a mi novia ¿Entendido?

Veo cómo le cambia el semblante a Jamie, ya no sonrío tan presuntuoso.

—Eh... Claro, señor Morgan. Discúlpeme —dice, luego se gira sobre sus talones y desaparece entre la multitud.

—¿Qué te ha dicho ese imbécil? —me pregunta.

—Nada importante... Por cierto, ya le había dejado yo las cosas muy claras.

Sonrío satisfecho.

—Esa es mi chica...

Tras bailar una última vez con Robert, decidimos irnos ya al hotel. Ha sido un día agotador y ambos estamos cansados.

Robert me lleva a través de varios invitados hasta llegar al alcalde Pitersson. Nos despedimos y salimos de la mano del hotel.

El coche nos espera en la puerta, cosa que agradezco de lo que me duelen los pies con unos tacones tan altos.

Nos montamos en el coche y le veo tirar de su pajarita, desatándola.

—Vestido así estás muy sexy —susurro.

Sonríe. Vaya tontería termino de decir. De hecho, él siempre está sexy. Hasta en pijama.

Contemplo la fría noche de Vancouver a través de la ventanilla.

Llegamos al hotel y Robert me coge de la mano para ayudarme a salir. Estoy muy cansada.

—¿Cansada? —pregunta.

Asiento y sonrío.

—Es una pena —me dice con picardía y consigue que el cansancio desaparezca.

Llegamos a la suite y nos desnudamos.. Le veo quitarse con soltura la camisa.

Tiene la espalda tan ancha y atractiva. Con todos y cada uno de sus músculos bien definidos.

No puedo contenerme. Me acerco y la acaricio mientras le doy suaves besos alrededor de los hombros.

—¿No estabas cansada? —pregunta con voz dulce.

—Ya no...

Se da la vuelta, me toma en sus brazos y sus labios buscan los míos, deseándome, adorándome..., amándome.

## CAPITULO 18

Ya de vuelta en nuestro hogar, llega el viernes y, como siempre, el servicio tiene libre hasta el domingo por la tarde. Me gusta estar solos y poder preparar la comida y la cena sin que Betty ande merodeando por la cocina. La adoro, pero nunca me deja hacer nada.

Estoy preparando el delicioso cordero al horno que, con tanta paciencia, me ha enseñado Betty a cocinar mientras Robert se encuentra hablando por teléfono en su despacho.

—Era mi padre —dice cuando lo veo aparecer por la puerta de la cocina.

—¿Ocurre algo? —le pregunto.

—Nada. Era para preguntarme unas cosas de Vancouver —contesta tranquilamente—. Qué bien huele...

Sonrío. No me sale tan bien como a ella, pero no está mal.

Nos sobresalta el telefonillo que nos comunica con el portero. Que raro, no esperamos a nadie y, dadas las horas de la tarde que son...

—Dime, Mateo —contesta Robert.

Veo cómo se le transforma la cara y el color abandona su rostro.

—¿Qué? —susurra—. Espera, ahora te digo algo...

Se gira a mirarme con el rostro desencajado.

—¿Qué ocurre? —le pregunto asustada.

—Es Amanda..., está abajo y quiere subir a hablar con

nosotros.

—¿Amanda? —pregunto sin voz—. ¿No estaba ingresada?

Él se encoge de hombros, resignado.

—No tengo ni idea...

No sé qué decir ni qué hacer. Pero decido que no puedo vivir el resto de mi vida con miedo y decido enfrentarme a ella.

—Que suba —digo con convicción.

Me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Pero... ¿Qué dices?

—Sí. Veamos que tiene qué decirnos —afirmo.

Me mira dudando.

—Está bien —dice cogiendo el telefonillo.

Le veo coger aire.

—Mateo. Que suba.

Mi corazón amenaza con salirse de mi pecho mientras esperamos que suene el timbre. Pese a estar esperando, no puedo evitar sobresaltarme cuando lo oigo.

Espero nerviosa perdida mientras Robert va a abrir la puerta. Los oigo hablar, pero no entiendo lo que dicen.

Entonces ambos entran por la puerta del salón. ¿Por qué ha de ser tan guapa y atractiva? Toda vestida de negro, con su perfecta figura y su brillante melena rubia suelta.

Yo no me muevo, paralizada. Robert se acerca y me atrae hacia él. Ella nos observa en el umbral de la puerta. Entre

avergonzada y nerviosa. Le cuesta recuperar la voz y parpadea.

—Hola, Sara —murmura.

—Amanda... —digo—. ¿Qué quieres?

La miro fijamente. Sacando un valor que no sabía que tenía. La verdad que es tan guapa cómo la recordaba.

—Primero que nada quiero daros las gracias por acceder a verme —dice en voz baja, pero clara.

Robert me mira y luego la mira a ella con los ojos llenos de... ¿rabia? ¿Pena? No sabría decirlo.

—Primero que nada quería disculparme con ambos —dice bajando la mirada al suelo—. Y agradecerte a ti, Sara, que no hayas presentado cargos en la policía. Te estoy muy agradecida.

—Robert me lo contó todo y sabía que no estabas bien en ese momento —respondo secamente.

—No, no estaba bien...

—Bueno, pues ya te has disculpado —la corta Robert, para sorpresa de ambas.

Amanda le mira con los ojos muy abiertos y palidece de vergüenza.

—Robert, yo..., de veras que lo siento mucho.

—Ya nos lo has dicho. Sara ha aceptado tus disculpas. Yo las acepto también, pero si vuelves a acercarte a Sara o a mí. Te denunciaré por acoso ¿Entendido?

—Robert... —intento calmarlo ya que lo veo muy



alterado—Deja que se explique.

Robert me mira y se pasa la mano por el pelo. Está muy, muy nervioso. Pero no me suelta en todo el rato.

—No pasa nada, Sara —dice Amanda con una sonrisa tímida—. Solo quería disculparme, eso es todo. Ya no os volveré a molestar más.

—Bien.—El tono de Robert ahora es más conciliador—. ¿Entonces ya te encuentras mejor?

—Sigo en tratamiento, pero ya estoy en casa. —Sonríe al verlo más calmado.

—Pues nos alegramos mucho, pero no quiero tenerte cerca. De verdad, Amanda.

—Adiós, Sara... Robert —dice sin acercarse lo más mínimo a nosotros.

—Adiós y cuídate —le digo.

—Adiós, Amanda —dice Robert en voz demasiado baja.

Robert me suelta y se acerca al umbral de la puerta de dónde Amanda no se ha movido en todo el rato. Se encaminan al vestíbulo y oigo la puerta cerrarse.

Cuándo vuelve al salón me mira inseguro.

—Ya se ha ido... —susurra.

—¿Por qué has sido tan duro con ella? —le pregunto todavía asombrada por su frialdad.

Suspira y se sienta en el sofá, yo me siento a su lado.

—Era tu amiga... —insisto.

—Sara. Le tenía un aprecio, una amistad, y siento mucho

que estuviera enferma, pero amenazó de muerte a tu familia, a ti. Nos alejo y yo a punto estuve de quitarme la vida por su culpa. No la quiero cerca de nosotros.

—Pero, ella estaba enferma, Robert.

—Lo sé, y me alegro mucho de que se encuentre mejor, pero lo que hizo es imperdonable.

—Lo hizo porque te quería. Una manera loca de amar, pero amor al fin y al cabo —le digo.

—Me importa una mierda.

Lo miro con la boca abierta, asombrada. Él se muestra siempre tan comprensivo y atento conmigo... y en cambio, con ella no ha mostrado compasión alguna.

—No te entiendo... —le digo.

—No, el que no te entiende soy yo... ¿Acaso tú lo has olvidado? —me pregunta, perplejo e irritado.

—No, ni lo olvidaré mientras viva. Pero creo que hay que saber perdonar.

Se me queda mirando con los ojos llenos de amor.

—Por eso te quiero tanto —me susurra con su boca pegada en mi cuello—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Sonrío, le doy un suave beso en los labios y le digo:

—¡Y ahora a cenar el cordero! —necesito que se le pase el enfado.

Se empieza a reír a carcajada limpia y doy por concluido el peor episodio de mi vida.

—¿No vienes a la cama? —le pregunto tras abrir la puerta de su despacho y verle concentrado en el ordenador—. Son más de las doce.

—Me queda un rato. Vete a la cama y descansa.

—Si no estás conmigo no puedo descansar.

Niega con la cabeza, divertido.

—Haz lo que te he dicho. A la cama —me dice.

Asiento a regañadientes.

—Está bien.

—Te prometo que no tardo.

Robert duerme plácidamente a mi lado mientras yo observo el amanecer de un nuevo día. Tiene el brazo cubriéndome los pechos. Intento no moverme para no despertarlo.

Me giro lentamente para ponerme de lado y poder mirarlo mientras duerme. Él siempre se despierta antes que yo, y no tengo la oportunidad de verlo tan relajado. Tiene el perfil más bonito que he visto en mi vida. Tiene los labios entreabiertos y respira profundamente.

Mi mente va a mil por hora pensando en la visita que nos hizo anoche Amanda. Me he despertado varias veces durante la noche, y sé que ese ha sido el motivo: estoy nerviosa ante su salida del hospital.

Paso el dedo por la suave mandíbula de Robert, que se mueve y se pone de lado. Me quedo muy quieta porque no quiero despertarlo. Es domingo y él entre semana madruga

mucho. Necesita dormir. No lo consigo. Sus grandes ojos azules me miran fijamente.

—¿Ya te has despertado? —me pregunta—. ¿Qué hora es?

—Es pronto. Vuelve a dormirte.

Se gira a mirar la hora del reloj de la mesita.

—Ya no tengo sueño —me sonrío y un segundo después lo tengo encima.

El mes de noviembre se me está haciendo eterno. Hace mucho frío y, cuando no está lloviendo, está nevando. Me aburro muchísimo. Todo el día sola en casa. Sin poder dar esos largos paseos por Central Park... Eso me hace estar un poco triste y melancólica.

Es jueves por la tarde y estoy tumbada en el sofá del salón cuando Robert llega de trabajar.

—Hola —susurra cuando se acerca a darme un beso.

Suspiro exageradamente.

—Hola...

—¿Y esa voz tan triste? —me pregunta sentándose a mi lado.

Me incorporo y le miro haciendo un mohín.

—Me aburrrroooooo.

Me mira y se empieza a reír. Yo no le veo la gracia por ningún lado.

—¿La princesita se aburre? —me pregunta con ironía.

—No le veo la gracia —le contesto enfadada—. Tú estás todo el día en la oficina y yo con esté frío no me apetece ni

salir de casa... Si estuviera trabajando...

Él niega divertido.

—Te recompensaré —dice tras besarme en el pelo—. Voy a cambiarme.

Me vuelvo a tumbar y miro con desgana el programa del concurso de cocina que estaba viendo en la televisión.

Veo a Robert asomarse a la escalera y llamar a Betty que está en la cocina. La veo subir diligente y reunirse con él arriba. ¿Qué querrá?

A los cinco minutos la veo bajar... Me mira y la veo contener la risa... Pero... ¿Qué narices? ¿Qué ha pasado allá arriba?

Al poco baja Robert que se sienta a mi lado. Sonríe satisfecho.

—¿Qué ocurre? —le pregunto ante tanto misterio.

—Nada... ¿Por?

Lo miro frunciendo el ceño. Estoy aburrida y de mal humor. No estoy para tonterías. Así que no insisto.

—La cena está servida —nos informa Betty desde la puerta.

El estofado de ternera de Betty debería ser patrimonio de la humanidad. Está buenísimo, y más con este frío.

Ellos dos se comportan de manera extraña. Con cuchicheos y miraditas... No sé qué se traen entre manos. Pero tengo sueño y decido acostarme. Lo dicho... Hoy no tengo el día.

Al abrir los ojos Robert está sentado, vestido de manera informal, a mi lado. Le miro extrañada. Nunca va vestido así a la oficina.

—¿No te pones traje? —le pregunto mientras me incorporo en la cama.

—No, hoy no voy a la oficina.

—¿No vas a la oficina? —le pregunto asombrada—. Pero si es viernes.

—Lo sé, mi muy amada prometida. Pero tenemos planes —dice misterioso.

Veo un par de maletas delante del tocador. Pero... ¿Qué pasa aquí?

—¿Dónde vamos? —le pregunto con ilusión.

—Ya lo descubrirás... —me dice guiñándome un ojo.

Cuando me quiero dar cuenta ya estamos montados de nuevo en el jet de la empresa. Con el comandante de siempre y la perfecta azafata de siempre. Por orden de Robert no dicen nuestro destino. Es una sorpresa para mí y no me enteraré hasta llegar allí. ¿Cómo no voy a quererlo cuándo hace todas estas cosas por mí?

Estoy muy emocionada y mi mente trabaja a mil por hora pensando a dónde nos dirigimos. No he podido mirar el contenido de la maleta. Eso era lo que tramaba anoche con Betty. Ella me lo ha organizado todo y yo no puedo estar más emocionada.

Me pongo a ver una película en la pantalla de delante del

asiento mientras Robert trabaja con su portátil...

—Despierta, dormilona —me susurra Robert al oído.

Abro los ojos bruscamente. Ya hemos llegado a nuestro destino.

—¿Dónde estamos? —pregunto con ilusión mientras miro por la ventanilla.

Él me deslumbra con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bienvenida a Hawai.

—¿Queeeeé? —pregunto histérica de la emoción—. ¿En Hawai?

El asiente sonriendo y me besa en los labios.

—No puedo consentir que mi princesa se aburra —murmura con su boca pegada a mi cuello.

—Te quierooooo —le abrazo pegando saltitos emocionada perdida.

Cuando bajamos del avión nos esperan las típicas nativas vestidas de hawaianas con varios collares para ponernos.

—Aloha —nos saludan.

—Aloha —contestamos sonriendo.

Un ataque, a mí me va a dar un ataque ya sea fruto de la emoción o del contraste de temperatura. Aquí hacen veinte grados más.

Un simpático nativo llamado Nouri nos lleva hasta nuestro hotel. El típico complejo de lujo repleto de bungalows metidos en el agua. Si estoy soñando, no quiero despertar jamás.

Levanto la vista para contemplar las cristalinas aguas y el relajante sonido de las olas. Sonrío maravillada. Robert está tumbado a mi lado. Consultando la bolsa de Wall street a través de su móvil. Lo observo, maravillada, mientras él no se da ni cuenta. Repasando cifras y más cifras... A veces se me olvida que es el dueño de una de las empresas más importantes del mundo.

—¿Me pones crema? —le pregunto seductora.

Levanta la vista de su móvil.

—Faltaría más... —dice dejándolo sobre la mesa de mimbre que hay al lado de su tumbona.

Me tumbo y comienza a extenderme la crema con suavidad... por los hombros, los brazos... los muslos.

—Date la vuelta. Voy a ponerte por la espalda.

Hago lo que me pide y puedo notar sus manos fuertes y firmes ponerme la crema mientras me desata la tira trasera del bikini Gucci rojo, que todavía no había tenido la ocasión de estrenar.

—Tienes una piel preciosa —murmura mientras sus dedos pasan rozando mi culo—. Soy el tipo con más suerte del mundo.

Sonrío y levanto la vista para mirarle a través de mis gafas de sol.

—¿Tú crees? —le pregunto, coqueta.

—Sí, estoy seguro de ello —afirma tras darme una palmada en el culo cuando termina—. Ya está, señorita.



Me río ante sus palabras mientras algo llama mi atención en unas tumbonas próximas a las nuestras. Veo a varias mujeres cuchuchear entre sí. Una dice algo y las demás se giran en dirección nuestra para mirar a mi, demasiado guapo y sexy, prometido.

Si alguien ha tenido toda la suerte del mundo, esa he sido yo. Pienso.

—Vamos al agua —me dice levantándose de la tumbona.

—Me terminas de poner la crema... —protesto—. No me apetece...

No me deja terminar la frase. Se agacha y me carga al hombro mientras yo chilló y pataleo divertida.

—¡Robert! ¡Bájame, por favor! —le grito.

Él niega con la cabeza y ríe divertido.

—Cuando lleguemos al agua, princesita.

Las mujeres que hace un momento lo devoraban con la mirada nos observan divertidas.

El agua ya le llega por la cintura y yo sigo en su hombro cargada como un saco de patatas. De repente me lanza al aire, dejando que caiga al agua y me hunda bajo las olas hasta tocar la suave arena del fondo. Salgo a la superficie y cojo aire con fuerza.

—¡Robert! —le regaño riendo—. He tragado agua.

—Así no te aburrirás —dice guiñándome un ojo—. Lo que mi princesa necesite. Lo tendrá.

Lo miro y pienso que voy a morir de amor.

—¿No quieres nadar? —me pregunta.

—No, así estoy muy a gusto —contesto rodeando su cuello con mis brazos.

Comienzo a mordisquear su cuello mojado. Él baja las manos y las mete por debajo de mi minúsculo biquini.

—¿Quieres hacerlo aquí? —pregunta en un jadeo.

—Sí —susurro.

Robert se aparta un poco y me mira con los ojos ardientes de deseo y divertidos a la vez. Esos ojos junto a este mar turquesa son todo lo que quiero ver.

—Pero... ¿serás pervertida? ¿Quieres que nos detengan por escándalo público? —dice señalando la orilla con la cabeza.

Vaya... varias personas nos observan con curiosidad. Entre ellas las nuevas admiradoras de mi novio.

—A nadar —dice mientras se zambulle bajo el agua y vuelve a la superficie a un metro de donde estoy. Le veo alejarse nadando.

Nado de regreso a la orilla. Me vuelvo a tumbar y llamo la atención de un camarero al que pido un mojito de fresa.

Me relajo y dejo que el calor del sol me quite el fresco que siento al estar mojada. Cierro los ojos y pienso en lo feliz que soy.

—¿Qué hace una chica tan guapa y tan sola? —oigo una voz que no conozco.

Abro los ojos y veo a un tipo de unos cuarenta años. Por

su apariencia parece sueco, o noruego... No lo tengo claro.

—No estoy sola —digo mirando al agua dónde Robert es solo una mota en el horizonte—. Mi novio está nadando.

Se gira a mirar el agua. Sonríe y me dice.

—Es una lástima... Eres preciosa.

Para cuando mi mirada le invita a marcharse Robert ya se ha dado cuenta y está nadando hacia la orilla.

—No te puedo dejar sola ni un momento ¿Verdad? —dice cuando llega a los pies de mi tumbona.

Sonríó... Ahí, de pie, delante de mí, está mojado y hermoso el hombre al que quiero.

—No, no puedes... Y yo a ti tampoco —le contesto y vuelvo la vista a las cuatro lobas que siguen sin quitar sus hambrientos ojos de Robert.

El ríe. Se tumba a mi lado.

—Pues ya lo sabes... Siempre juntos.

Cómo pueden esas dos simples palabras provocar ese efecto en mí...

Por la noche decidimos cenar en la playa. Una cena romántica a la luz de las velas y con el mar como música de fondo. Es perfecto.

El camarero nos sirve la deliciosa langosta y para beber delicioso champán Don Perignon.

—Esto está buenísimo —digo sin dejar de masticar.

Él me mira y sonríe. Con una sonrisa tan sincera que logra contagiarme.

—¿Se te ha quitado el aburrimiento? —pregunta.

—Sí, y prometo no volver a quejarme nunca más... O sí, porque sin duda ha merecido la pena. —Le dedico una sonrisa cálida. Este hombre me ha demostrado cuánto me quiere. Y yo necesito demostrárselo a él—. Te quiero —susurro. Él me dedica una tierna mirada.

—Y yo a ti —murmura cogiendo mi mano.

Y entonces lo veo... Mi vida nunca podría ser aburrida con Robert. Él hace que todo merezca la pena. Para siempre. Por siempre. Le quiero. Le necesito... Mi prometido, mi amante, mi amigo... Mi todo. Él.

FIN

## EPÍLOGO

4 de Mayo de 2017 Los Ángeles

Voy del brazo de mi emocionado padre mientras suena la marcha nupcial. Veo a Robert junto al altar. Me derrito al verlo. Esta sencillamente espectacular con un sencillo esmoquin negro con chaleco y corbata plateados.

Caminamos entre los invitados que nos miran con expectación.

Llego al altar tras el cual se encuentra el alcalde de Los Ángeles Donald Swayer.

—Ya puedes besar a la novia —anuncia el alcalde Swayer.

Sonríó a mi flamante marido.

—Por fin... —me susurra rodeando mi cintura con sus brazos para darme un suave y casto beso.

Estoy casada. Soy la esposa de Robert Morgan. No quepo en mí de felicidad.

—Estás preciosa, Sara —murmura y sonrío con los ojos llenos de amor.

—Tú estás muy sexy... ya sabes lo que me gustas con esmoquin —susurro.

Miro a la multitud que aplaude y vitorea... Mis padres, mi hermana y mi cuñado, mis dos amigas del alma, mi tío Lorenzo y su mujer Beatriz, los padres de Robert y varios familiares que no había conocido hasta hoy, sus amigos, y muchos empresarios y gente importante... Casi doscientas

personas en total.

—¿Preparada para la fiesta, señora Morgan? —me pregunta **Robert**.

—Preparadísima —contesto, pletórica.

Ahora que estoy más tranquila observo con detenimiento el contenido de la carpa que Bárbara ha preparado con esmero para la boda. Una vez más su buen gusto queda patente. Todo decorado en tonos marfil, dorado y ocre. Está precioso.

—¿Me concedes este baile, esposa mía? —me pregunta con un brillo especial en la mirada.

—Sí, esposo mío. Soy toda tuya —contesto sin poder dejar de sonreír en todo el rato.

Bailamos sin dejar de mirarnos. Sin prestar atención a nadie más. Solo estamos nosotros dos.

—Hora de irse —me murmura Robert al oído mientras yo hablo con mis súper amigas del alma.

—¿Tan pronto? —le pregunto —Tenemos tanto que hablar. Le digo haciendo un mohín mientras les tengo a ellas dos cogidas por las manos.

—Pronto iremos a Madrid. O pueden venir a casa cada vez que quieran —contesta sonriendo —Chicas, cuando queráis podéis venir a Nueva York. Estáis invitadas.

Asienten, encantadas.

—¿Por qué nos tenemos que ir ya? —le pregunto cuando Eduard nos lleva en dirección desconocida —Apenas he

podido hablar con mi familia.

Me mira y sonrío misterioso.

—Vas a tener mucho tiempo para hablar. Confía en mí.  
Pero ahora debemos irnos.

¿Qué estará tramando?

De repente reconozco el camino... Vamos al aeropuerto.

—¿Salimos de viaje ya? —pregunto asombrada.

—En efecto... —sonrío —No veo el momento de llegar a nuestro destino.

—¿Cual es... ? —pregunto con curiosidad.

Me deslumbra con una sonrisa de oreja a oreja y con gesto de gran satisfacción contesta.

—Las Maldivas... De momento.

¡Dios mío! ¡Estaba deseando volver a un paraíso así después de haber estado en Hawai! Le abrazo emocionada y llena de amor.

Dentro de la cabina del avión reconozco al comandante y a la azafata que nos felicitan con educación.

—¿Todo listo? —le pregunta Robert al comandante.

—Sí, ya nos han dado los permisos y ya tenemos dado el o.k para aterrizar en... —me mira dudando si decirlo.

—Mi esposa ya sabe el destino —añade Robert con orgullo.

El comandante me mira y asiente sonriendo.

—Bien, pues ya tenemos el visto bueno para aterrizar en Maldivas. Señor.

—¿Qué tal tiempo nos espera? —pregunta Robert.

—Buen tiempo y sin apenas turbulencias, señor.

—Perfecto...

Una vez ya hemos despegado y sobrevolamos Nueva York. Natalie, que recuerdo que es así cómo se llama la azafata, nos ofrece unas copas de champán.

—He pensado que les gustaría brindar. Señores Morgan.

—Excelente. Muchas gracias, Natalie —dice Robert cogiendo ambas copas.

Ella nos sonrío educadamente y se retira con discreción.

—Por el comienzo del resto de nuestra nueva vida juntos.

—Robert levanta su copa y brindamos.

El viaje va a ser muy largo. Estaremos volando toda la noche. Así que Natalie, la cual ya no me cae tan mal, nos prepara el dormitorio que hay a bordo.

—Estoy deseando quitarte ese vestido.

Sus ojos le brillan de amor y puro deseo.

Me aparta el pelo con suavidad y empieza a desabrocharlo con delicadeza.

—Estás preciosa —dice mientras va desabrochando con destreza todos los botones.

Con paciencia y dulzura me va deslizando el vestido por los brazos hasta que cae a mis pies.

Le oigo respirar agitado al ver el corsé blanco con liguero, bragas de encaje y medias de seda blanca.

—Lo dicho. Soy el hombre con más suerte del mundo —



murmura mientras sus ojos recorren mi cuerpo.

Con su destreza habitual me quita el ligero, las bragas y el corsé.

—Las medias y los zapatos los dejaremos puestos —susurra.

—Me toca —susurro mientras le quito la chaqueta.

Le desabrocho el chaleco y la corbata. Él se quita la camisa... Ese torso debería ser delito.

Cuando ya está desnudo. En un movimiento rápido me agarra por la cintura y me tumba en la cama. Se tumba encima de mí y sus labios encuentran los míos.

Me abre bien las piernas. Colocándose entre ellas.

—Te deseo tanto...

—Y yo a ti, esposo mío...

La voz del comandante nos despierta. Abro los ojos feliz y emocionada.

—Señores Morgan. En una hora llegaremos a Las Maldivas.

—A levantarse, dormilona —dice pegándome una palmada al culo.

Miro y veo sorprendida que tengo un par de enormes maletas con toda la ropa que necesitaré para el viaje. No hace falta que piense quién me lo ha preparado todo. Y le doy las gracias a Betty mentalmente.

Me pongo un sencillo vestido marinero y unas bonitas sandalias blancas. Robert se pone un pantalón vaquero y un

polo de Lacoste rojo que le sienta de maravilla.

Tumbada en mi hamaca contemplo hipnotizada el vaivén de las olas de agua cristalina. Tumbado a mi lado se encuentra mi alucinante, guapo y sexy marido. Se encuentra concentrado en la lectura del New York Times que amablemente le han facilitado en recepción.

Ya le ha cogido el sol en estos días y está moreno y guapísimo para variar.

—¿Te apetece beber algo? —le pregunto—. Yo tengo sed. Levanta la vista del periódico y me mira.

—¿Qué te apetece? —me pregunta levantándose —Ya voy yo.

—Quiero un agua con gas. Muy fría —le contesto.

—Marchando...

Lo veo levantarse y dirigirse al bar de la playa. Con su bañador azul celeste y su camiseta blanca... Es normal que todas lo miren. Sonríe al verlo. Es mío...

Llega con dos aguas con gas y me pasa un vaso mientras bebe del otro.

—Gracias. Estaba sedienta —le digo tras saborear la deliciosa agua con gas de San Pellegrino con un par de rodajas de limón.

Me mira y sonrío con su azulada mirada a juego con el mar de fondo.

Por la noche vamos a cenar a uno de los ocho restaurantes de que dispone el complejo. Me he puesto un vestido rojo

de tirantes. Escandalosamente corto. Pero si no me lo pongo ahora. Dudo que en Nueva York lo haga.

Robert se ha puesto un pantalón color crema y una camisa de lino blanca... Está para comérselo...

Tras la cena decidimos ir al bar de la playa dónde ponen música salsa para poder bailar.

Cuando suena una canción que me encanta me bajo del taburete y, agarrándolo de la mano, lo arrastro hasta la pista de baile.

Me agarra de manera posesiva por la cintura mientras bailamos acaramelados.

Su mirada azul me traspasa, me dice cuánto me quiere y cuánto me desea. Con solo la mirada... Es tan sensual.

Cuándo acaba la canción me besa y, sentándose a mi lado, susurra a escasos centímetros de mi boca.

—No te haces una idea de lo feliz que me haces.

Sonrí con timidez. Mi ya marido sigue despertando esa timidez en mí.

—Seguro que no te hago ni la mitad de feliz de lo que tú me haces a mí —susurro.

—Te quiero, Sara.

—Te quiero, Robert.

Y entonces lo entiendo todo. El habernos encontrado no fue ninguna coincidencia, tampoco fue casualidad.

Quizá estaba todo premeditado, el destino lo tenía preparado. Y, a pesar de nuestras diferencias, de tantos

obstáculos que nos ha puesto la vida, seguimos aquí...  
Amándonos a diario. Para siempre. Por siempre.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero y necesito dar las gracias a todas las personas que, a través de los libros, he conocido. A mucha gente que, gracias a ellos, han llegado a convertirse en amigos y a tantos otros que me consta que los han comprado haciendo mi sueño realidad.

Especialmente quiero dar las gracias a Fabio, mi marido. Mi pilar y mi roca..., mi amante y también mi mejor amigo. Gracias por ser y estar.

A mi hijo Fabio. Mi otro hombre... Siempre serás mi bebé. Darle las gracias a María, mi nueri y, junto a mí, la única mujer de la casa, por su ilusión y paciencia cuando le contaba cosas del libro y le preguntaba su opinión. A mi familia y amigos que siempre han estado ahí y..., una vez más, a todos y cada uno de vosotros sin los cuáles mi sueño seguiría siendo eso..., un sueño.

GRACIAS.

NADIA NOOR

MISS 7



Letrame  
GRUPPO EDITORIALE

# Miss 7

Noor, Nadia

9788417396510

144 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Minerva, una joven médica residente en el Hospital Saint Thomas de Londres, comienza a convivir con el famoso futbolista Cristian Cros, padre de su hijo biológico, Júnior, concebido por inseminación artificial. Su vida junto al delantero del Chelsea culmina en planes de boda, pero su mundo perfecto se desmorona cuando Juan, el hombre que le disparó, queda en libertad condicional. 2ª parte

MÍSTER 7

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MARÍA JESÚS PEREGRÍN

EL FRUTERO  
NO DISCUTÍA DE  
MERMELADAS





# El frutero no discutía de mermeladas

Peregrín, María Jesús

9788416916085

156 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Elsa, una joven abogada, decide viajar de Madrid a Nueva York después de que un desconocido le proponga un extraño juego. Ella, atrapada por su pasado, se adentrará en un mundo mágico, misterioso y apasionante. Lo hará de la mano de Gastón, un viajero francés que adquiere en Chinatown un viejo bazar para reconvertirlo en frutería. La crítica ha dicho sobre "El frutero no discutía de mermeladas" que hace reflexionar al lector sobre lo crucial de las casualidades, del impacto de las decisiones, aparentemente triviales

que tomamos a diario, en la confianza de que ser humano aún está a tiempo de salvarse a sí mismo si cree en la bondad de los demás. Escrita con un lenguaje poético y bien elaborado, la novela nos sitúa en la estela del realismo mágico.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Poemario

MARÍA GABRIELA SERANITI ARATER



Letrame  
Grupo Editorial

# Poemario

Arater, María Gabriela Seraniti

9788417161538

116 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este poemario, está lleno de mis más profundas reflexiones, pensamientos, sentimientos, que me despierta la vida en su conjunto y la naturaleza en particular. Siempre disfruté mucho de los espacios abiertos, las grandes arboledas, los caminos de tierra, las flores silvestres, las plantas y los animales. Para mí la vida es todo sentimiento, sentimiento profundo y sincero, curioso y despierto, como la risa de un niño o el abrazo fraterno.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# EL ÚLTIMO REY DE ÁFRICA

JOSÉ ANTONIO QUESADA COVÉS

Letrame  
Editorial

# El último rey de África

Quesada Coves, José Antonio

9788417161989

330 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Unos macabros sucesos están ocurriendo en un hospital del corazón de África. Mientras tanto, un profesor voluntario llega a Mali siguiendo los pasos que diera su padre años atrás. El propósito de Dídac Macià no es otro que el de ayudar a los jóvenes de la zona con el desarrollo de un proyecto educativo. Allí se enamora de los paisajes, de la bondad de la gente, de la alegría de los niños e, incluso, descubre el amor. Sin embargo, se ve involucrado en una truculenta trama de violaciones, guerra y yihadismo que no le permitirá quedarse de brazos cruzados. Ambientada en el África de las

primeras décadas del siglo XXI, esta absorbente novela de José Antonio Quesada Coves se adentra más allá de los hechos y presenta un sólido panorama de las riquezas y de las miserias del continente africano. Con la compra de este libro estás ayudando a la mejora de la educación en África. El 15% de los beneficios de esta novela se destinarán a que CCONG Ayuda al Desarrollo implante programas de enseñanza en este continente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dan MarBar

# Mantas de verano

The background of the cover is a photograph of three people in silhouette against a vibrant sunset sky. The sky transitions from a deep orange at the bottom to a lighter, hazy orange at the top. The silhouettes of the people are dark against the bright background. One person on the right is standing and holding a long, thin stick or staff. The other two people are positioned to the left, one appearing to be in a dynamic pose, possibly dancing or playing a game. The overall mood is warm and evocative of a summer evening.

**Letrame**  
Grupo Editorial



# Mantas de verano

MarBar, Dan

9788416916986

154 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Mantas de Verano nos adentra en la ciudad de Cartagena, donde lo legal e ilegal se funde en un maremágnum de sentimientos encontrados. ¿El deber o la razón? ¿Resignación o lucha? Dos personas con vidas totalmente diferentes, se encuentran por casualidad, a partir de ese momento se irá forjando una profunda amistad. ¿Casualidad o destino?

[Cómpralo y empieza a leer](#)